

SP-4

COLECCIÓN QUEVEDO  
ANÉCDOTAS Y DECIRES

SUETONIO

(SECRETARIO DEL EMPERADOR ADRIANO)

La Roma escandalosa  
bajo los doce Césares

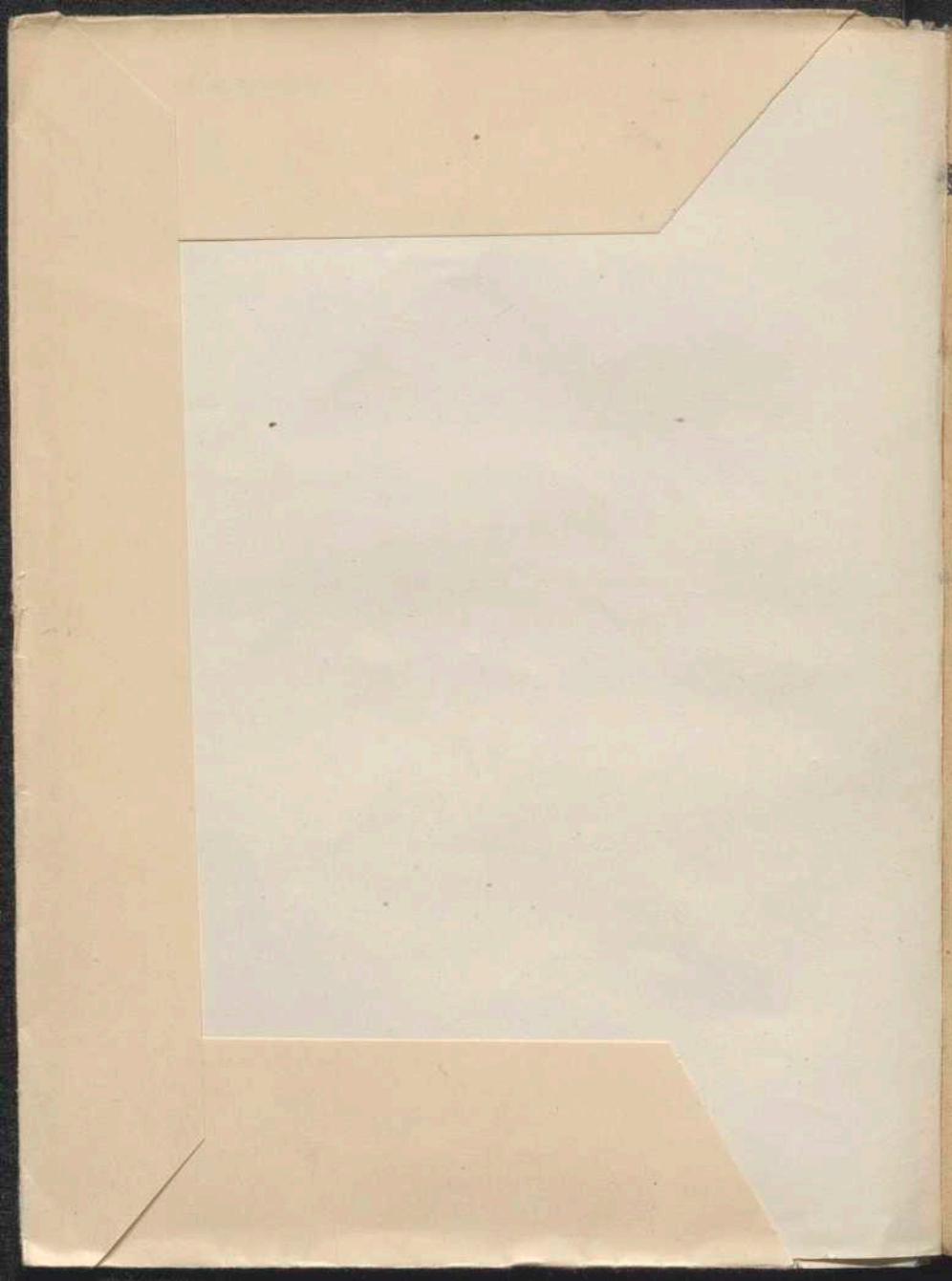
VERSIÓN DIRECTA, PRÓLOGO Y NOTAS DE  
E. BARRIOBERO Y HERRÁN

TOMO I



MUNDO  
LATINO  
MADRID

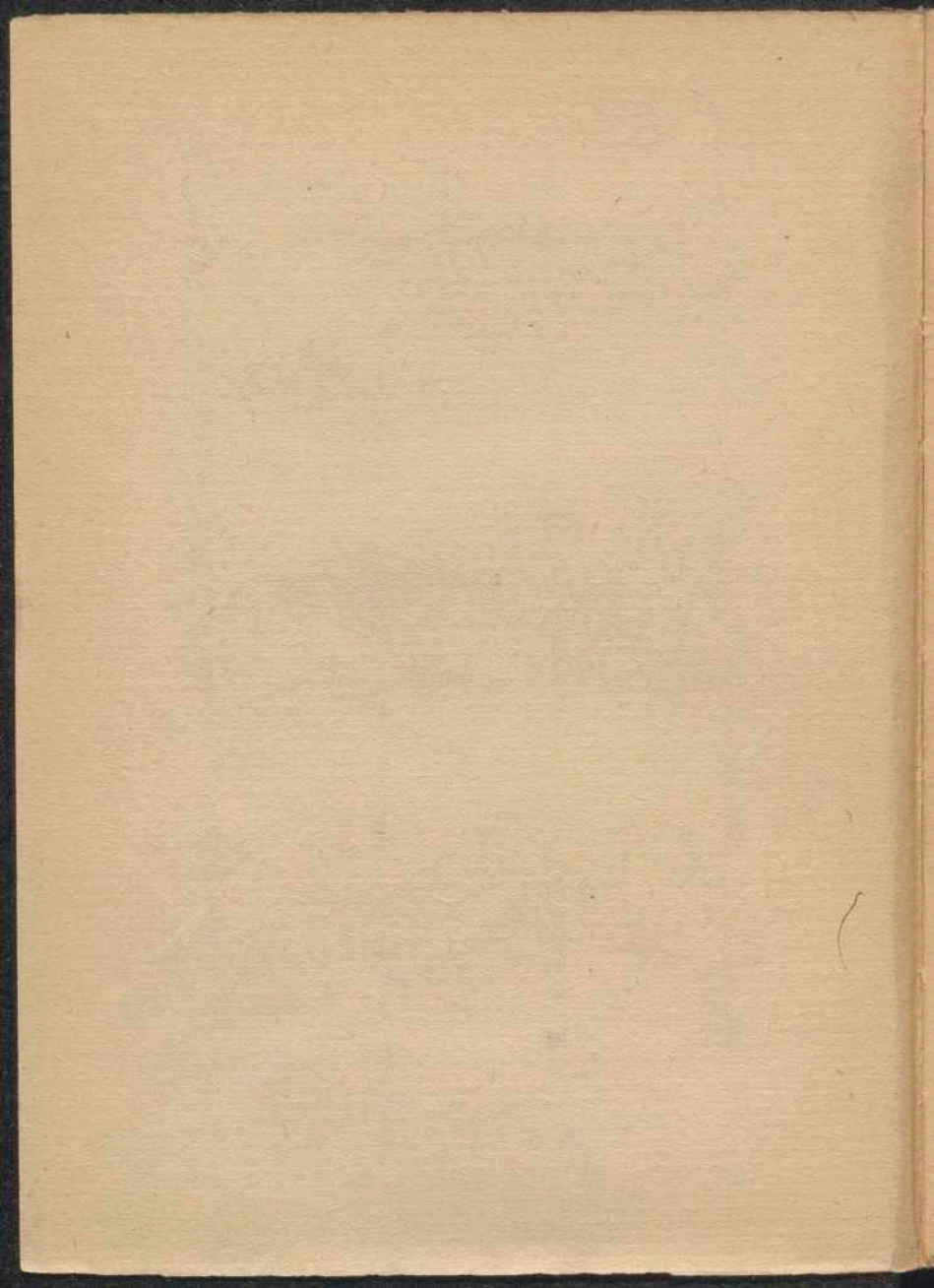
Salvo error



SP-4

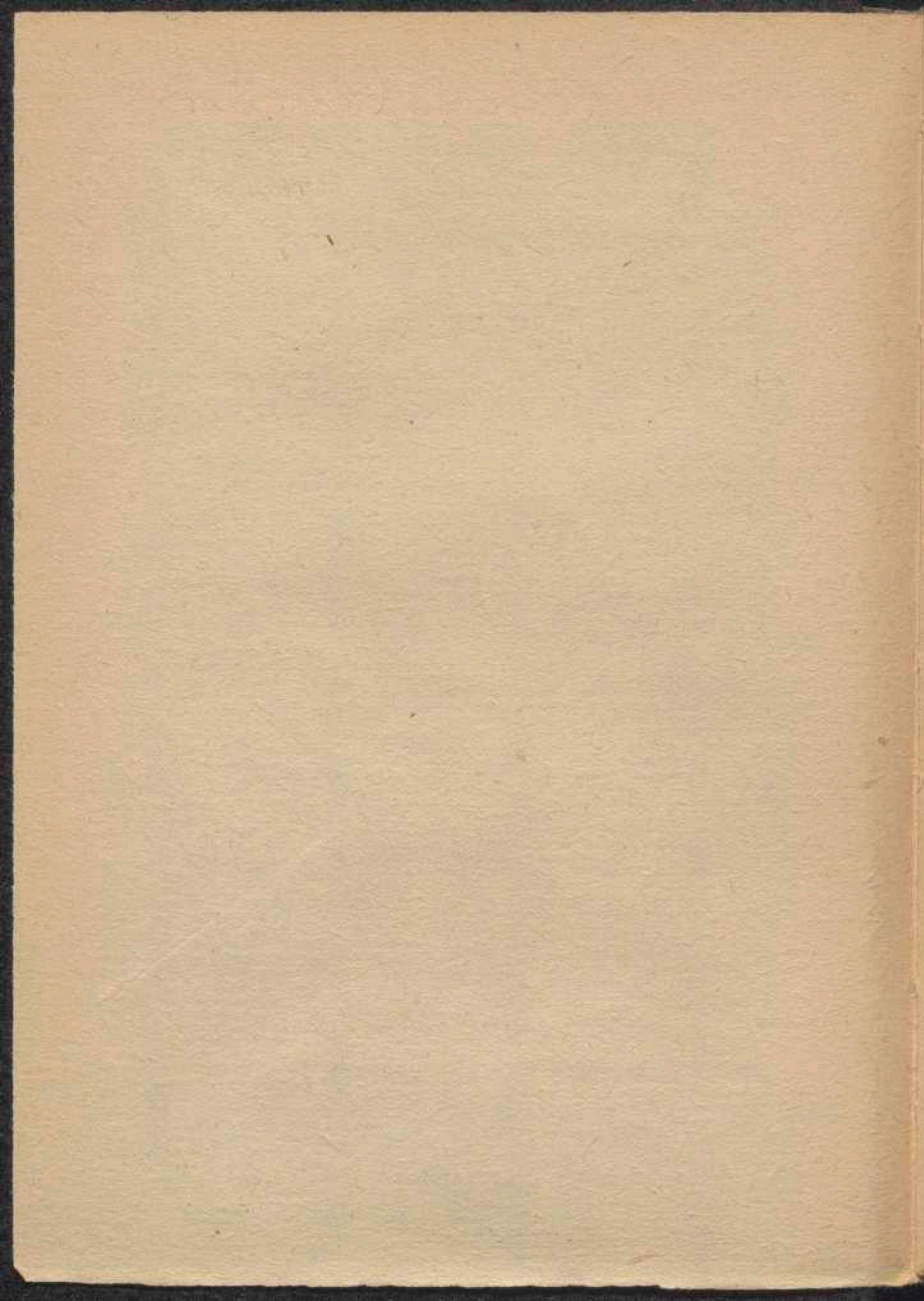
R. M. 7. 1. 40. 50

SP-4



LA ROMA ESCANDALOSA BAJO  
LOS DOCE CÉSARES

Ref. n.º 934



SUETONIO

(Secretario del Emperador Adriano)

La Roma escandalosa  
bajo los doce Césares

Versión directa, prólogo y notas de  
E. BARRIOBERO Y HERRAN

TOMO I



MADRID  
EDITORIAL MUNDO LATINO  
1930

R. 934



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS  
BIBLIOTECA

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

Copyright by E. BARRIOBERO Y HERRÁN, 1930.

ESTUDIO PRELIMINAR

(Escrito para la primera edición en 1907)

DIPUTADO DEL CONGRESO



DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA

DRUCKER-VERLAG



VERLAGS-DRUCKERIE

## I

El trabajo de Suetonio no es un libro recreativo, ni una obra meramente literaria; es la historia ingenua de un período interesantísimo en la vida de la ciudad eterna, avalorada con observaciones, pormenores y detalles que escaparon a la perspicacia de los autores que a Suetonio precedieron en esta clase de labor.

Es muy digna de estudio la evolución de la historia en Roma hasta llegar a la perfección que alcanza en manos de Suetonio, quien la presenta ya muy superior por todos conceptos a la historia que escriben las civilizaciones contemporáneas; de ella han hecho una miserable cortesana que acaricia con los ditiram-

bos más halagüeños al Duque de Alba, a Carlos XII de Suecia, a Fernando el Católico, a los autores de la "San Bartolomé" y a los asesinos de los judíos y los moriscos, que sigue a los reyes y a los caudillos en sus guerras más injustas, más disparatadas, más ignominiosas, y no se digna conceder una sola de sus páginas a los héroes del taller, de la biblioteca o de la campiña.

Durante los primeros tiempos, la historia fué en Roma de la exclusiva incumbencia de los patricios; los plebeyos olvidaban sus pasadas amarguras para pensar en un porvenir más lisonjero. El único historiador era el Pontífice Máximo, a quien por razón de su cargo le estaba prohibido salir de Roma. En lenguaje etrusco, que era el de las oraciones y prácticas religiosas de aquel hermoso panteísmo, anotaba los sucesos principales del año y exponía al público en su casa esta relación para que fuera rectificada en caso necesario; en ella figuraban los magistrados, las guerras, los triunfos, las calamidades públi-

cas, la constitución de colonias, las muertes de hombres notables, las recompensas otorgadas, etc.

La mayor parte de las tablas pontificias se quemaron en el incendio de Roma por los galos; otras se depositaron en el Capitolio, junto a los monumentos que de los romanos merecían mayor estimación.

A las consignaciones del Pontífice suceden los *Anales*, especie de autobiografías escritas por individuos de las familias más preclaras, con el objeto de transmitir a sus descendientes la noticia de los hechos en que se fundaban sus timbres de gloria. En general, estas obras no tienen otro interés que el interés privado y particular de sus autores, quienes, según se deduce de algunas observaciones de Cicerón, ni aun las escribían correctamente. Merecen, sin embargo, ser citados los *Anales* de Q. Fabio Pictor y Lucio Cincio Alimencio.

Después aparece la hermosa obra de Catón, *Orígenes*, cuyo mérito puede calcularse

sin más que conocer el contenido de sus siete libros: el primero trata de los sucesos acaecidos bajo la dominación de los reyes; el segundo y tercero investigan los orígenes de cada una de las ciudades itálicas; el cuarto y quinto se ocupan de las guerras púnicas, y los restantes de los sucesos que se desarrollaron hasta la pretura de Servio Galva. La exactitud, el buen juicio, la forma correcta y la tendencia moralizadora, son las notas más salientes en la obra de Catón, último de los primitivos historiadores de Roma, pues sus sucesores, hasta el siglo de oro de las letras latinas, concertáronse a imitar a los griegos, quienes no escribían por entonces historia propiamente dicha, sino poemas y leyendas.

Cierra este largo paréntesis la aparición de Julio César, que a sus múltiples aptitudes une la de historiador, muy admirado en tal sentido de Tácito y algunos críticos modernos.

Hay, sin embargo, tanto bueno como malo en la obra de Julio César; sus *Comentarios de la guerra de las Galias* es un trabajo ad-

mirable por su imparcialidad y su justeza, pues en él ni cuenta nada superfluo, ni omite nada necesario. Con toda exactitud describe, no sólo sus hechos militares, sino las costumbres, las ideas y las leyes de cuantos pueblos encuentra en su camino.

En cambio, en los *Comentarios de la guerra civil* palpitan todas las bajas pasiones de aquella miserable lucha fratricida, y el historiador, cuando se despeja de la embriaguez de la sangre, corre a revolcarse en los fangosos pantanos del despecho y de la envidia.

En pos de César llega Salustio, el primer historiador profesional entre los romanos. Salustio no escribe una historia ordenada; sólo narra los acontecimientos más importantes, depurados previamente por una crítica severa, imparcial y documentada. En sus obras abundan los pensamientos delicados, los principios de saludable moralidad y las reglas acertadas de conducta.

Salustio fué un autor fecundísimo, a quien se debe muchas producciones literarias. En-

tre sus obras de historia son dignas de mención *La guerra de Yugurta, Las revueltas de Lépido, La conspiración de Catilina, La guerra contra Sertorio* y los *Anales de historia romana*. Es el autor más traducido y más consultado por los sabios de nuestro tiempo. La Harpe, en su estudio comparativo entre Salustio y Tito Livio, no se atreve a fallar la superioridad de ninguno sobre el otro.

Cornelio Nepote, según aseguran algunos autores, acometió la obra gigantesca de componer una historia universal; pero hasta nosotros sólo ha llegado como biógrafo, más ordenado que Plutarco y menos perspicaz que Suetonio. De sus dos colecciones de biografías, *Varones ilustres* y *Capitanes ilustres*, la primera se perdió; la segunda se conserva.

Sigue a Nepote Tito Livio, el más conocido entre nosotros de todos los historiadores romanos.

Tito Livio, no obstante su reputación, tiene más de poeta que de verdadero historiador; en su obra la imaginación es elemento subs-

tantivo, y así pone en boca de sus personajes caprichosas arengas que nunca pronunciaron, y acude a inspirarse en la tradición, la fábula y el mito, y no en documentos, copiosos ya en su tiempo. Adolece, además, de una exaltación mística y de un patriotismo fanático, que con frecuencia le hacen interesado y parcial. Sus trabajos deleitan; pero no ponen en posesión de la verdad que el historiador debe a las generaciones posteriores para quienes escribe.

De los ciento cuarenta o ciento cuarenta y dos libros que comprendían su *Historia romana*, sólo se conservan treinta y cinco. La división en *Décadas* o grupos de diez libros no está averiguado si se debe a Tito Livio o a sus glosadores.

Contemporáneo del anterior es Trogo Pompeyo; de este historiador se sabe muy poco, pues aunque algunos escritores modernos han logrado recomponer el índice de su *Historiæ Philippicæ et totius mundi origines et terræ situs*, el texto sólo se conoce mutilado cruelmente por su comentarista Justino.

De esta época fué también Marco Verio Flaco, autor de un compendio de *Acontecimientos memorables* y de los *Fastos Capitolinos*; las dos obras se refieren al reinado de Augusto, de quien el autor es apasionado panegirista.

A Varrón no puede considerársele como historiador propiamente dicho, sino como enciclopedista, y así sus *Antiquitatum rerum humanarum libri* es una enciclopedia del saber de su tiempo; tal concepto mereció a Cicerón, quien dice que antes de publicarse dicho libro "los romanos vivían como extranjeros en su patria".

En *Vita populi romani* quiso, sin duda, Varrón hacer labor histórica; pero no pudo sujetar su fantasía, que vuela de fábula en fábula, impulsada por su espíritu poético, por su ardiente patriotismo o por su odio inextinguible a Julio César.

Para completar estos apuntes sobre la evolución de la historia en Roma, es preciso citar el *Epistolario* de Marco Tulio Cicerón, el ingenio más portentoso de aquellos tiempos, ídolo

del pueblo en la tribuna y en el Foro, maestro insigne en sus tratados de Retórica y literato inmortal, cuya cultura y cuyo buen gusto resplandece con fulgor en todas las manifestaciones de su actividad.

En Roma tuvo siempre gran importancia la correspondencia privada, pues cuando los políticos abandonaban la ciudad para gobernar una provincia, gustaban de seguir con interés las agitaciones del Foro y los debates del Senado; para satisfacer este deseo, cambiaban cartas con sus amigos, y en ellas, con la ingenuidad y la desnudez propias de estos documentos, reflejaban la vida interior del pueblo con todos sus incidentes dignos de atención.

Las cartas de Marco Tulio, escritas confidencialmente y sin propósito de publicarlas, ofrecen con esto la mayor garantía de imparcialidad y de verdad. Sus condiciones de narrador admirable, su maravillosa vivacidad conceptiva para abarcar en una mirada los hombres y los hechos, hacen del *Epistolario Ciceroniano*, es-

crito en estilo incorrecto, pero sencillo y fácil, una fuente histórica de valor inestimable.

Su antiguo esclavo y amigo Tiron, recogió todas las cartas que pudo encontrar, y las coleccionó sin orden cronológico; los sabios del siglo XVIII trabajaron con gran interés por completar y ordenar esta colección, y en 1808, M. Schütz, profesor de Jena, las publicó anotadas y distribuidas en secciones cronológicamente.

## II

De la vida de Suetonio se sabe muy poco. Está comprobado que nació en Roma, en el primer siglo de la Era cristiana, probablemente en el año 65.

Su padre fué soldado de Augusto, y él ejerció la profesión de abogado sin éxito, y dió lecciones de Gramática y Retórica.

Sostuvo gran amistad con Plinio el Joven; en una carta que éste escribió al emperador Trajano pidiéndole para Suetonio el *jus trium*

*liberorum*, esto es, el privilegio que otorgaba la ley a los ciudadanos padres de tres hijos, consta este párrafo:

“Suetonio, el más íntegro, el más honrado, el más sabio de todos los romanos, comparte conmigo mi casa desde hace mucho tiempo. Admiro sus costumbres, su erudición, y cuanto más de cerca le veo, me siento más atraído por él.”

Hombre de gusto y de culto ingenio, llegó a ser secretario del emperador Adriano; pero fué bruscamente arrojado de palacio, por haberse permitido ciertas familiaridades con la emperatriz Sabina.

Esta desgracia fué tal vez la causa de su fama universal, y a ella seguramente se deben sus obras; vuelto a la vida privada, restituído a los entretenimientos de la soledad, se ocupó en componer este libro, que ha hecho inmortal su nombre.

A partir de su alejamiento de la corte de Adriano, se pierden ya las noticias de su vida privada, hasta el extremo de no haberse podido precisar la fecha de su muerte.

Por una triste coincidencia y un doloroso contraste, ninguno de los tres grandes biógrafos de la antigüedad—Suetonio, Plutarco y Cornelio Nepote—ha conseguido la fortuna de legarnos los detalles de su vida íntima. Los tres se afanaron en investigar los pormenores necesarios para dibujar y engrandecer la figura de los varones ilustres; los tres han referido las proezas y catando la gloria de los demás; pero ni uno solo ha escrito acerca de ellos. Quede la acusación cargada en cuenta a sus contemporáneos, de quienes merecieron por sus obras, siquiera algunas facilidades para que pudiera la posteridad dedicarles monumentos.

### III

Este libro es un cuadro vivo y fiel de la Roma imperial. Suetonio recogió numerosos materiales sobre la vida privada de los emperadores y sobre la conducta y las costumbres de los príncipes que se sucedieron en el trono de

César, y estos materiales, ordenados con acierto inmejorable, reconstituyen hoy ante nosotros el panorama más exacto de la Roma en aquel período de vicios y virtudes. Como el autor fué testigo presencial, su exactitud es incontrovertible; cuenta lo que le han contado directamente, sin que la opinión lo haya decorado con galas artificiosas antes de llegar a sus oídos y describe lo que ha visto. En su obra no hay reflejos de pasión; habla de lo bueno y de lo malo con la misma impassibilidad. Su estilo es ameno y correctísimo; su verbo florido y elegante; por esto parece más bien un anecdotista que un historiador.

La Harpe, el crítico admirable, el mejor latinista de Francia, ha dicho de Suetonio:

“No es un autor sin mérito; yo no apruebo todo lo que ha escrito; me gustaría encontrar menos inutilidades y menos detalles nimios; pero si no es un escritor elocuente, es un historiador curioso; es exacto hasta el escrúpulo y rigurosamente metódico. Nada omite de lo que concierne al hombre cuya vida describe, y se

créese obligado a referir, no sólo todo lo que ha hecho, sino todo lo que se ha dicho de él. Causa risa la atención con que se preocupa de las cosas más pequeñas, pero no desagrada encontrarlas en sus escritos.

"Si abunda en detalles es, en cambio, muy sobrio en reflexiones; cuenta sin detenerse, sin que al parecer tome interés por nada, sin aducir testimonios de aprobación ni de confirmación, de censura ni de reproche; su función única es la de narrador. De esta indiferencia resulta un prejuicio bien fundado a favor de su imparcialidad: no ama ni odia a los hombres de quienes habla; el juicio se lo encomienda a los lectores. Cita con frecuencia cosas que ha oído, pero nunca las garantiza; basta leer dos páginas de Suetonio para comprender que de ningún partido es y que escribe sin pasión."

Bajo Suetonio llega la historia de Roma a un grado de perfección que entre nosotros no ha alcanzado todavía; pues hoy, por desgracia, de ningún historiador podemos decir las palabras que La Harpe dice de Suetonio. Los autores

modernos han dado en disfrazar su parcialidad, presentando la *Historia crítica*, despropósito igual al que resultaría de amalgamar la Patología con la Terapéutica; el historiador debe entregar a la crítica el relato cierto y circunstanciado de los hechos, porque la crítica de la Historia no puede ser obra personal, sino social. Por esto no hay inconveniente en afirmar la superioridad de la obra de Suetonio sobre cuantas he alistado en la primera parte de este trabajo, y en recomendarla para que sirva de modelo a cuantos a esta clase de labor se dedican hoy.

La lectura de *Roma galante bajo los Césares*, o *La Crónica escandalosa bajo la vida de los doce Césares*, pues bajo los dos epígrafes es conocida esta obra en el mundo de las letras, produce una sensación encantadora; sin ayuda de la imaginación se puede contemplar en ella la Roma viciosa y grande, panteísta y atea, imperial y democrática; con sus tiranos epicúreos, sus cortesanas sugestivas, sus *parásitos* ingeniosos y decidores, sus *lenos* codiciosos, bruta-

les, explotadores del vicio de los hombres y la inocencia de las mujeres; sus guerras injustas, sus fiestas espléndidas, sus comicios sesudos y sus motines bravíos, que dan en tierra con las coronas rostrales y los mantos de púrpura, en justa vindicación de los excesos de la tiranía.

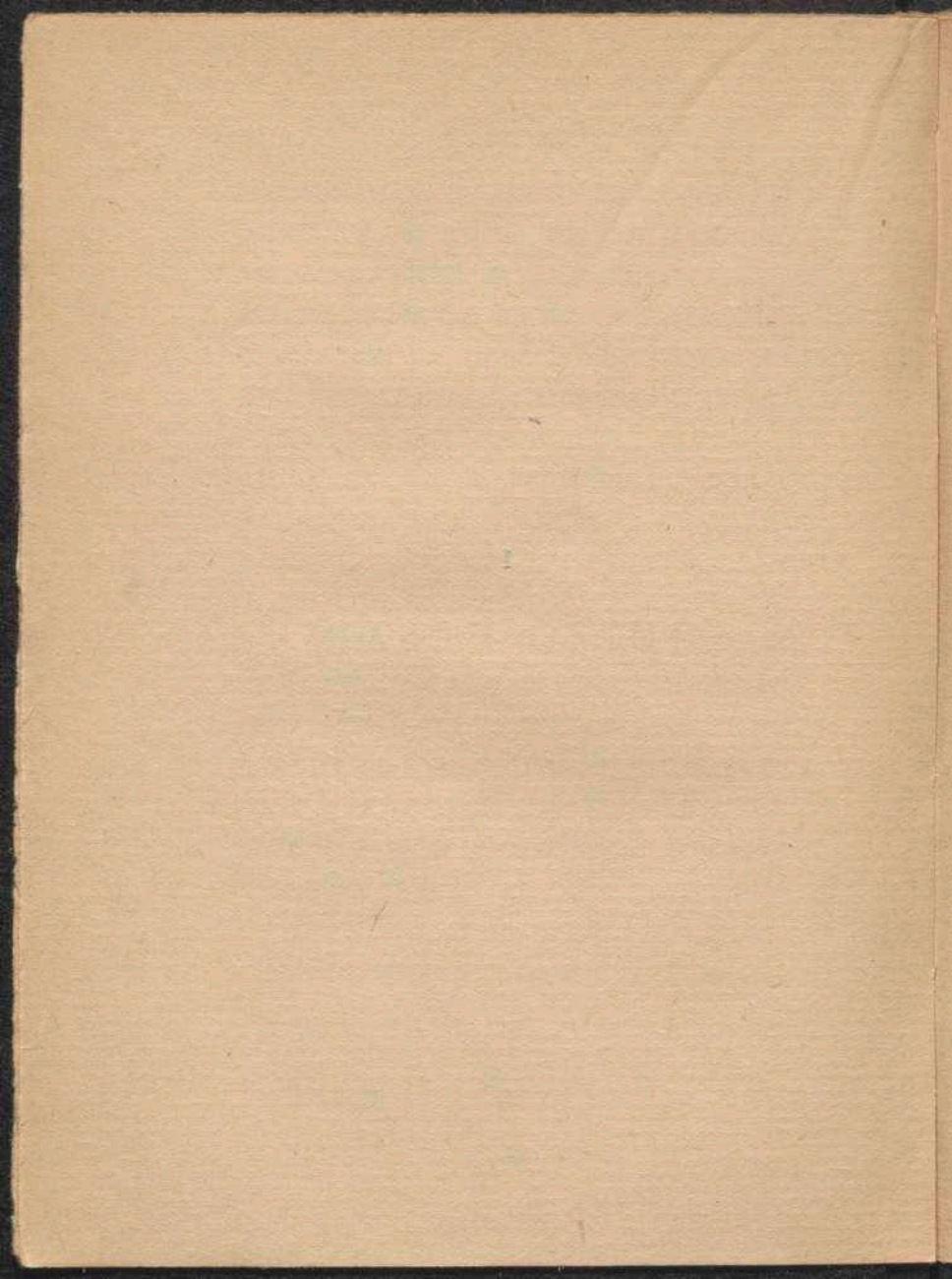
*E. Barriobero y Herrán.*

\* \* \*

La primera edición de esta obra, publicada por la *Biblioteca Internacional Económica*, se agotó rápidamente; y como cada día es mayor el interés que estos estudios despiertan, es de suponer que los lectores de la *Colección Quevedo* agradezcan su reimpresión, ya solicitada por muchos de ellos.

I

JULIO CESAR



I.—Cuando Julio César. perdió a su padre, sólo tenía diez y seis años; en el siguiente fué nombrado sacerdote de Júpiter. Apenas había salido de la infancia cuando le fué prometida Cossutia, hija de un caballero romano poseedor de grandes riquezas; la repudió para casarse con Cornelia, hija de Cinna, quien había sido cuatro veces cónsul. Sólo tuvo una hija llamada Julia. Se resistió tenazmente contra Sylla, que era entonces dictador, y quería obligarle a divorciarse de su mujer, y no pudiendo conseguir su intento le privó del sacerdocio, de los bienes de su mujer y de algunas herencias de su familia, y le consideró desde aquella fecha como consagrado al partido del pueblo. César se vió compelido a no presentarse en público,

y aun estando enfermo, a pasar las noches en vela, cambiando cada una de aposento, y sólo a fuerza de dinero pudo escapar de las manos de los que le perseguían. Fué preciso que sus parientes y aliados del orden sacerdotal, Aurelius Cotta y Mamercus Æmilius, se pusieran en actividad para obtener su perdón. Tiénese por cierto que Sylla lo negó durante largo tiempo a sus mejores amigos y a los hombres más distinguidos de Roma, y que vencido por la obstinación de los ruegos dijo, sin que se sepa si fué una profecía o un rasgo de penetración: "Vosotros lo queréis y yo consiento; pero sabed que este joven, cuya vida me pedís con tanta insistencia, será el enemigo más fatal del partido que conmigo defendisteis; en César no hay más que un Mario."

II.—César hizo en Asia las primeras armas a las órdenes del pretor Thermus, en cuya misma tienda se alojó. Enviado a Bithynia para ordenar que vinieran bajeles, permaneció algún tiempo junto al rey Nicomedes, no sin ser acusado de cierto comercio de prostitución con es-

te príncipe; robusteció este rumor el hecho de que algunos días después volviera a Bithynia con pretexto de hacer que se pagara el dinero que se debía a un manumitido cliente suyo. Después adquirió una gran reputación y fué honrado con una corona cívica en la toma de Mithylena.

III.—Sirvió durante algún tiempo en Cilicia a las órdenes de Servilius Isauricos; pero cuando supo la muerte de Sylla determinó volver a Roma bajo las esperanzas que le daban los alborotos promovidos por Lépido. Sin embargo, no se unió a su partido, rehusó las ventajas que le ofrecía, y no quiso agregarse a un hombre de cuya debilidad de carácter desconfiaba, ni secundar una empresa que no juzgaba feliz.

IV.—Calmados los tumultos, tildó de concusionario a Dolabella, caballero del orden consular, adornado con los resplandores de un triunfo. Fué absuelto el acusado y César determinó marcharse a Rhodas, tanto para ponerse a cubierto de los enemigos que se había creado, como para dedicar algunos momentos de

tranquilidad al estudio de la elocuencia y a las lecciones de Molon, célebre profesor. Durante este tiempo fué cuando le apresaron unos piratas cerca de la isla llamada de Pharmacusa, y se vió con indignación retenido por ellos más de un mes, sin otra compañía que la de un médico y dos criados, porque había enviado todo su séquito en busca de dinero para el rescate. Pagó cincuenta talentos, y apenas se vió libre marchó a un puerto vecino en busca de naves, persiguió a los piratas y no se dió punto de reposo hasta que los cogió y los hizo colgar; muchas veces les había amenazado como en broma. Mithridates asolaba al mismo tiempo los países vecinos al imperio, y César, por no aparecer insensible ante los peligros de los aliados de Roma, pasó al Asia desde Rhodas, organizó tropas, y después de haber arrojado a un lugarteniente de Mithridates, sujetó a sus deberes a todos aquellos pueblos vacilantes.

V.—De regreso en Roma, la primera dignidad que obtuvo por sufragio del pueblo fué la de tribuno de los soldados; aceptóla y puso

gran interés en su desempeño por ayudar a los que querían restablecer la preponderancia tribunicia en todos sus derechos, tal y como estaba antes de que Sylla dirigiera contra ella sus ataques. Restituyó su valor a la ley Plothia para llamar a Roma a Lucius Cinna, su cuñado, y a los demás partidarios de Lépido, que después de su muerte se habían retirado junto a Sertorio; él mismo pronunció un discurso sobre este asunto.

VI.—Cuando era Questor se encargó de la oración fúnebre de su tía Julia y de Cornelia, su mujer, que acababa de morir. En el elogio de su tía exaltó grandemente su origen vulgar, haciéndola descender por una parte de Ancus Martius, uno de los primeros reyes de Roma, y por otra de la diosa Venus, “de donde—decía—se encuentra en mi familia la majestad de los reyes, que son los dueños de los hombres, y la santidad de los dioses, que son los dueños de los reyes”.

Después de la muerte de Cornelia, casóse con Pompeya, hija de Q. Pompeyo y sobrina

de Sylla, y separóse en seguida de ella por sospechas de adulterio con Clodius, a quien se acusaba públicamente de haberse introducido en casa de Pompeya vestido de mujer, a favor de una fiesta; el Senado dispuso que se abriera una información acerca de este supuesto sacrilegio.

VII.—Mientras fué Questor tuvo a su cargo el departamento llamado España ulterior, y encargado por el Pretor de asistir a las asambleas de los negociantes romanos allí establecidos, llegó hasta Cádiz; allí fué en donde, habiendo encontrado en un templo de Hércules la estatua de Alejandro, lloró y se reprochó la vergüenza de todavía no haber hecho cosa memorable a la edad en que el héroe de Macedonia había sometido ya una gran parte del universo.

Pidió en seguida permiso para volver a Roma en busca de una ocasión para hacerse famoso y para esperar allí los favores de la fortuna. Los augures alentaron sus esperanzas al interpretarle un sueño que había tenido: soñó

que violaba a su madre y le prometieron el imperio del mundo, diciendo que aquella madre a quien había sometido era la tierra, nuestra madre común.

VIII.—Cuando volvió de España encontró las colonias latinas ocupadas en pretender de Roma los derechos de ciudadanía. El las hubiera sublevado si, para detener sus intentos, no hubieran retenido los cónsules en Roma las legiones destinadas a la Cilicia.

IX.—Pensando siempre en sus grandes empresas, pocos días antes de ser nombrado edil se alió con M. Crassus, cónsul, y con Publius Sylla y L. Antrónius, estos dos conocidos perturbadores, a quienes se había separado del orden consular a que pertenecían, y todos ellos tildados de conspiración, atacar al Senado a mano armada a principio del año, para estrangular a un grupo de él y otorgar la dictadura a Crassus, que hubiera dado a César el mando general de la caballería, y después de haberse hecho dueños del gobierno, restablecer a P. Sylla y L. Antrónius en el consulado. Tanusius

Geminus en su historia; M. Bibulus, en sus edictos y C. Curión (padre) en sus discursos, hablan de esta conjuración. Cicerón, en una carta a Axius, parece que también hace mención de ella cuando dice que el consulado de César había establecido la tiranía preparada durante el tiempo de su edilidad. Tanusius añade que Crassus, fuera por miedo, fuera por arrepentimiento, no había parecido el día determinado para la ejecución, y que en consecuencia César no dió la señal convenida, que era, según cuenta Curion, dejar caer la ropa de sus espaldas. El mismo Curion, añadiendo el testimonio de Actorius Naso, le imputa otra conspiración con Piron el joven, y pretende que para prepararla se dió a éste una comisión extraordinaria para España, con el fin de que sublevara los pueblos del lado de allá del Pó, mientras César intrigaba en Roma, y la muerte de Piron hizo abortar todos estos complots.

X.—Mientras fué edil, no sólo tuvo cuidado de hacer decorar las plazas públicas y los templos, sino que además hizo adosar al Capito-

lio pórticos destinados a exponer a los ojos del pueblo objetos artísticos de todas clases; dió juegos y combates de bestias, y así se ganó la pública estimación, que procuró fuera para él solo, descartando siempre a este fin el nombre de su colega y colaborador. Por esto Bibulus decía que así como el templo de Castor y Pollux se llamaba templo de Castor, la magnificencia de César y Bibulus se llamaba la magnificencia de César.

A las anteriores prodigalidades añadió un espectáculo de gladiadores, el más numeroso que se había conocido. Hízoles venir a Roma en tal multitud, que asombrados sus enemigos hicieron restringir por una ley especial el número de gladiadores que podían entrar en la ciudad.

XI.—Apoyado por el favor del pueblo, quiso que los tribunos le dieran por un plebiscito el gobierno de Egipto. Esta petición de un mando extraordinario estaba fundada en que los habitantes de Alejandría habían destronado a un rey amigo y aliado del pueblo romano, cuya

violencia fué reprobada en Roma por una gran mayoría de ciudadanos. La facción de los grandes hizo fracasar la pretensión de César, quien por su parte, y para debilitar aquel poder, reorganizó las tropas que habían asistido con Mario al combate de Yugurta, los Cimbro y los Teutones, a los que había insurreccionado Sylla. Todavía los mortificó más cuando siendo juez en el procedimiento contra los asesinos y los sicarios, consideró como a tales, sin ningún respeto a las leyes, a los que habían recibido dinero del erario público por llevar al dictador las cabezas de los ciudadanos proscriptos.

XII.—Hizo acusar de crimen capital a E. Rabisius, que algunos años antes había contribuido más que nadie a reprimir los furores sediciosos del tribuno Saturninus. Designado por la suerte para que fuera uno de los jueces del acusado, lo condenó con tanta pasión, que Rabisius, que había convocado al pueblo, no pudo haber tenido mejor defensa que la violencia de su juez.

XIII.—Abandonada la esperanza del gobier-

no de Egipto, pretendió el cargo de gran pontífice, y repartió tanto dinero, que asustado él mismo de sus gastos y de sus deudas, dijo a su madre abrazándola, el día de la elección, que no le vería de nuevo sino gran pontífice; así obtuvo tal ventaja sobre los otros dos concurrentes, que le eran superiores en edad y dignidad, que solo en dos tribus recabó tantos sufragios como ellos entre todas.

XIV.—Cuando fué descubierta la conjuración de Catilina era Pretor, y la muerte de los culpables fué decretada por unanimidad en el Senado; él solo se permitió opinar que los culpables fueran reclusos separadamente en distintas villas y confiscados sus bienes. A los que juzgaba con mayor severidad, les echó en cara las consecuencias que algún día podrían aparecer de aquel acto, que seguramente les haría odiosos al pueblo romano, y de tal modo los asustó, que Silanus, cónsul designado, no pudiendo sin rubor desistir totalmente de su parecer, tomó el partido de darle una interpretación más dulce y quejarse de que no le habían

entendido. César, que contaba ya con un gran número y tenía a su lado un hermano de Cicerón, hubiera triunfado si la arenga de Catón no hubiera devuelto al Senado la calma; no perdió ánimos, sin embargo, y se obstinó en su opinión hasta tal punto, de que los caballeros romanos que estaban de guardia volvieron contra él la punta de sus espadas. Algunos senadores se apartaron de él y otros le cubrieron con sus ropas; por fin se vió obligado a ceder y no volvió al Senado en todo el año.

XV.—Al cesar en la Pretura le correspondió por la suerte el gobierno de España; pero retenido de sus acreedores, solo pudo salir de Roma después de haber dado caución.

Pacificada la España no retardó su vuelta a Roma, y ni aun esperó a que se le nombrara sucesor. Solicitaba a la vez el consulado y el triunfo; pero se vió obligado a renunciar a lo último, porque le fué preciso entrar en la ciudad de simple particular para presentarse entre los aspirantes al consulado. Quiso ser exceptuado de la ley, pero no pudo conseguirlo.

XVI.—Cuando tomó posesión del cargo, estableció que se llevara un diario en donde constaran todos los actos del Senado y del pueblo, y que este diario fuera considerado público. Restableció el antiguo uso de dar al cónsul, para cuando fuera a los actos oficiales, un ujier que marchara delante de él y sus líctores.

Publicó nuevas leyes que regularan las particiones de las tierras, y no pudiendo vencer la resistencia de su colega, le arrojó a mano armada de la plaza pública. Al día siguiente Bibulus llevó sus quejas al Senado; pero nadie, en medio de la consternación general, osó tomar las resoluciones vigorosas que otras veces se hubieran tomado con motivos más fútiles, y el cónsul, desesperado, se retiró a su casa, desde donde no hizo otra cosa, durante todo el tiempo de su consulado, que marcar su oposición a todos los actos de César. Este, desde entonces, gobernó la República con una autoridad tan absoluta, que muchos ciudadanos, por broma hablaban del Consulado de Julio y de César, separando así su nombre y su sobrenom-

bre. De este tiempo hay un memorable verso que dice:

“Nadie podrá recordar acontecimiento alguno del consulado de Bibulus.”

La llanura estrellada consagrada a los Dioses por nuestros antepasados y los campos de la Campania que pertenecían al Estado, fueron distribuidos por orden de César, sin sorteo, entre veinte mil ciudadanos de los que tuvieran por lo menos tres hijos. Mostróse muy liberal con el dinero de la República y a nadie rehusó nada; todo, de grado o por fuerza, se doblegaba a su voluntad; sólo Catón se atrevió a oponérsele una vez y César hizo que a la salida del Senado lo amarraran sus lictores y lo condujeran a una prisión. Lucullus, después de haber braveado algunos momentos en su presencia, se asustó de tal modo de sus amenazas, que le pidió perdón de rodillas. Cicerón, en la vista de un pleito, se extendió en quejas acerca del estado de las cosas: César se vengó de él en el mismo día, colmando de distinciones a

Clodius, enemigo encarnizado de Cicerón. Por último, para tener a raya a todos sus enemigos, sobornó contra ellos a un tal Vettius que, ganado con dinero, declaró que le habían solicitado para asesinar a César y Pompeyo, y César se encargó de nombrar públicamente a los miembros de la conspiración; pero muchos de los acusados sin pruebas comenzaron a proclamar el fraude, hasta que la muerte de Vettius, envenenado, según se dice, por César, salvó a éste de las consecuencias de un enredo en el que no había salida fácil.

XVII.—Por entonces fué cuando se desposó con Calpurnia, hija de Pisón, designado sucesor suyo en el consulado, y dió en matrimonio a Pompeyo su hija Julia, prometida antes a Servilius Cepión, uno de los que más habían contribuído a anular el consulado de Bibulus. Después de su nueva alianza con Pompeyo, fué cuando quitó el consulado a Crassus, contra ley, porque debiera desempeñarlo todo el año.

XVIII.—Apoyado así por el prestigio de su suegro y de su yerno, entre todas las provin-

cias que podía haber elegido, eligió las Galias, que entre otras ventajas ofrecían a su ambición un vasto campo de triunfos.

Obtuvo la Galia cisalpina con la Iliria por la ley del tribuno Vatinus, y en seguida la Galia transalpina por un decreto del Senado, que, seguro de que el pueblo lo vería bien, creyó conveniente que la tuviera César. Cuéntase que en un transporte de júbilo se alabó delante de los senadores de haber logrado el colmo de sus deseos, a pesar de sus enemigos, reducidos por entonces a gemir y lamentarse, llegando a decir que se elevaría sobre las cabezas de sus conciudadanos; alguien le replicó que "aquello era difícil para una hembra", y él se contentó con replicar a esta injuria "que Semíramis había reinado su Assyria y las Amazonas en una gran parte del Asia".

Avidamente buscaba toda ocasión de guerra, ya fuera injusta o peligrosa. Lo mismo atacaba las naciones aliadas que las enemigas o salvajes; muchas veces se trató en el Senado de mandar emisarios a reclamarle cuentas de su

gestión, y hasta hubo muchos que propusieron el que se le abandonara a los enemigos. Pero sus éxitos fueron tan grandes que hicieron a Roma celebrar muchos días de fiesta.

XIX.—He aquí en pocas palabras lo que hizo en nueve años de mando: Redujo a provincia romana todo el país que se extiende entre el Ródano y el Rhin, detrás de los Alpes, los Pirineos y los Cevenes, esto es, una extensión de unas doscientas leguas de terreno, sin comprender las villas aliadas y amigas de la República. Les impuso un tributo anual de cuarenta millones de sestercios; fué el primer romano que pasó el Rhin sobre un puente que hizo construir; atacó a los germanos que habitaban al otro lado de este río y obtuvo sobre ellos grandes ventajas. Penetró hasta el país de los bretones, que antes de él eran desconocidos para nosotros, los venció y les impuso tributos. En medio de tantas prosperidades, sólo sufrió tres reveses: uno en la Gran Bretaña, donde su flota fué destruída por una tempestad, otro en la Galia, en donde una de sus legiones fué

vencida cerca de Clemont, y el último en las fronteras de Alemania, en donde sus lugartenientes Titurius y Armenleius perecieron en una emboscada.

XX.—Mientras hacía esta expedición por las Galias, perdió, primeramente, su madre; después, su hija y, por último, su sobrina. El asesino de Clodius había sembrado la turbación en Roma, y el Senado opinó que sólo se debía nombrar un cónsul, eligiendo como tal a Pompeyo. Los Tribunos de la Plebe querían que hubiera dos, y que lo fuera también César; pero no queriendo éste regresar sin haber terminado la guerra, les encargó que le reservasen el puesto para cuando cumpliera su cometido. Consiguiólo así, y desde este momento, lleno de las mayores esperanzas, no perdonó medio de hacerse partidarios a costa de larguezas públicas y particulares. Comenzó a construir un mercado con el dinero cogido a los enemigos; por el terreno se pagaron cien millones de sestercios. Anunció espectáculos y festines para el pueblo, en memoria de su hija, de lo cual no ha-

bía ejemplo, y para hacer más interesantes los preparativos, empleó en ellos hasta sus esclavos. Hizo que a los gladiadores los adiestrasen, no maestros de esgrima, sino caballeros romanos y hasta senadores, a los que obligaba, conjurándolos por medio de cartas que se conservan todavía. Dobló a perpetuidad los sueldos de las legiones. Distribuyó el trigo sin medida ni tasa, y llegó hasta dar esclavos a sus soldados y tierras de las cogidas a los enemigos.

XXI.—Para intimar más con Pompeyo le ofreció a Octavia, sobrina de su hermana, que estaba casada con C. Marcellus, a condición de que Pompeyo le diera a su hija, destinada a Faustus Sylla. Todos los que a él se acercaban, aunque fueran miembros del Senado, eran sus deudores, sin que les exigiera interés alguno. Colmaba de presentes a todos los ciudadanos de cualquier orden que fuesen cuando se acercaban a él, y su liberalidad llegaba hasta sus esclavos y libertos. Los acusados, los hombres perdidos de deudas, la juventud viciosa, en-

contraban en él un seguro refugio, a menos que las acusaciones fueran formidables o inexcusables las culpas. Entonces les decía en alta voz que sólo una guerra civil podría librarlos de sus peligros.

XXII.—No perdonaba medio de atraerse los reyes y las provincias; a los unos les ofrecía devolver los numerosos cautivos sin rescate, y a las otras cuantos socorros quisieran, sin consultar al Senado ni al pueblo. Adornaba de bellos monumentos públicos, no solo las Galias, Italia y España, sino hasta las más ínfimas villas de Grecia y Asia. Todo el mundo comenzaba a calcular con terror cuál pudiera ser el término de tantas empresas, cuando Marcus Mandius Marcellus, cónsul, habiendo anunciado antes por medio de un edil que se preocupaba de la salud de la República, dijo ante el Senado que era preciso designar un sucesor para Julio César antes del término marcado, porque la guerra estaba concluída y la Galia pacificada, por lo cual era también conveniente licenciar al ejército; añadiendo que en la

próxima elección de cónsules debía no hacerse mención de Julio César, porque Pompeyo no había derogado por un plebiscito la ley en que él estableció que los ausentes no podían figurar como candidatos. Pompeyo, en efecto, no había exceptuado a César, por un acto expreso, de esta ley general. Marcellus, no contento con haber quitado a César sus privilegios y su mando, excluyó del número de ciudadanos a los habitantes de una colonia que César había fundado en las Galias, alegando como razón que el derecho de ciudadanía romana les había sido concedido contra las leyes y por sólo la voluntad de un general.

XXIII.—César, herido de tantos golpes y persuadido de que, como él mismo decía con frecuencia, había de ser más difícil hacerle descender del primer rango al segundo, que del segundo precipitarle al último, resistió con toda su energía a Marcellus y se puso enfrente a los tribunos del pueblo y a Servius Sulpicius, segundo cónsul. Al año siguiente no le costó más que dinero adquirir el auxilio de Paulus Emi-

lius, cónsul, y de Curión, uno de los Tribunos más impetuosos, contra Caicus Marcellus, que había sucedido a su primo Marcus y que seguía el mismo plan. Pero César, encontrando una resistencia obstinada y viendo en contra suya los dos cónsules, tomó la determinación de escribir al Senado, para conjurarlo a que no le privara del favor particular del pueblo romano, o por lo menos a que ordenara que los demás generales dimitieran su mando como él. Se alababa de poder reunir cuando quisiera más veteranos que tropas nuevas pudiera reunir Pompeyo. Ofreció a la facción contraria licenciar ocho legiones, abandonar la Galia transalpina y guardar sólo con dos legiones el país del lado de acá de los Alpes y la misma Ilisia hasta que se nombrara cónsul.

XXIV.—El Senado no dispensó atención a estas cartas, y sus enemigos le contestaron que no sacaban al mercado la salud de la República. Entonces pasó los Alpes y después de una gran Asamblea se paró en Rávena, dispuesto a vengar a brazo armado a los tribunos que le

eran adictos, si el Senado tomaba contra ellos alguna determinación violenta. Tal fué el pretexto de la guerra civil; pero se pretende que tuvo otras causas. El había querido trastornar la República, si creemos a Pompeyo, porque no se sentía con fuerzas para hacer por el pueblo todo lo que había prometido, y porque sus prodigiosos gastos superaban a sus medios. Según otros, temía que le obligaran a rendir cuentas de todas las violencias que había llevado a cabo, de todas las ilegalidades y de todos los privilegios de su primer consulado. Catón declaraba bajo juramento, que le citaría ante la justicia en el momento en que hubiese licenciado sus tropas, y decía muy alto que sería tratado como Milon y obligado a suplicar por su suerte ante los jueces entre soldados armados. Cuenta, además, Asinius Pollión, que después de la batalla de Farsalia, viendo a sus enemigos destruidos o huyendo, pronunció estas palabras: "Ellos lo han querido: después de tantas victorias, César hubiese sido condenado a no implorar el auxilio de sus soldados". Unos

pensaban que estaba corrompido por la costumbre del mando y que, habiendo comparado las fuerzas de sus enemigos y las suyas, creyó llegado el momento de intentar su gran deseo. Así parece ser que pensaba Cicerón, quien dice en el libro tercero de su *Tratado de los deberes*, que César tenía siempre en los labios estos dos versos de Eurípides:

Respeto a la virtud, mas si reinar conviene,  
el interés sólo importa y lícito es dañar la virtud.

XXV.—Cuando César supo que nada podía temer de los tribunos porque todos habían salido de Roma, destacó secretamente algunas cohortes que los tomaran la delantera y él, mientras tanto, para no despertar sospechas, asistió a un espectáculo público; trazó el plan de una sala de esgrima que quería hacer construir para los gladiadores, y se entregó, como de costumbre, a los goces de un espléndido festín; pero antes de ponerse el sol, hizo enganchar a un carro las mulas de una panadería vecina y tomó, con muy poca servidumbre, los

caminos menos frecuentados. Las antorchas que le guiaban se apagaron antes de la medianoche y se detuvo; a la llegada del día encontró quien le guiara, y atravesando a pie los senderos más estrechos llegó hasta el Rubicón y se unió allí a sus cohortes. Este río era el límite de su demarcación. Allí se detuvo, y meditando la astucia de su empresa, dijo: "Todavía es tiempo, podemos volver sobre nuestros pasos, y si no pudiéramos, el hierro lo decidiría todo."

XXVI.—Dudaba, y un augurio le determinó: Un hombre de descomunales proporciones apareció de pronto en la ribera tocando la flauta. Los pastores del contorno, los centinelas y los trompeteros, se reunieron para escucharle. Cogió el instrumento de uno de éstos, saltó al río, y tocándolo cruzó de una a otra orilla. "Marchemos, pues—dijo César—, marchemos adonde nos llama la voz de los dioses y la injusticia de mis enemigos; la suerte está echada".

XXVII.—Su ejército pasó el río detrás de él; recibió a los tribunos del pueblo que, arrojados de Roma, corrieron a refugiarse a su lado.

Arengó a sus soldados y reclamó su fidelidad y su auxilio, llorando y rasgando sus vestiduras; dicese que les prometió, además del botín, los derechos de ciudadanía; pero esto es un error, y lo que dió lugar a ello es que, en el calor de la improvisación, mostraba muchas veces el dedo en donde llevaba el anillo, protestando que él daría todo, hasta aquel anillo, para pagar a los que le habían ayudado; de suerte que los que estaban más lejos y podían ver mejor que entender, juzgaron su discurso por el gesto que les engañó, y dijeron en público que les había prometido el anillo, y con él el derecho de ciudadanía romana. Resumamos ahora en pocas palabras lo que hizo en la guerra civil.

XXVIII.—Dueño de Picentino, de la Ombría y de la Etruria, capturó a Domitius, quien durante la primera consternación había sido designado para reemplazarle, y se había encerrado en Corfinium. Después pasó a Brindas, a la orilla del río Adriático, pues allí se habían retirado Pompeyo y los cónsules resueltos a em-

barcarse. Después de haber intentado inútilmente oponerse a su salida, vuelve a Roma, convoca al Senado y lo arenga; marcha contra las mejores tropas de Pompeyo, que estaban en España a las órdenes de los tres lugartenientes, Petricius, Afanius y Varron. Había dicho, hablando de estos asuntos: "Voy a combatir un ejército sin general, y después marcharé contra un general sin ejército." Ni Marsella, cerrándole sus puertas, ni la carencia de viveres, pudieron detenerle.

XXIX.—Todo lo sojuzga y vuelve a Roma; pasa a Macedonia, ataca a Pompeyo y lo tiene sitiado cuatro meses; por último, en las llanuras de la Farsalia los deshizo por completo y los persiguió hasta Alejandría. Pompeyo no estaba allí, y César, sorprendido en la capital de un rey poderoso, careciendo de todo, en la más ruda estación del año y en la posición más desventajosa, pudo escapar a duras penas de las emboscadas del enemigo. Vencedor, dió a Cleopatra el reino de Egipto, y adjuntó a ella el más joven de sus hermanos, temiendo que si

lo hacía provincia romana podría caer en manos de un gobernador mal intencionado. De Egipto pasó a Syria, y de allí al Ponto, en donde le llamaban los acontecimientos de Pharnaces. Este hijo de Mitrídates, aprovechando favorables ocasiones, había logrado algunas ventajas, que le habían enorgullecido mucho. Cinco días de guerra y cuatro horas de combate, bastaron a César para destruirlo. En Africa venció también a Scipión y a Juba.

XXX.—Concluída la guerra triunfó cinco veces, la última sobre los hijos de Pompeyo. El triunfo que obtuvo en las Galias, sin duda, el más hermoso de todos. Hacíase acompañar de gran aparato; en una de sus ceremonias, al pasar junto al monte Aventino, se cayó de su carro, al que se le había roto el eje. Subió al Capitolio entre antorchas atadas a los lomos de cuarenta elefantes, colocados en dos filas. Cuando triunfó de Pharnaces, escribió, dando cuenta de sus victorias, estas palabras: "Vine, vi y vencí", que sólo explicaban la rapidez de su expedición, en lugar de contar los detalles,

como los triunfadores tenían costumbre de hacer.

XXXI.—Dió a sus veteranos veinticuatro mil sestercios por cabeza, además de dos sestercios grandes que habían recibido en los comienzos de la guerra. Asimismo les asignó las mejores tierras. Distribuyó al pueblo diez modios de trigo por cabeza y otras tantas libras de aceite, más trescientos sestercios que les había prometido, a los que añadió cien más en concepto de atrasos. Perdonó el alquiler de las casas en Roma hasta el precio de dos mil sestercios, y en el resto de Italia hasta quinientos. A todos estos dones añadió un festín público, una distribución de carne, y después de sus victorias en España dió dos banquetes consecutivos; el primero cuéntase que no estuvo a la altura de su magnificencia; el segundo fué suntuoso hasta la exageración.

XXXII.—Prodigó los espectáculos de todo género: combates de gladiadores, representaciones teatrales en todas las lenguas y en todos los barrios de la ciudad y por comediantes de

todos los países, juegos de circo, luchas y una batalla naval. Jurius Septinus, hijo de un pretor, y L. Calpenus, que había sido senador y había defendido causas ante el pueblo, combatieron en uno de estos espectáculos públicos.

Los hijos de muchos príncipes de Asia y de Bithinia danzaron en el pínico. Décimus Labenus, caballero romano, presentó a sus bufones y recibió de César un presente de quinientos sestercios y un anillo de oro. Al salir de la escena pasó por la orquesta para ir a sentarse en los bancos de los caballeros. César hizo agrandar el circo y estableció un lago circular. La joven nobleza de Roma hacía rodar los carros y voltijear los caballos en este circo, dividida en dos tropas distinguidas por la diferencia de edad, y celebraba los juegos llamados troyanos. Se consagraron cinco días a los combates de bestias, y, por último, se presentó al pueblo una especie de batalla simulada entre dos ejércitos pequeños, compuestos cada uno de quinientos hombres de a pie, trescientos caballos y veinte elefantes. Para tener mayor es-

pacio, habían quitado las barreras del circo y dividídolo en dos campos, uno enfrente de otro. Los atletas justaron tres días en un terreno elevado expresamente en el Campo de Marte. Galeras con tres y cuatro líneas de remos y navíos tirios y egipcios, llenos de soldados, se botaron al lago. Llegó de todas partes tal número de espectadores, que la mayor parte durmieron en tiendas colocadas en las calles y en las encrucijadas, y muchos, entre ellos dos senadores, perecieron ahogados por el gentío.

XXXIII.—A los espectáculos sucedieron los cuidados del Gobierno. Corrigió el calendario, tan desarreglado, que las fiestas de la siega no caían en verano ni las de la vendimia en otoño. Reguló el año según el curso del sol, de manera que estuviese compuesto de trescientos sesenta y cinco días y que cada cuatro años hubiese uno bisiesto; para que todo estuviera en orden, en las calendas de enero del año siguiente, añadió dos meses al año aquel en que se hicieron las reformas y los colocó entre noviembre y diciembre.

XXXIV.—Formaba magníficos proyectos para el embellecimiento y policía de la villa y para la seguridad y engrandecimiento del imperio. Ante todo quería elevar un templo a Marte, más vasto que ningún templo del mundo, sobre el lago en que diera el espectáculo naval, y edificar un teatro inmenso al pie del monte Tarpeyo. Quería también recopilar un código, desembarazado de leyes inútiles; formar una biblioteca pública griega y latina lo más numerosa que fuera posible, y encomendar a Varron el cuidado y ordenación de los libros. Quería también desecar los pantanos, dar desagüe a un lago, construir un camino del Adriático al Tiber sobre la pendiente de los Apeninos, calar el istmo de Corinto, elevar murallas contra los Dacios, que se habían extendido en el Ponto y la Thracia; llevar la guerra a los Partos, atravesando la Armenia, y no atacarles en batalla franca hasta después de haber estudiado bien sus posiciones. Le sobrevino la muerte entre los preparativos de estas grandes empresas; pero antes de hablar de su muerte,

creo que debo dar una idea sucinta de su figura, de su exterior, de su modo de vestir, de sus costumbres, de sus gustos y de sus negocios civiles y militares.

XXXV.—Era de estatura elevada, de piel blanca, grueso, de rostro lleno, negros y vivos ojos y robusto; sin embargo, al fin de su vida padeció desfallecimientos súbitos y frecuentes insomnios. Tuvo dos ataques de epilepsia y los dos mientras celebraba audiencias públicas. Llevaba hasta la exageración el cuidado de sí mismo. Le apenaba el ser calvo, y mucho más porque sus enemigos se burlaban de ello con frecuencia; por esto tenía costumbre de peinar hacia su frente los pocos cabellos que tenía, y de todos los decretos que el Senado y el pueblo dieron en honor suyo, ninguno le fué tan grato como aquel que le otorgaba derecho a llevar siempre una corona de laurel. Su vestido era muy estudiado: su túnica estaba guarnecida de franjas que le llegaban hasta las manos. Llevaba el cinturón por encima del lacticlavo y lo llevaba generalmente flojo, lo cual dió lugar a es-

ta frase que Sylla dijo a los grandes: "Desconfiad de ese joven de la cintura floja."

XXXVI.—Vivió, con bastante modestia, en el barrio llamado Subusa; pero cuando fué gran pontífice se alojó en la calle Sagrada a costa de la República. Se dice que amó con pasión la magnificencia y el lujo.

Más allá de Aritia tenía una casa de campo, cuya edificación le había costado bastante; la hizo tirar porque no le gustaba, y eso que todavía no tenía más que un mediano caudal y muchas deudas.

Cuando fué a la guerra llevó adornos de marquetería para decorar su tienda.

XXXVII.—Refiérese que sólo fué a Inglaterra para buscar perlas, y que allí se divertía en comparar sus tamaños y cogerlas él mismo; que buscaba con avidez los monumentos antiguos, las estatuas y los cuadros; que atribuía un precio exorbitante a la juventud y a la belleza de las esclavas, en lo cual le daba vergüenza de sí mismo, y prohibía que se anotara la compra de sus registros.

XXXVIII.—Todos los días daba de comer en sus estados en dos mesas diferentes: una para las personas distinguidas, tanto de su séquito como de la provincia, y la otra para los de un rango inferior. La disciplina doméstica era en su casa severa y exacta, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes. Hizo atormentar a un esclavo, su panadero, porque daba a sus convidados pan distinto del suyo. Condenó a muerte, sin que nadie se lo exigiera, a un manumitido, a quien quería mucho, por haber ultrajado a la mujer de un caballero romano.

XXXIX.—Nada mejor para dar una vaga idea de sus costumbres, que sus relaciones con Nicomedes. El oprobio es eterno e imborrable, y cien bocas lo han perpetuado. Testimonio, estos versos de Licinius Calvus:

“El rey de Bithynia es el amante de César”, etc.

Los discursos de Dolabella y Curion el padre, los edictos de Bibulus, en los que a César se le llama *reina de Bithynia*, y se añade que “después de haber amado un rey amó la realeza”,

confirman lo anotado. Por este tiempo, según Marcus Brutus, un tal Octavius, loco, que tenía derecho a todo, saludó a Pompeya, delante de numerosa asamblea, llamándola *rey*, y a César llamándole *reina*. C. Memnius le reprocha el haber servido a Nicomedes a la mesa con los esclavos y los eunucos de aquel príncipe, de haberle presentado la sopa ante un gran número de convidados y de muchos mercaderes romanos, de cuyos nombres da cuenta. Cicerón, no contento de haber escrito en sus cartas que César había sido conducido por guardias a la alcoba de Nicomedes y se había acostado con él en un lecho de oro cubierto de púrpura, y que un descendiente de Venus se había prostituído en Bithynia, le dijo un día en su rostro, en medio del Senado, cuando César defendía la causa de Nisa, hija de Nicomedes, recordando las obligaciones que debía a este príncipe: "Deja esas obligaciones; sabemos lo que tú le has dado y lo que de él has recibido."

Para terminar: en las Galias sus soldados,

entre otras bromas con que tenían costumbre de acompañar la marcha del vencedor, le repetían esta copla conocida:

“César ha sometido las Galias,  
Nicomedes ha sometido a César,  
César triunfa por haber sometido las Galias,  
Nicomedes no triunfa por haber sometido a César.”

XL.—Dícese que pagaba caros sus placeres. Sedujo a muchas mujeres del primer rango, entre otras a Postumia, mujer de Servius Sulpicius; a Lollia, mujer de Anlus Gabinus; a Tertulia, mujer de M. Crassus, y a la misma Mutia, mujer de Pompeyo. Los dos Curion, padre e hijo, y muchos otros, reprocharon a Pompeyo “haber escuchado el interés de su ambición, hasta el punto de haberse desposado con la hija de César, repudiando para ello a una mujer que le había dado tres hijos”.

César a quien amó fué a Servilia, madre de Brutus, y para ella compró, durante su primer consulado, una perla que le costó seis millones de sestercios, y durante la guerra civil, entre otros presentes, le hizo adjudicar, a bajo pre-

cio, una hermosa tierra que se vendía en subasta. Cuando esto se comentaba, dijo Cicerón: "Cuéstale a Servilia más cara de lo que creéis, porque antes ha entregado su hija a cuenta." Sospechábase que Servilia había fraguado unos amores deshonestos entre César y su hija Tertia.

XLII.—Parece ser que en las Galias no respetó más que en Roma la santidad del lecho conyugal, según las canciones militares: "Ciudadanos, encerrad vuestras mujeres; con nosotros viene el libertino calvo, que compra las hembras de la Galia con el dinero que tomó prestado en Roma."

XLIII.—Tuvo varias reinas por queridas, entre otras a Ennoé, mujer de Boguda, rey moro, a quien colmó de presentes, así como a su marido, y sobre todo a Cleopatra, con quien cenó y pasó muchas noches. Quiso pasar con ella el Nilo y llegar hasta Ethiopia en un bajel del rey de Egipto; pero su ejército se negó a seguirle. Trájola a Roma y la envió luego a su país cargada de regalos y honores, consintien-

do, además, que el hijo que con ella tuvo llevara su nombre. Dícese que este hijo se le parecía mucho en la figura y el modo de andar, y Antonio afirmó en el Senado que César lo había reconocido, según testimonio de sus amigos Matius y Oppius. Oppius creyó que el asunto era demasiado grave para tratado así, y publicó luego un escrito que se titulaba: "Pruebas de que el hijo de Cleopatra no es hijo de César."

Helvius Cinna, tribuno de la plebe, aseguró muchas veces que había obtenido de César una ley, para publicarla cuando quisiera, que le permitía cambiar de mujer tantas veces como le conviniera, hasta tener herederos. En una palabra, tan degradado estaba en sus costumbres, que Curión el padre le llamó en uno de sus discursos "el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos".

XLIII.—Por lo que al vino respecta, hasta sus enemigos convienen en que hacía de él un uso moderado. Se recuerdan estas palabras de Catón: "De todos los que han trastornado la

República, César es el único que no ha sido borracho." Oppius refiere que era tan poco delicado para comer, que un día que habían guisado con aceite alterado en casa de un caballero que le convidó, fué el único que no rehusó los alimentos, y hasta repitió sus raciones por no disgustar a su huésped.

XLIV.—No fué desinteresado en el mando, ni en la magistratura. Está probado que en España recibió, del pro-cónsul y de los aliados, dinero, que pedía con insistencia, como socorro necesario para pagar sus deudas. Entregó al saqueo muchas villas de Lusitania, aun cuando, lejos de hacer resistencia, abrieron las puertas a su llegada. Saqueó también en las Galias los templos de los dioses enriquecidos de ofrendas y regalos. Destruyó las plazas más veces por el botín que para el ejemplo, y viendo en sus manos gran cantidad de oro en lingotes, lo hizo vender en Italia y las provincias por dinero acuñado, al cambio de tres mil sestercios por cada libra de oro. En su primer consulado, quitó del Capitolio tres mil libras de oro y las sus-

tituyó por otras tantas de cobre dorado. Vendió la alianza de los romanos; vendió los reinos; sólo de Ptolomeo obtuvo por el reino de Egipto cerca de seis mil talentos; sólo, en fin, a fuerza de dinero y sacrilegios, pudo subvenir a los quebrantos de la guerra civil, de los triunfos y de los espectáculos.

XLV.—La ocasión le determinó muchas veces a combatir sin que de ello tuviera propósito; con frecuencia se vió atacado después de una marcha, cuando hacía muy mal tiempo o cuando menos lo esperaba. Sólo en los últimos años de su vida estuvo menos dispuesto a reñir batallas, convencido de que no debía abusar de su suerte, y de que ganaría con una victoria menos que perdería con una derrota.

Jamás puso en huida un enemigo sin apoderarse en su campo, y no le daba tiempo para rehacerse. En los momentos críticos enviaba todos los caballos, incluso el suyo, a lugar lejano, para poner a sus soldados en la necesidad de vencer, impidiéndoles la retirada.

XLVI.—Su caballo era notable; tenía los pies

hendidos de manera que parecían los dedos de un hombre. No había nacido en su casa, y los augures lo miraron como un pronóstico del imperio del mundo que su amo debía conseguir; así él lo educó cuidadosamente, y fué el primero y el único que lo montó. En sus últimos tiempos lo hizo fundir en bronce, y lo colocó ante el templo de la Madre Venus.

XLVII.—Muchas veces animó a sus tropas, que se replegaban, arrancándoles las armas de las manos y obligándoles a volver el rostro al enemigo. La mayor parte de sus soldados tenían tal espanto, que un porta-enseña a quien se dirigió en esta forma le presentó la punta de su espada, y otro a quien había cogido el estandarte lo abandonó en sus manos.

XLVIII.—En muchas ocasiones dió pruebas aún mayores de su valor intrépido. Después de la batalla de Farsalia, había hecho salir antes a las tropas, que enviaba al Asia, y pasó el estrecho del Helesponto en una pequeña barca de transporte; encontró a L. Cassius, uno de los lugartenientes de Pompeyo, y no pensó en huir,

aunque el enemigo llevaba diez galeras; avanza, le exhorta a rendirse y consigue su sumisión.

XLIX.—En el ataque de un punto en Alejandría, vióse obligado a arrojarse en una barca para escapar de los egipcios; precipitóse tras él la multitud y no le quedó otro partido que lanzarse al mar; nadó unos doscientos pasos hasta el bajel más próximo, llevando su mano izquierda levantada para no mojar los papiros que llevaba, y sosteniendo su escudo con los dientes por no abandonar al enemigo este despojo.

L.—No estimaba al soldado ni por su fortuna ni por sus costumbres, sino por sus fuerzas, y le trataba con extremo rigor o con extrema indulgencia. Severo cuando el enemigo estaba próximo, mantenía la más exacta disciplina; él no anunciaba ni los días de marcha, ni los días de combate; quería que su gente estuviera dispuesta en todos los momentos. Algunas veces hacía marchar su ejército sin objeto, sobre todo los días de fiesta o de lluvia. Encargaba que no

le perdieran de vista, y de repente se alejaba de día o de noche y forzaba su marcha para alejarse de los que le seguían.

LI.—Tenía por norma no despreciar ni disminuir ante sus soldados las fuerzas de sus enemigos; antes bien, las aumentaba a sus ojos. Así, cuando los vió asustados por la marcha de Tuba, los reunió y les dijo: "Sabed que el rey de Mauritania tendrá dentro de pocos días diez legiones, treinta mil caballos, cien mil hombres de tropa ligera y trescientos elefantes. A los que intenten esparcir falsos rumores, los colocaré en el peor de mis bajeles y encargaré al viento que los conduzca."

LII.—Durante diez años que duró la guerra de las Galias, César no tuvo en sus tropas ninguna sedición. En las guerras civiles hubo muchas, pero fueron apaciguadas prontamente, más bien por la autoridad que por la indulgencia, porque jamás se doblgó ante los soldados sublevados, ni se ocultó de ellos; antes al contrario, fué a buscarlos siempre. En Plasencia castigó y disolvió toda una legión, aunque en-

tonces Pompeyo estaba sobre las armas, y no la reorganizó sino al cabo de repetidas súplicas y previo el exterminio de los culpables.

LIII.—En Roma, cuando la décima legión pedía con amenazas su disolución y su recompensa y se creía la ciudad en peligro, mientras vibraba la guerra en Africa no vaciló, a pesar de los consejos de sus amigos, en marchar a su encuentro. Pero con una sola palabra, con llamar a los insurrectos *ciudadanos*, en lugar de soldados, les hizo cambiar de actitud y los sometió, hasta el extremo de que le siguieron al Africa, aun cuando dispuso que a los más revoltosos se les privase de la tercera parte del botín y de las tierras que les pertenecieran.

LIV.—Su celo y su fidelidad para con sus clientes brillaron siempre como en su juventud. Defendió al joven Marintha, de nacimiento distinguido, contra el rey Hyempsal con tanto calor, que en lo más culminante de la disputa juró por la barba de Tuba, hijo de este príncipe, y cuando vió a Marintha declarado tributario de Hyempsal, lo arrancó de las manos de

los que se lo llevaban, lo encerró en su casa, y cuando después de su pretura marchó a España, lo colocó en su litera a favor del gentío que le rodeaba y lo llevó consigo.

LV.—Continuamente trató a sus amigos con bondad y consideraciones sin límites. Caius Oppius, que de ordinario le acompañaba, habiendo caído enfermo repentinamente, vió que le cedía el único albergue que encontraron en el camino y se acostaba él en el suelo al aire libre. Cuando estuvo al frente del gobierno elevó a los más grandes honores a los que le habían sido adictos, por bajo que fuera su nacimiento, y cuando se le reprochaba esto, decía: "Si brigantes y asesinos me hubieran hecho los mismos servicios que ellos, lo mismo los hubiera recompensado."

LVI.—Nunca estuvo tan irritado contra uno que no se doblegara voluntario a la ocasión de hacer las paces. Caius Mennius le había atacado con dureza en sus discursos, y él le había contestado en la misma forma; esto no impidió que le ayudara con toda su fuerza cuando so-

licitó el consulado. Fué el primero que ayudó a Calvus, que había hecho contra él sangrientos epigramas, cuando recibió la intervención de algunos amigos para que se reconciliara con él. Catulo, según expresión del mismo César, "le había señalado con una mancha eterna en sus versos contra Mamurra". Admitió sus excusas, le sentó a su mesa aquel mismo día y no dejó de tener con toda su familia la misma amistad que antes.

LVII.—Era por naturaleza dulce hasta en sus venganzas. Cuando se apoderó de los piratas que le habían hecho prisionero, como juró crucificarlos, no cumplió su juramento hasta después de haberlos estrangulado. Jamás hizo mal alguno a Cornelius Phagita, que, habiéndole preparado emboscadas en los tiempos en que andaba oculto, había estado a punto de conducirlo ante Sylla, enfermo y languideciente, y no le había dejado escapar sino por una fuerte suma de dinero. Hizo morir a su secretario Philemón, que había prometido envenenarle; pero no le infligió tormentos. Llamado como testi-

go contra Publius Clodius, amante de su mujer y acusado de sacrilegio, respondió que nada sabía, y que su hermana Julia, y Aurelia, su madre, habrían declarado la verdad; y como le preguntaran por qué había repudiado a su mujer, contestó: "Porque es preciso que todo lo que me pertenece esté tan exento de sospecha, como de crimen."

LVIII.—Se le atribuyen, sin embargo, palabras que expresan abuso de poder y parecen justificar su muerte. No contento con aceptar los honores excesivos, como la prolongación del consulado, la dictadura perpetua, las funciones de Censor, los nombres de emperador y padre de la patria, una estatua entre las de los reyes y una cátedra en la orquesta, llegó a rebasar los límites de las grandezas humanas: tuvo un púlpito de oro en el Senado y en el tribunal; su estatua fué llevada al Circo con la misma pompa que las de los dioses; tuvo templos, altares y sacerdotes; dió su nombre a uno de los meses del año, y lo mismo daba dignidades que las recibía. En sus consulados tercero y cuarto,

sólo tuvo de cónsul el nombre, y ejerció la dictadura. Nombró dos cónsules en su lugar para los tres últimos meses de estos dos años, durante los cuales no hizo más elecciones que las de los tribunos y las de los ediles. Estableció lugartenientes en vez de pretores, para que gobernarán la ciudad bajo sus órdenes. Murió uno de los cónsules la víspera de las calendas de enero, y creó un nuevo cónsul para el resto del día, Caninius, que le pidió esta gracia. Con la misma licencia y el mismo desprecio de las leyes, dispuso de las magistraturas durante muchos años; dió los ornamentos consulares a diez pretores; dió el título de ciudadanos lo mismo a los senadores que a los galos semibárbaros; hizo a muchos esclavos administradores y recaudadores de impuestos, y dió el mando de tres legiones, que dejó en Alejandría, a uno de sus queridos, hijo de Rufino, su liberto.

LIX.—Se permitía en público discursos tan poco circunspectos como sus acciones, según testimonio de Appiano. “La República, decía, no es más que un nombre sin realidad. Sylla

sabía de esto bien poco, puesto que abdicó la dictadura. Es preciso que en lo sucesivo se me hable con la mayor reverencia y se tenga como leyes mis palabras." Llevó su audacia hasta replicar a un augur que le hablaba de un mal presagio, "que él volvería felices los presagios cuando quisiera".

LX.—Lo que excitó contra él un odio implacable, fué el que un día recibiera, sentado en el pórtico del templo de la Madre Venus, al Senado, que venía en corporación a presentarle los decretos honoríficos dictados en su favor. Algunos aseguran que Cornelius Balbus lo retuvo cuando se fué a levantar; otros dicen que esto no es cierto, y además miró con malos ojos a Trebatius, que le advirtió se levantara. Esto pareció más intolerable, porque él mismo había estado indignado con Pontius Aquila, el único tribuno que no se levantó cuando pasó en triunfo por su tribunal. César le gritó: "Tribuno Aquila, sustitúyeme en la República", y durante muchos días nada concedió sino con

esta cláusula: *Si Pontius Aquila lo encuentra bien.*

LXI.—A esta afrenta que hacía al Senado, añadió todavía un rasgo de mayor arrogancia. Volviendo de las fiestas latinas entre las mayores aclamaciones, un hombre del pueblo puso sobre su estatua una corona de laurel con una cinta blanca. Algunos tribunos hicieron quitar la cinta y ordenaron la prisión de aquel hombre. César vió con dolor que aquella tentativa no resultó y que le quitaban la gloria de ser coronado; reprendió severamente a los tribunos y los separó del cargo. Desde este momento no pudo lavarse del reproche de haber aceptado el título de rey, aun cuando respondió a los del pueblo que le daban este nombre, que él era César y no rey, y que el día de las Lupercales había consagrado a Júpiter Capitolino la corona que Marco Antonio ensayó muchas veces colocar sobre su frente en la tribuna de las arenas. En el Senado se dijo que Cotta, quindecenviro, iba a proponer una ley para dar a César el título de rey, porque estaba escrito en los li-

bros de las Sybilas que los Parthos sólo serían vencidos por un rey.

LXII.—Los conjurados, para no prestar sus votos a esta ley, se apresuraron a ejecutar su empresa. Reuniéronse en consejo general y, lejos de aplaudir la situación del gobierno, acordaron detestar la tiranía y pedir vengadores.

Quintus Máximus, nombrado cónsul por tres meses, llegó al Senado, y cuando el líctor lo anunció siguiendo la costumbre, le gritaron desde todas partes que no era cónsul. Cuando Cesatius y Marullus fueron arrojados del cargo de tribunos, fueron a los comicios seguidos de gran multitud. Al pie de la estatua de Lucius Brutus escribieron: "Pluguiera a los dioses que tú vivieses", y sobre la de César: "Brutus fué elegido cónsul por haber destronado a los reyes; éste ha sido rey por haber arrojado a los cónsules." Más de cuarenta ciudadanos conspiraron contra él, teniendo a su frente a C. Carrius, Marcus y Décimus Brutus. Dudaron acerca del modo de realizar su intento; si en el momento de la Asamblea del Campo de Marte, en

que llamaron a las tribus para emitir los sufragios, una partida de ellos cortarían el puente y otra asesinaría abajo; si atacarían en la vía Sagrada o a la entrada del teatro. Pero cuando en la Asamblea del Senado indicaron que para los idus de marzo en la sala edificada por Pompeyo, dejaron todos de buscar sitio ni momento más favorables.

LXIII.—Hubo prodigios admirables, que anunciaron a César su próximo fin. Algunos meses antes, los colonos a quienes había dado los terrenos de la Campania quisieron edificar allí casas, y al cimentar encontraron tumbas y monumentos antiguos: en el sitio en que se cree estaba enterrado Capys, el fundador de Capua, encontraron una tabla de bronce con una inscripción griega, cuyo espíritu significaba, que cuando se descubrieran las cenizas de Capys, un descendiente de Julio perecería a manos de sus prójimos y las desgracias de Italia vengarían su muerte. Este hecho, que no puede reputarse fabuloso, lo cuenta Cornelius Balbus, íntimo amigo de César. En los mismos días se

observó que los caballos que había consagrado cuando el paso del Rubicón y los había dejado pacer en libertad, se abstenían de tomar alimento y lloraban abundantemente. El augur Spurinna le advirtió en un sacrificio que estaba amenazado de un peligro, al que se vería expuesto en los idus de marzo. La misma noche anterior al día de su muerte, soñó que volaba sobre las nubes y tocaba la mano de Júpiter. Calpurnia, su mujer, soñó que caía el tejado de su casa y que su marido estaba en sus brazos herido de muchos golpes. Las puertas de su alcoba se abrieron por sí mismas. Todas estas razones y su salud, que era muy débil por entonces, le hicieron dudar si debía quedarse en casa y diferir para otro día lo que aquél tenía que hacer en el Senado; pero Décimus Brutus le exhortó a no faltar al Senado, adonde le esperaban en gran número y desde hacía mucho tiempo. Salió a la quinta hora del día y le entregaron un escrito que contenía detalles de la conjuración; lo puso entre otros que llevaba en la mano izquierda, como dejando para más

tarde su lectura. Inmoláronse muchas víctimas, sin que una sola diera presagios felices, y despreciando estos temores religiosos entró en el Senado, después de haber dicho a Spurinna: "Ved cómo los idus de marzo llegaron sin accidente." "Todavía no han pasado"—contestó el augur.

LXIV.—Cuando tomó asiento rodeáronle los conjurados como para hacerle la corte, y de pronto Tullius Cimber, que estaba encargado de comenzar la tragedia, se acercó a él como para pedirle una gracia. César le hizo señal para que dejase su petición para otro momento, y como Cimber le agarrara de la ropa, gritó: *¡Esto ya es violencia!* Entonces uno de los dos Carea le pegó en el cuello suavemente; César cogió por el brazo a Carea y le dió con un punzón que tenía en la mano; de pronto vió en todas partes aceros levantados contra él, y entonces se envolvió la cabeza y con la mano izquierda se estiró la ropa para caer con más decencia. Infirieronle veintitrés golpes. Al primero lanzó una queja sin pronunciar una pala-

bra. Algunos cuentan que dijo a Brutus cuando avanzaba para herirle: *¡También tú, hijo mío!* Permaneció algún tiempo tendido en el suelo. Todos habían emprendido la fuga. Por último, tres esclavos lo condujeron a su casa en una litera, de la que colgaba uno de sus brazos. De todas las heridas, la única que su médico Antistius encontró mortal fué la segunda, recibida en el pecho. Los conjurados tenían propósito de arrastrar el cádaver hasta el Tíber, declarar confiscados sus bienes y nulos todos sus actos; pero el miedo que les inspiraban el cónsul Antonio y Lépido, general de la caballería, se lo impidió.

LXV.—Por iniciativa de Lucius Pison, su suegro, se abrió su testamento y se leyó en casa de Antonio. Habíalo hecho en el mes de septiembre precedente en una casa de campo llamada Lavicanum, y lo había confiado a la Vestal Máxima. Q. Tuberon cuenta que desde su primer consulado hasta el comienzo de la guerra civil, tuvo designado por heredero a C. Pompeyo, y que en un discurso había leído

a sus soldados esta cláusula. En su última disposición designaba tres herederos, que eran sobrinos segundos suyos: C. Octavius tenía las tres cuartas partes de la herencia; Lucius Pinianus y Quintus Pedius tenían la otra cuarta parte. Al final del testamento adoptaba a Octavio y dábale su nombre. Nombraba a muchos de sus asesinos tutores de sus hijos, si llegaba a tenerlos. Colocaba a Décimus Brutus en la segunda clase de sus legatarios, dejaba al pueblo romano sus jardines de junto al Tíber y trescientos sestercios por cabeza.

LXVI.—El día señalado para sus funerales se colocó una hoguera en el Campo de Marte, junto a la tumba de Julia, y una capilla dorada frente a la tribuna de las arengas, conforme al modelo del templo de la Madre Venus; colocóse allí un lecho de marfil, con una cubierta de tela de oro y púrpura, y junto al lecho un trofeo con armas y las ropas que llevaba cuando murió. Como se calculó que el día no bastaba para que fueran por orden cuantos quisieran llevar ofrendas y regalos al Campo de Marte, se

dispuso que fueran sin orden y por el camino que quisieran. En los juegos funerarios se cantaron muchos trozos compuestos para excitar la piedad o la indignación, como el monólogo de Aujax, en la obra de Pacuvius, que se titula *Las Armas de Aquiles*. En lugar de oración fúnebre, el cónsul Antonio hizo que un heraldo leyera el último Senadoconsulto, que le atribuía todos los hombres divinos y humanos, y la plática por la cual se obligaba a defenderlo aun con peligro de su vida. A esta lectura añadió muy pocas palabras.

Magistrados en funciones llevaron el féretro en la plaza pública; unos querían quemarlo en el santuario de Júpiter y otros en el Senado; de pronto dos hombres armados de espadas y azagayas prendieronle fuego con antorchas, y a continuación todos trajeron madera seca, bancos, asientos de los jueces y todo lo que encontraron a mano. Histriones y tocadores de flauta tiraron allí las ropas triunfales que llevaban puestas para la ceremonia; los legionarios veteranos, las armas con que asistían a los fune-

rales de su general; las mujeres, sus adornos y los de sus hijos. Hasta los extranjeros tomaron parte en este duelo público, y cada uno dió muestras de desolación conforme al uso de su país. Los judíos velaron muchas noches junto a sus cenizas.

LXVII.—El pueblo corrió con hachas después de los funerales a las casas de Brutus y Cassius. Encontró a un tal Helvius Cinna y le confundió con Cornelius Cinna, que la víspera había declamado furiosamente contra César; lo asesinó y llevó su cabeza clavada en una pica. Por último, en la plaza pública se levantó una columna de mármol de Africa, con veinte pies de altura, y en ella se puso esta inscripción: AL PADRE DE LA PATRIA. Durante mucho tiempo el pueblo fué allí a ofrecer sacrificios, formular votos y terminar ciertas diferencias, jurando por el nombre de César.

LXVIII.—Algunos han sospechado que César no se preocupaba por vivir mucho tiempo, y por esta razón era muy indiferente para con su delicada salud, las predicciones funestas y los

presentimientos de sus amigos. Otros creen que se consideraba tan seguro por los decretos del Senado y el juramento citado arriba, que despidió una guardia española que le rodeaba espada en mano; otros creen que prefería caer en las emboscadas de sus enemigos a temerles continuamente, y otros cuentan que tenía costumbre de decir: "la República está más interesada que yo en mi conservación".

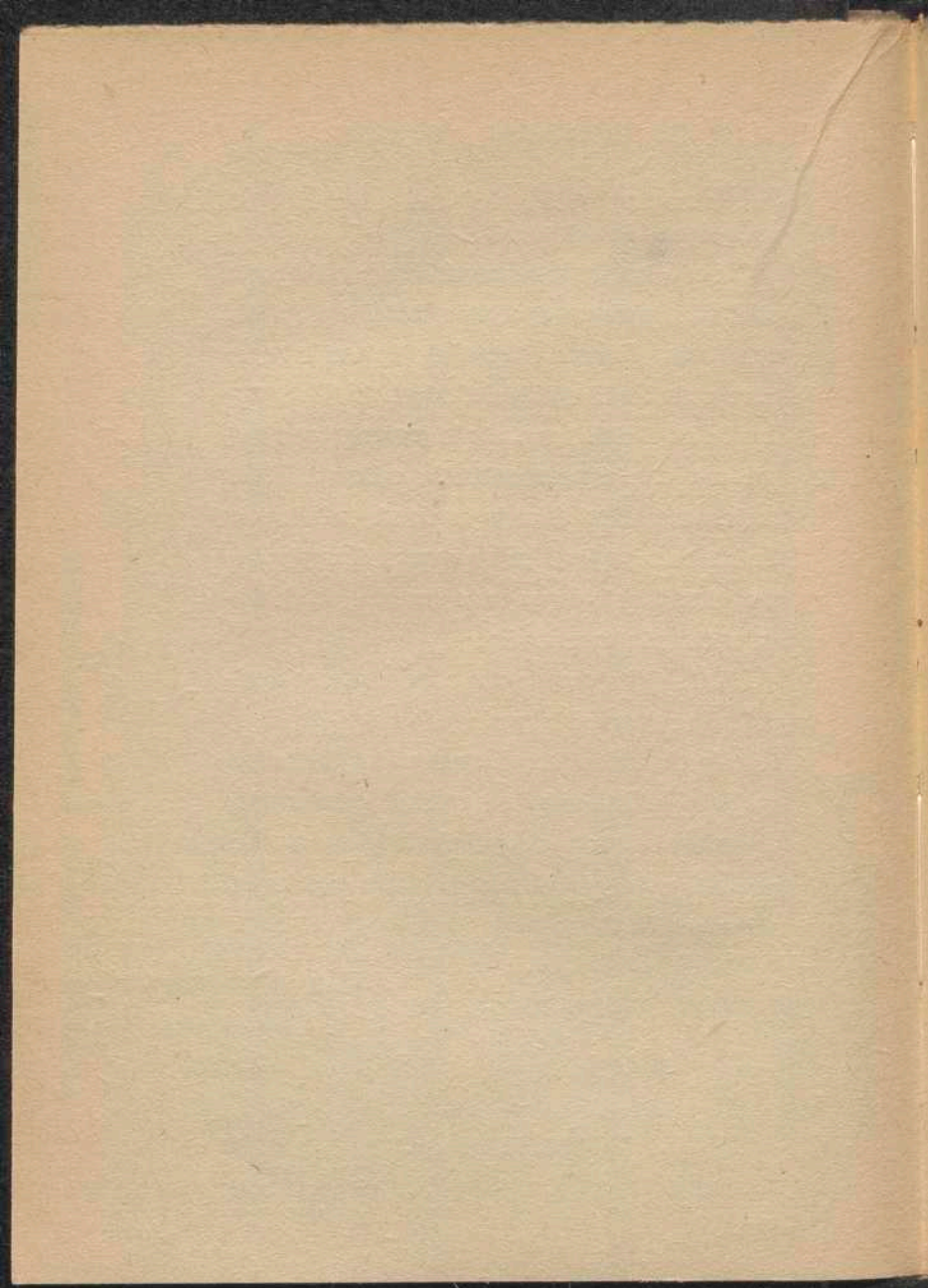
LXIX.—Conviene casi todos en que su muerte ocurrió poco más o menos como él había deseado. Un día, leyendo en Xenofonte que Ciro, durante su última enfermedad, había dado instrucciones para sus funerales, significó su antipatía por aquel género de muerte, y deseó que la suya fuera súbita. La víspera de los idus de marzo, cenando con Lépido, se habló de cuál era el género más dulce de muerte, y él se decidió por la más rápida y la más inopinada.

LXX.—Murió a los cincuenta y seis años de edad. Fué colocado entre los dioses, no sólo

por las ceremonias religiosas, sino por la íntima persuasión del pueblo.

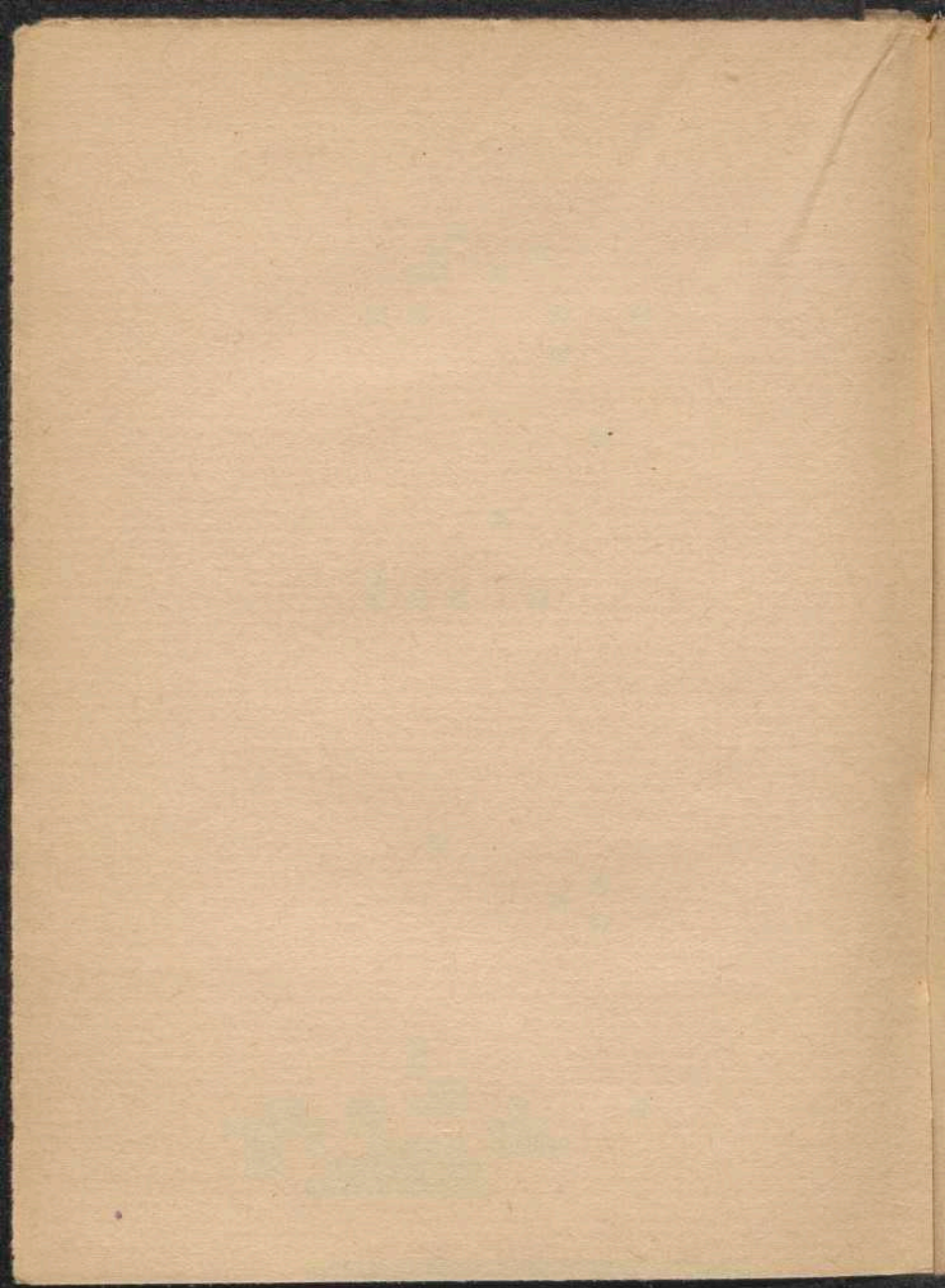
Cuando los juegos que su heredero Augusto celebraba para su apoteosis, brilló un cometa con barba durante siete días; aparecía a las once y se creyó que era el alma de César colocada en el cielo; por esto le representan siempre con una estrella sobre la cabeza. Hizose tapiar la sala del Senado en donde fué muerto. Se les llamó a los idus de marzo *dias parricidas*, y se prohibió que en lo sucesivo se reuniera el Senado en este día.

LXXI.—Ninguno de sus asesinos le sobrevivió más de tres años, y ninguno murió de muerte natural; todos fueron condenados, todos perecieron, y cada uno de manera diferente: unos en un combate, otros en un naufragio, y muchos se suicidaron con el mismo hierro que levantaron contra César.



II

AUGUSTO



I.—La familia Octavia era una de las principales de Velletria; de ello dan fe muchos monumentos. Esta familia, agregada por Tarquino el Antiguo a una de las clases inferiores del Senado y después elevada, por Sevius Tullius, al rango patricio, descendió luego a plebeya y con gran esfuerzo fué, por último, restablecida por César en su primera dignidad.

II.—Octavio, padre de Augusto, fué rico y estimado desde su juventud, y es bien extraño que se haya asegurado que fué cambiante y corredor. Educado en la opulencia, llegó fácilmente a los empleos y los ejerció con dignidad. Después de su pretura obtuvo el gobierno de Macedonia, y antes de llegar allí, destrozó en su camino los restos de las huestes que habían seguido a Catilina y Espartaco, que ocupaban el país de Thurium. Esta comisión se la había confiado el Senado. Gobernó su provincia con

tanta equidad como valor; ganó una gran batalla contra los Thraccios, y trató tan bien a los aliados del pueblo romano, que Cicerón, en cartas que existen hoy, exhorta a su hermano Quintus, pro-cónsul de Asia, de quien estaban todos descontentos, a hacerse querer de los aliados a la República, como su vecino Octavio.

III.—A su vuelta de Macedonia, cuando iba a presentarse candidato al consulado, le sorprendió la muerte. De Ancharia, su primera mujer, dejó una hija, llamada Octavia, y de Atia, la segunda, otra Octavia y Augusto. Atia era hija de Marcus Atius Balbus y de Julia, hermana de César. Balbus era originario de Aricia por la línea paterna, y tenía en su familia una serie de senadores; por parte de su madre, era próximo pariente de Pompeyo. Háblele sido concedida la pretura y fué, además, uno de los veinte comisarios designados por la ley de César para distribuir las tierras de la Campania. En tanto Antonio, obstinado en desacreditar el nacimiento de Augusto, pretendió

que su abuelo materno era africano y había tenido una tienda, en Aricia, de perfumería o panadería. Cassius de Parma, en una de sus cartas, trata a Augusto de hijo de panaderos y le apostrofa en esta manera: "Tu madre vendía harina en el molino más despreciable de Aricia, y tu padre la amasaba con las manos ennegrecidas por el dinero que manejaba en Nerulum."

IV.—Augusto nació bajo el consulado de Cicerón y Antonio, el 20 de septiembre, al amanecer, frente el monte Palatino, cerca de un paraje que se llama *Cabeza de Buey*, en donde hay ahora una capilla, levantada poco después de su muerte. En las actas del Senado se lee que C. Lectorius, joven patricio, convicto de adulterio, para obtener la dulcificación de su pena, alegó que había sido poseedor del terreno en que había nacido Augusto.

V.—En Velletria enseñan todavía en un arrabal la casa de sus antepasados en donde se crió. La habitación en donde fué amamantado es pequeñísima, parece un armario. En la

población creen que nació en ella, y sólo entran en caso de necesidad y con gran respeto. Según antigua tradición, los que entran allí con irreverencia se ven atacados de un escalofrío súbito, y ha confirmado esta opinión el que un sobrino, propietario de la casa, habiéndose acostado en esta pieza, por casualidad o de intento, fué empujado por una fuerza extraña y se encontró con su cama ante la puerta medio muerto.

VI.—Perdió a su padre cuando tenía cuatro años; a los doce pronunció la oración fúnebre por su abuela Julia; a los diez y seis tomó la ropa viril y recibió los dones militares del triunfo de César sobre los africanos, aun cuando su edad todavía no le permitía ir a la guerra. Algún tiempo después, cuando partió su tío a combatir en España a los hijos de Pompeyo, le siguió, convaleciente de una enfermedad, con una débil escolta por un camino lleno de enemigos. Hasta naufragó, pero al fin llegó junto a César, que se maravilló de este celo y lo consideró caracterizado por la destre-

za que manifestó para escapar de los peligros. César, después de haber sometido a España, deseoso de agredir a los Dacios y a los Partos, lo envió de avanzada por el camino de Oriente a Apollonia, en donde estudió las letras; allí supo la muerte del dictador, que le nombraba su heredero. Al principio pensó solicitar el apoyo de las legiones vecinas; pero consideró este partido como imprudente y precipitado. Así, pues, vino a Roma y se presentó como heredero de César, a pesar de las irresoluciones de su madre y los consejos de su suegro Martius Philipus, caballero consular, que con gran interés trató de disuadirle. Pronto se vió a la cabeza de un gran ejército; gobernó la República con Antonio y Lépido y en seguida con Antonio sólo, durante doce años, llegando, por último, a ser soberano solo y absoluto por espacio de cuarenta y cuatro años.

VII.—Tales son los detalles de su vida. Estudiémosla ahora por partes, no siguiendo el orden de los tiempos, sino la naturaleza de sus asuntos.

Sostuvo cinco guerras civiles: la de Módena, la de Macedonia, la de Perugia, la de Sicilia y la de Actium; la primera y la última contra Marco Antonio; la segunda contra Brutus y Cassius; la tercera contra Antonio, hermano del triunviro, y la cuarta contra Sextus, hijo del gran Pompeyo.

VIII.—En todas tuvo por principio la obligación en que se creía de vengar la muerte de su tío y de sostener la validez de su testamento y de los actos de su dictadura.

Desde que llegó de Apollonia estuvo decidido a proceder judicialmente contra Brutus y Cassius, y aunque habían salido de Roma para colocarse al abrigo de todo peligro, les acusó como asesinos. Celebró él mismo los juegos instituidos en memoria de la jornada de Farsalia, porque los que de esto se hallaban encargados parecían no acordarse. Para realizar sus empresas con mayor entusiasmo, quiso reemplazar a un tribuno del pueblo que había muerto y lo hizo con un patricio. Ciertamente que todavía no era senador. Pero encontrando gran

oposición en el cónsul Marco Antonio, en quien creía encontrar su principal apoyo, se pasó al partido del Senado: sabía que allí detestaban a Antonio, sobre todo desde que quiso arrojar de la Galia cisalpina y tenía sitiado en Módena a Décimus Brutus, a quien César había dado este gobierno con aprobación del Senado.

Se le aconsejó que hiciera asesinar a Antonio; pero no prosperó el complot, y comenzando a temer por sí mismo se deshizo en larguezas para atraerse a los veteranos de César, a los que llamó en su socorro y en el de la República. Cuando hubo reunido las fuerzas tuvo su mando como pro-pretor, y recibió el encargo de ir con Hirtius y Paussa, cónsules, a socorrer a Décimus Brutus. Se terminó esta expedición en dos meses con tres combates. En el primero tomó la retirada, si damos crédito a Antonio, y no pareció hasta dos días después, sin caballo ni armadura. Durante el segundo, cumplió sus deberes de jefe y de soldado: herido el porta-enseña de su legión, le tomó el

águila y la llevó sobre sus espaldas largo tiempo.

IX.—Hirtius y Paussa murieron en esta guerra: el primero en un combate; a consecuencia de sus heridas el otro. Dijose que Augusto era culpable de estas muertes, porque como después de la derrota de Antonio, la República no tenía cónsules, tenía esperanzas de disfrutar él solo el mando del ejército vencedor. Lo cierto es, que la muerte de Paussa levantó tales sospechas, que Glycon, su médico, fué preso y acusado de haber envenenado sus heridas. Aquilinus Niger afirma que el mismo Augusto mató a Hirtius durante la pelea.

X.—Sea de ello lo que fuere, cuando supo que Antonio, después de su derrota, se había refugiado en el campo de Lépido, y los otros generales con sus legiones se habían adherido al Senado, no dudó en cambiar de táctica. Como pretexto de su cambio alegó que tenía quejas de sus palabras y sus acciones; que unos le habían tratado de niño, que otros habían dicho que era preciso anularle, y se habían opuesto a

las recompensas acordadas para él y sus veteranos. Para hacer resaltar la pena que sentía por haber servido al Senado, condenó a una multa considerable a los habitantes de Nurrum, que habían levantado un monumento a los soldados de la República muertos delante de Módena, con esta inscripción: A LAS VÍCTIMAS DE LA LIBERTAD, y como no pudieron pagar la multa, los arrojó de su ciudad.

XI.—Unido con Antonio y Lépido, convaleciente todavía de una enfermedad, terminó en los campos de Filippus la guerra de Macedonia. Tuvo allí dos combates. En el primero, lo arrojaron de su campo y tuvo que refugiarse en el de Antonio: en el segundo salió victorioso; pero usó de la victoria con moderación. Envió a Roma la cabeza de Brutus para que la colocaran al pie de la estatua de César. Trató mal a los prisioneros más ilustres, llegando hasta faltarles de palabra. Uno le suplicó que le diera sepultura; le contestó que los buitres se la darían. Un padre y un hijo suplicaban les perdonara la vida, y les ordenó que combatie-

ran y otorgaría esta gracia al vencedor: el padre se arrojó sobre la espada de su hijo, y éste se hirió con la suya. Augusto los vió expirar. Así, cuando Favonius, imitador de Catón y otros prisioneros, comparecieron encadenados ante los triunviros, saludaron a Antonio con respeto llamándole emperador, y motejaron a Augusto con graves injurias.

En el reparto que siguió a la victoria, Antonio se encargó de los negocios de Oriente. El trajo a Italia los veteranos para darles posesión de las tierras que les había prometido. Todo el mundo quedó descontento: los propietarios por verse despojados, y los veteranos por creer que no estaban bien recompensados.

XII.—Por entonces L. Antonius, hermano del triunviro, quiso exaltar las turbas en Roma. El consulado que ejercía y el poder de su hermano, hinchaban sus esperanzas. Augusto le obligó a retirarse a Perusa, y allí lo sitió por hambre, pero no sin correr grandes peligros durante la guerra y durante el sitio. Sucedió que en unos juegos públicos, un soldado se co-

locó en uno de los catorce bancos destinados a los caballeros; Augusto envió a un líctor para hacerle retirar. Momentos después, sus enemigos hicieron correr la voz de que el soldado había perecido en los mayores tormentos, y esto levantó tal indignación en sus compañeros, que Augusto estuvo a punto de ser muerto; felizmente para él, el soldado apareció de pronto sano y salvo. En otra ocasión, ofrecía un sacrificio junto a los muros de Perusa; un pelotón de gladiadores salió bruscamente de la villa y estuvo a punto de matarle.

XIII.—Después de la toma de esta plaza se ensañó contra sus enemigos, y a sus ruegos y sus quejas, contestaba con estas palabras. *Es preciso morir*. Dícese que eligió trescientos para inocularlos como víctimas el día de los idus de marzo en un altar consagrado a César. Otros creen que sólo había promovido esta guerra para que se dieran a conocer sus enemigos secretos y para pagar a sus veteranos con el botín.

XIV.—Comenzó la guerra de Sicilia, que fué



larga y la interrumpió varias veces, tanto para reparar las pérdidas que le ocasionaron dos naufragios, cuanto para calmar al pueblo, que no tenía víveres, y acosado por el hambre pedía la paz a gritos. Al fin, después de haber ejercitado sus tropas durante todo el invierno, batió a Pompeyo el Joven entre Mylo y Neruloque. En el momento del combate se hallaba profundamente dormido; fué preciso despertarle para dar la señal, por lo que mereció los reproches de Antonio. Otros le acusan también de haber dicho, recordando sus bajeles destrozados por la tempestad, que había vencido a despecho de Neptuno y de haber hecho quitar del Circo la estatua de este dios.

En esta guerra es en la que se vió expuesto a los mayores peligros. Después de haber llevado sus tropas a Sicilia, él mismo fué a hacer que viniera el resto del ejército, que se hallaba en Italia. De improviso se vió atacado por los lugartenientes de Pompeyo, y sólo a duras penas pudo salvarse con un solo navío.

Marchando a pie a Regis, vió dos galeras

de Pompeyo que costeaban aquella ribera, las confundió con las suyas, y al acercarse estuvo a punto de caer prisionero; tuvo que huir por senderos impracticables. Un esclavo de Ametius Paulus, que le acompañaba, recordó que antes había proscrito a su abuelo materno, y en venganza quiso matarlo. Después de la retirada de Pompeyo, Lépido, uno de los triunviro, que Octavio había llamado de Africa en su socorro, envanecido de mandar veinte legiones, le habló con altivez y en tono de amenaza; lo despojó del mando y le perdonó la vida porque se lo suplicó de rodillas; pero lo desterró a perpetuidad en la isla de Circe.

XV.—Después de varias discordias y varias reconciliaciones, rompió definitivamente con Marco Antonio, y para probar cómo atacaba este triunviro las costumbres de Roma, hizo abrir y leer públicamente su codicilo, en que nombraba herederos suyos a los hijos de Cleopatra; después de haberle hecho declarar enemigo de la República, despidió a todos sus parientes y amigos, entre otros a Cayus Sossus

y Titus Domitius, cónsules. Poco tiempo después lo destrozó en una batalla naval cerca de Actium, y fué a Samos a establecer sus cuarteles de invierno; allí supo que los soldados que había enviado a Brindis después de la victoria, se habían sublevado y pedían su salario y recompensas. Tomó el camino de Italia, y junto al Peloponeso se vió combatido dos veces por las tempestades. Una parte de las embarcaciones ligeras que le seguían se sumergió, y la suya perdió los aparejos y el timón. Permaneció solo en Brindis veintisiete días para sus arreglos militares, y marchó por el Egipto al Asia Menor y Siria. Sitió Alejandría, en donde Antonio estaba con Cleopatra, y en seguida se hizo dueño de la ciudad. Antonio quiso hablar de paz, pero ya no era tiempo; tuvo que matarse, y Augusto gozó de este espectáculo. Quiso llevarse a Cleopatra en triunfo, pero ésta se hizo morder por un áspid, y ordenó que la enterraran con Antonio, haciendo terminar, a este fin, la tumba que ellos habían comenzado a edificar. Antonio, el menor de los hijos que

el triunviro había tenido con Julvia, después de muchos ruegos inútiles, se refugió en la estatua de César; arrancado de allí, se le condenó a muerte. Cesarión, que pasaba por hijo de César, fué alcanzado en su huída y conducido al suplicio.

XVI.—Hizo abrir el sepulcro de Alejandro, y sacar de él su cuerpo; púsole una corona de oro en la cabeza, lo cubrió de flores y le rindió toda clase de homenajes. Le preguntaron si asimismo quería ver a Ptolomeo, y contestó: *He querido ver un rey; no quiero ver muertos.* El Egipto fué reducido a provincia romana, y para hacerlo más fértil y más productivo para Roma, hizo que sus soldados limpiaran los canales abiertos para recibir las inundaciones del Nilo. Para perpetuar la memoria de la jornada de Actium hizo edificar a Nicópolis, y fundó allí juegos, que debían celebrarse cada cinco años. Ensanchó el antiguo templo de Apolo, y el sitio en que había acampado su ejército de tierra fué consagrado a Marte y Neptuno, y adornado con un trofeo naval.

XVII.—Descubrió y sofocó conspiraciones en todo tiempo: la del joven Lépido, la de Varrón, la de Cepión y otras muchas; hasta en una ocasión, se encontró un paje del ejército de Iliria oculto bajo su pecho y armado de un cuchillo de caza. Sometido al tormento, no se le pudo arrancar confesión.

XXVIII.—En cuanto a guerras extranjeras, sólo en dos tomó parte: la de Dalmacia, en su primera juventud, y la de los Cántabros, después de la derrota de Antonio. En Dalmacia fué herido dos veces: una en la rodilla derecha, por una piedra; la otra en los brazos y en un muslo por la caída de un puente. En las demás pelearon sus lugartenientes. Fué también varias veces a Hungría y Alemania.

XIX.—Por sí mismo o por sus lugartenientes, sometió a los cántabros, los gascones, los húngaros, los dálmatas, los ilirios y los pueblos de los Alpes. Reprimió las insurrecciones de los Dacios y derrotó a tres de sus jefes. Rechazó a los alemanes, hasta el lado de allá del Elba. Parlamentó con los suevos y los sicam-

bros, y los transportó a las Galias, junto al Rhin, y sometió, por último, otros pueblos inquietos y bulliciosos. Jamás hizo guerra sin razón o necesidad, porque no sentía ambición por aumentar su territorio ni su gloria militar, que obligó a muchos reyes extranjeros a jurar en el templo de Marte. A muchos les obligó a que le dieran mujeres en rehenes, porque había visto que se preocupaban poco por la vida de los hombres, reservándoles el derecho a retirar sus mujeres cuando quisieran, y sólo castigó las frecuentes revueltas y las perfidias, enviando a los prisioneros a que sirvieran treinta años en un país lejano. Tanta moderación y bondad determinaron a los indios y los séitas, pueblos recientemente descubiertos, a mandarle embajadores para solicitar su amistad y la del pueblo romano. Los mismos parthos le cedieron la Armenia y le devolvieron las águilas tomadas a Crassus y Marco Antonio, que había solicitado. Además, le encomendaron que eligiera un soberano entre varios que se disputaban la realeza.

XX.—El templo de Juno, que sólo se cerró dos veces antes de él, se cerró tres en su reinado. La paz reinaba en los mares y en la tierra.

Obtuvo dos triunfos pequeños en las guerras de Macedonia y Sicilia, y tres grandes: en Dalmacia, en Actium y en Alejandría.

XXI.—No tuvo más desgracias considerables, ni más derrotas vergonzosas, que las de Lollius y Varus, las dos en Alemania. La primera fué más bien una afrenta que una pérdida; la segunda pudo ser funesta para el imperio. Tres legiones fueron cortadas en pedazos, con sus jefes, sus lugartenientes y sus tropas auxiliares.

Ante esta noticia hizo colocar centinelas en la ciudad para prevenir los desórdenes, y continuó sus expediciones en las demás provincias, para sostener la fidelidad de los aliados. Ofreció a Júpiter grandes juegos por el restablecimiento de la prosperidad del imperio, y se cuenta, por último, que se encontraba abatido, hasta el extremo de dejar crecer su barba y sus cabellos durante varios meses seguidos, y

que golpeando muchas veces su cabeza contra el muro, decía: ¡*Quintilius Varus, devuélveme mis legiones!* El aniversario de este desastre fué siempre para él un día de duelo y de tristeza.

XXII.—Hizo muchas reformas en la disciplina militar. Restableció muchas costumbres y las hizo guardar con severidad. A ningún teniente de provincia le permitía venir a Roma para ver a su mujer más que durante el invierno, y aun esto con desagrado. Un caballero romano había hecho cortar los pulgares a sus dos hijos para eximirlos del servicio militar, y Augusto hizo vender en subasta sus bienes y su persona, y como vió que se presentaban falsos licitadores, lo entregó a un liberto suyo, a condición de que lo dejara vivir libre en el campo. Castigó con ignominia a la décima legión, declarada culpable de amotinamiento. Dió el retiro a otras que lo pedían con insolencia, pero privándolas de toda recompensa, infligió, por último, graves castigos por quebrantamientos de la disciplina.

XXIII.—Después de las guerras civiles, no llamó a los soldados *compañeros* en sus arengas, ni en sus edictos, ni consintió que sus hijos, cuando tuvieron mando, les llamasen más que soldados, como los llamaba él. Vea en el apelativo *compañeros* una adulación que no convenía, ni para el sostenimiento de la disciplina, ni para la majestad de los Césares. Sirvióse de manumitidos, en vez de soldados, en dos ocasiones: una para la defensa de las colonias de la Iliria y otra para guardar las riberas del Rhin. De todos modos fueron esclavos, que las personas más ricas recibieron orden de comprar y manumitir en el mismo campo. Los colocó en la primera línea, separados de los hombres libres y con armas distintas.

Daba fácilmente regalos militares, que eran objetos de plata y oro, como collares, arneses, etcétera. Pero era poco pródigo en cuanto a las recompensas puramente honoríficas, pues éstas no las daba más que al verdadero mérito, con frecuencia a simples soldados. A Agripa le dió un manto de color de mar, después de su vic-

toria en Sicilia. Nunca hizo don a los generales que habían vencido, porque creía que los que tenían facultad para otorgar recompensas, no debían recibirlas.

Nada estaba peor a un jefe—según él—que la precipitación o la temeridad; continuamente repetía este proverbio griego: *Camina lentamente; precaución es mejor que confianza*; y este otro: *Las cosas se hacen bastante de prisa, cuando se hacen bien*. Decía que no se debía emprender una guerra, ni tramar un combate, sino cuando se iba a ganar más con la victoria que lo que se podía perder con la derrota. “Los que arriesgan mucho—decía—para ganar poco, se parecen a un hombre que pescara con un anzuelo de oro, pues la pérdida no podía ser compensada por las presas que pudiera lograr.”

XXIV.—Estuvo diez años al frente de la República con el título de triunviro. Al principio se opuso a la proscripción que anunciaban sus compañeros, pero luego usó de más rigor que todos. Los demás se dejaron influir algunas veces por amistades o ruegos; él jamás hizo gra-

cias de ninguna clase; no perdonó ni a su tutor Toranius, que en la edilidad había sido compañero de su padre. A última hora pareció arrepentirse de estas crueldades, cuando hizo caballero al manumitido Philophemon, que había ocultado a su padre en el tiempo de las proscripciones.

Muchos detalles lo hicieron odioso durante su triunvirato. Un día que arengaba a sus soldados y había permitido acercarse a los campesinos, vió a un caballero llamado Piniarius, que escribía en tablillas; lo tomó por un espía y lo hizo estrangular. Tediús Afur, nombrado cónsul, se había permitido juicios malignos acerca de una de las gestiones del gobierno; hizole amenazas tan terribles que el desgraciado se dió la muerte.

Quintus Gallus, pretor, fué a verle, llevando unas tablillas ocultas bajo su ropa; Octavio sospechó que aquello pudiera ser una espada; cuando salió, lo hizo prender, lo mandó al tribunal, lo sometió al tormento como a un esclavo, y como no se exculpó, lo condenó a muerte

después de haberle arrancado los ojos con sus propias manos. Después ha escrito que Gallus había querido matarle en una entrevista particular que le había pedido y que preso y desterrado había perecido en un naufragio o a manos de bandidos.

Fué revestido a perpetuidad del poder tribunicio y se nombró un compañero que se renovaba cada cinco años. Tuvo también la inspección perpetua de las leyes y de las costumbres, sin usar el nombre de censor.

XXV.—Corrigió muchos abusos perniciosos, creados por la licencia de las guerras, que la paz no pudo destruir. Los malhechores llevaban en público sus armas, bajo el pretexto de la defensa personal; los viajeros se veían asaltados en el campo y obligados a trabajar por la fuerza. Pasó revista a las prisiones de los esclavos. Quemó los registros en donde constaban los antiguos deudores al fisco, porque circulaban insuperables acusaciones falsas. Absolvió a los acusados de mucho tiempo atrás, y para impedir que los culpables escaparan al castigo o los

procesos se alargaran demasiado, hizo días de trabajo más de treinta de los consagrados a los *juegos honorarios* (juegos de los pretores). Dispuso que los jueces fueran mayores de treinta años, esto es, cinco más que hasta entonces, y como muchas personas rehusaban estas penosas funciones, estableció que cada decuria vacara por turno un año, y que además cada año tuviera de vacaciones los meses de noviembre y diciembre.

XXVI.—Cuando no tenía bastantes candidatos para las plazas de tribunos militares, los escogía entre los caballeros romanos y los hacía senadores, con la condición de que cuando cesaran en el cargo podían elegir entre ser senadores o caballeros. Como muchos de ellos, arruinados por la guerra civil, no osaban asistir a los juegos públicos por miedo a incurrir en las penas legales, dispuso que bastara ser caballero para no incurrir en estas penas. Distribuyó el pueblo romano en barrios, como Julio César, y a fin de que las distribuciones de trigo no paralizaran los trabajos, resolvió hacer-

las tres veces al año; pero cuando le pidieron que se hicieran todos los meses, restableció esta costumbre.

Estatuyó, en las elecciones, la integridad antigua. Distribuyó a las dos tribus de que era miembro mil sesterios por cabeza, el día de los comicios, para que nada recibieran de los candidatos. Para que el pueblo romano conservara toda su pureza, otorgaba raramente el derecho de ciudadanía y puso límites a las manumisiones. A Tiberio, que le escribió para que a un griego lo hiciera ciudadano y cliente suyo, le contestó que no lo haría hasta que le expusiera de viva voz las razones que había para ello. Livio solicitaba la misma gracia para un galo tributario, y la rehusó; pero le otorgó la exención de tributos; prefiriendo, decía, quitar cualquier cosa al fisco a prostituir la dignidad de la ciudadanía romana. No contento con haber puesto dificultades a las manumisiones y haber arreglado el número, las condiciones y diferencias, prohibió el que un esclavo que hubiera huído o hubiera sufrido tormento, pudiera

en ningún caso obtener el derecho de ciudadanía. Dedicóse, asimismo, a conservar el antiguo modo de vestir de los romanos, y viendo un día muchas ropas de luto en una reunión del pueblo, dijo, citando un verso de Virgilio. He aquí:

Estos conquistadores del mundo,  
estos vencedores de toga.

Y encargó a los ediles que velaran por que nadie se presentara en el circo ni en la plaza con adornos sobre la túnica.

XXVII.—Lo que mejor prueba que sólo quería servir al pueblo y no adularle, es que respondió severamente a las quejas que se le dieron de la carestía del vino, promovidas por su yerno Agripa; pues dijo que había en Roma bastante agua para que nadie muriera de sed. Otra vez que le pidieron una donación pública prometida antes al pueblo, contestó que se atendería a su palabra; pero en otra ocasión que le pidieron lo que no había prometido, los

reprochó con acritud, diciendo que nada daría aunque de ello tuviera intención.

La extrema carestía y la falta de subsistencias, le movieron a echar de Roma los esclavos que estaban de venta, los gladiadores y todos los extranjeros, excepto los médicos y los preceptores. Cuando vino la abundancia, formó el proyecto de abolir las distribuciones gratuitas de trigo, porque hacían abandonar el cultivo de las tierras; pero renunció a este proyecto, porque previó que podrían ser restablecidas como un medio de seducción.

Mientras tanto, vigiló por que los labradores y los comerciantes de trigo tuvieran existencias proporcionadas a la población.

XXVIII.—Fué más apasionado que nadie por los espectáculos, y dió los más variados y magníficos que jamás se habían visto. Los dió en los diferentes barrios, en muchos teatros, con actores de todos los países, en la plaza pública, en el anfiteatro, en el circo y hasta en el lugar de los comicios. Unas veces, eran combates de bestias; otras, luchas de atletas; dió asi-

mismo un combate naval en un remanso del Tiber, junto al sitio en donde hoy está el bosque sagrado de los Césares; mientras duró puso guardias en la ciudad por miedo a los ladrones, porque todas las casas quedaron abandonadas. Dió en el circo carreras a pie y de carros, y organizó luchas de los jóvenes de selecto nacimiento contra las fieras. Le gustaba ver que la flor de la juventud romana celebraba juegos troyanos, creyéndola digna de las antiguas costumbres, así como de probar su destreza y su valor. C. Nonius Asprenas fué herido por la caída de un caballo en uno de estos juegos. Augusto le regaló un collar de oro, y le concedió para él y sus descendientes el nombre de *Torquatus*. Hizo, sin embargo, que concluyeran estos juegos, por las amargas quejas que profirió en el Senado Asinius Pollion, cuyo sobrino Essenius se había roto una pierna. Empleó a los caballeros romanos en el teatro y en la arena, hasta que un decreto del Senado lo prohibió, y aun después presentó al público al joven Nuncius, de honrado nacimiento, que sólo

tenía dos pies de altura; no pesaba más que diez y siete libras, y era su voz de una extensión prodigiosa. Si encontraba alguna cosa extraordinaria y digna de las miradas del público, la exponía en todas las esquinas de la ciudad. Así, mostró un rinoceronte en el Campo de Marte, un tigre en la escena y una serpiente de cincuenta codos en la plaza de los comicios. Estando enfermo un día que había juegos, para cumplir un voto siguió en litera la marcha de los pontífices. En otros juegos celebrados para la dedicación del teatro de Marcellus, se rompió su silla de marfil y cayó al suelo: el pueblo salió gritando alarmado, porque creyó que se desplomaba el anfiteatro, y él mismo marchó a contenerlo en el punto más expuesto.

XXIX.—Remedió la confusión y el desorden que reinaban en los espectáculos, cuando supo que en una numerosa asamblea no había tenido sitio un senador; obtuvo del Senado un decreto por el que sus miembros tenían puestos preferentes. Prohibió que los diputados de nacio-

nes libres y aliadas se sentaran en la orquesta, porque había sabido que muchos eran de raza de esclavos manumitidos. Separó el pueblo de los soldados; separó los puestos de los plebeyos casados, de los que correspondían a los adolescentes. No permitió a las mujeres ver a los gladiadores más que de un sitio más elevado; antes los dos sexos estaban confundidos. A las vestales las colocó en el teatro en un lugar separado, junto al tribunal del pretor. Prohibió a las mujeres la vista de las luchas de atletas, y en los juegos que dió siendo pontífice, como el pueblo le pidiera estas luchas, las señaló para el amanecer, y anunció que no encontraría bien el que las mujeres acudieran antes de la quinta hora del día.

XXX.—En cuanto a él, tenía costumbre de ver los juegos desde una casa vecina y otras veces desde un templo, sentado entre su mujer y sus hijos. De tiempo en tiempo se ausentaba durante algunas horas y a veces durante días enteros; en estos casos se excusaba y enviaba en su puesto a alguno de sus amigos para que

presidiera. Cuando asistía prestaba gran atención, fuera para evitar los murmullos que levantó César leyendo en el espectáculo cartas y memorias y contestándolas, sea que tuviera en ello un gran placer, como aseguró varias veces. Así, con frecuencia, daba coronas y recompensas, hasta en las fiestas en que no hacía los honores, y jamás asistió a los ejercicios de los griegos sin gratificar a los campeones, según su mérito. Las justas de atletas era lo que más le gustaba ver entre los romanos, y no sólo a los luchadores de profesión educados en Grecia, a los que miraba con avidez, sino a los que sin arte ni educación luchaban en las calles. Todo el que trabajaba en los juegos públicos le parecía digno de su atención. Mantuvo los privilegios de los atletas y los aumentó. Prohibió el que se hiciera luchar a los gladiadores sin recompensas para los vencedores. Restringió la autoridad coercitiva que los magistrados tenían en los teatros; reprimió las demasías de los histriones y llegó hasta desterrar a Stephanon, que se hacía servir a la mesa por una

mujer casada, vestida de muchacho y con la cabeza rapada como un esclavo. Hizo también azotar públicamente al pantomimista Hylas, de quien el pretor le había dado quejas, y arrojó de Roma y de Italia al comediante Pylades, por haber señalado con el dedo a uno de los espectadores que le silbaba.

XXXI.—En su primera juventud había estado prometido a la hija de Servilius Yasaúricus; pero después de su primera reconciliación con Antonio, cediendo a las instancias de los dos partidos, se casó con Claudia, pariente de Antonio, que apenas era núbil; pero poco después la repudió, todavía virgen, para casarse con Scribonia, viuda de dos caballeros del orden consular, de uno de los cuales tenía hijos. También se disgustó con ella y la despidió a causa de sus malas costumbres. En seguida se casó con Livia, que se la robó a Tiberio Nerón, aunque estaba muy gruesa; la amó y la consideró hasta el fin de sus días.

XXXII.—De Scribonia tuvo una hija llamada Julia, y aunque de Livia los deseó mucho, no

consiguió tener hijos; concibió una vez y abortó. Julia fué prometida a Marcellus, hijo de Octavio, que murió, y entonces Augusto pidió a su hermana que le cediera su yerno Agripa, casado entonces con una de las hijas de Octavio, con la que tenía descendencia; muerto Agripa buscó, durante largo tiempo, un buen partido para su hija, en los diferentes órdenes de la ciudad; al fin eligió a Tiberio, obligándole a repudiar a su esposa, que estaba encinta, y que antes ya le había hecho padre. Marco Antonio ha escrito que Julia estuvo antes destinada para su hijo Antonio y después Augusto quiso casarla con Cotison, rey de los getas.

XXXIII.—De Agripa y Julia tuvo tres nietos: Caius, Lucius y Agripa, y dos nietas, Julia y Agripina; Julia se casó con L. Paulus, hijo del censor; Agripina, con Germánico, sobrino de Augusto, Adoptó a Caius y Lucius, se los compró a su padre con la fórmula acostumbrada y los llamó al gobierno desde su primera juventud, los nombró cónsules y los presentó al ejército de las provincias. Educó a su hija

y a sus nietas en la sencillez más grande, hasta hacer que aprendieran a hilar. Les prohibió hacer o decir nada sino delante de testigos y de modo que de ello pudiera darse cuenta siempre. Las alejó de todo comercio con los hombres. El mismo enseñó a leer y escribir y otros ejercicios a sus hijos adoptivos, y puso empeño en que imitaran su carácter de letra. En la mesa los hacía colocar por bajo de él, en el mismo lecho, y en viaje iban siempre delante de él a caballo o en coche.

XXXIV.—La confianza y los goces que le inspiraba una familia numerosa y bien ordenada, fueron turbadas amargamente; vióse obligado a alejar a las dos Julias, acosadas por todos los oprobios. A Caius y Lucius los perdió en corto espacio de tiempo; el uno en Lycia, el otro en Marsella. Adoptó a Agripa, su tercer nieto, y a Tiberio, su yerno; pero poco después desterró a Agripa a causa de la bajeza y ferocidad de su carácter y lo desterró a Sorrento. Fué más sensible al deshonor de los suyos que a la muerte. Dió cuenta al Senado de

los motivos de su conducta para con su hija en una memoria que dió a leer a un questor; tuvo tanta vergüenza, que estuvo largo tiempo sin ver a nadie y hasta dudó si debía dar muerte a su hija. Lo que hay de cierto es que un manumitido, llamado Phebeo, cómplice de los desmanes de Julia, se suicidó colgándose, y Augusto dijo que le gustaría más haber sido su padre que el de Julia. A ésta le prohibió el uso del vino durante su destierro y todas las dulzuras de una vida delicada. Prohibió asimismo que ningún hombre, libre o esclavo, se le acercara sin que él lo supiera con detalles acerca de su estatura, color y hasta las marcas que pudiera tener en su cuerpo. Cinco años después la transportó desde la isla en donde estaba hasta el continente y la hizo tratar con el mayor cariño; pero nunca consintió en llamarla a su lado, y cuando el pueblo romano se lo pedía con insistencia, le traía mujeres parecidas a Julia. La otra Julia, su nieta, dió a luz un hijo ilegítimo: Augusto rehusó reconocerlo y prohibió que se le diera de mamar. Encerró

en una isla a Agripa, que lejos de suavizarse cada día era más intratable, y la hizo custodiar por sus soldados. Obtuvo asimismo un senadoconsulto que le confinaba a perpetuidad en el sitio en donde estaba, y cuando le hablaban de él o de sus hijas se quejaba citando este verso de Homero:

Feliz el que vive y muere sin mujer y sin hijos.

Jamás llamaba a los suyos más que sus chancros y sus plagas.

XXXV.—Su amistad no se ganaba fácilmente, pero era duradera. Sabía apreciar el mérito y los servicios, y perdonar los pequeños defectos y las faltas ligeras. No se pueden citar más que dos hombres que, después de ser amigos suyos, cayeron en su desgracia: Salvidienus Rufus, a quien había elevado al consulado, y Cornelius Gallus, a quien había hecho gobernador de Egipto; los dos de baja extracción. Al primero le prohibió la entrada en su casa y en las provincias que gobernaba, en castigo de su ingratitud y su maldad; al se-

gundo, que quiso sublevar las turbas, lo condujo ante el Senado, y cuando las acusaciones de los jueces lo movieron a darse la muerte, Augusto alabó su celo, y lloró diciendo que él era el único hombre que no podía extremar sus resentimientos. Los demás que fueron sus amigos conservaron siempre su rango y sus riquezas, a pesar de algunas nubes que turbaron dichas amistades. Agripa, entre otros, careció una vez de paciencia y Mecenas de discreción. El uno se retiró a Mytilena, como despechado, porque prefería a Marcellus; el otro quebrantó un secreto de Augusto, prendiendo a su esposa Terencia, que había descubierto una conspiración.

A sus amigos les exigía gran cariño durante su vida y para después de su muerte; porque aunque no era ávido para las herencias, era agradecido para las últimas voluntades de sus amigos, y no disimulaba su pena cuando era tratado con poca liberalidad o se le regateaban honores. Los legados que le dejaban los cedía a los hijos de los testadores, y si eran

menores, se los guardaba hasta que tomaban la ropa viril, y entonces añadía a ellos un regalo.

XXXVI.—Supo ser a tiempo dulce o severo con los libertos y los esclavos; a muchos, como Licinius Enceladus, los trató con honor y confianza. A uno que había hablado mal de él, se conformó con condenarlo a los hierros. Su tesorero Diomedes, paseando con él, lo abandonó a un jabalí que venía y no tomó en cuenta la falta. Hizo morir a Procillus, uno de sus libertos a quien distinguía, porque fué acusado de adulterio con mujeres de honesta condición. A Tallus, su secretario, le hizo romper las piernas porque había recibido quinientos dineros por violar una carta. Hizo arrojar al Tiber con una piedra al cuello al preceptor de los esclavos de Caius, su nieto, que se había aprovechado de su enfermedad y de su muerte para cometer actos de tiranía y de avaricia en su gobierno.

XXXVII.—En su juventud, su reputación se vió afligida por más de un oprobio. Sexto Pompeyo le trató de afeminado. Antonio le reprochó

el haber comprado la adopción de Julio César por el precio de su infamia. Lucius, hermano de Antonio, pretende que después de haber sacrificado a César la flor de su juventud, se había prostituído en España con Aulus Hirtius por trescientos mil sestercios y que tenía costumbre de quemarse el vello de las piernas con aceite encendido de nueces. Todo el pueblo le aplicó un día un verso pronunciado en el teatro al hablar de un sacerdote de Cibeles que tocaba el salterio. Este verso, tomado en sentido equívoco, podía significar:

Estos prostituídos gobernantes del mundo.

XXXVIII.—Sus amigos no le justifican sus amores adúlteros más que, diciendo que eran efecto de la política y no de la pasión, y que se servía de las mujeres para conquistar los secretos de los maridos. Marco Antonio, no contento con reprocharle la indecente precipitación de su matrimonio con Livia, pretende que en un festín hizo pasar del comedor a otra pieza a la mujer de un cónsul en presencia del

marido, y cuando volvió a traerla tenía encarnadas las orejas y los cabellos en desorden; que sólo había repudiado a Scribonia porque no quería sufrir las rivalidades de una concubina, y que sus amigos le buscaban por dinero mujeres casadas y núbiles que hacían desnudar previamente y las examinaban como a esclavas en venta.

XXXIX.—Se habla también mucho de una comida secreta, llamada *la comida de las doce divinidades*, en la cual los convidados estaban vestidos de dioses y diosas y él representaba a Apolo. Antonio, en cartas muy violentas contra él, nombra a los que estuvieron en el festín, sobre el cual un anónimo escribió estos versos:

Cuando entre los gritos, el escándalo y el ultraje,  
profanando de Apolo la noble y santa imagen,  
César y sus amigos en sus innobles juegos  
parodiaban los placeres y los crímenes de los dioses,  
todos estos dioses protectores de Roma y de Italia  
volvieron sus ojos hacia esta escena impía,  
y el gran Júpiter descendió irritado  
del trono en que Rómulo le colocó sobre nosotros.

La disolución que reinaba entonces en la ciudad no fué obstáculo para que la fiesta pareciera escandalosa; se decía muy alto *que los dioses se habían comido todo el trigo*. Se censuraba también su gusto por los muebles lujosos, su pasión por los vasos de Corinto y su afición a los juegos de azar. Junto a su estatua en los tiempos de las prescripciones, se escribió: *Mi padre tenía banca; yo tengo tienda de muebles de Corinto*, porque se creía que había desterrado a muchos para quedarse con su vajilla.

XL.—Se justificó bastante del reproche de prostitución por el respeto de sí mismo que parecía tener. Después de la toma de Alejandría también pareció amortiguársele algo el amor a los objetos raros y preciosos; de todo lo de su palacio no conservó más que un vaso de mirra, y sus servicios de oro de uso diario los hizo fundir. En cuanto a las mujeres, las amó mucho, sobre todo a las vírgenes. Se recreaba en los juegos de azar y los deseaba; sobre todo en su vejez los practicaba día de fiesta y de

labor y hasta en las saturnales. Así se ve por una carta original suya: "He cenado, querido Tiberio, con los que tú conoces y, además, con Vicinius y Silvius padre. Nosotros los viejos hemos jugado a los dados ayer y hoy después de la comida"; y escribe, además, al mismo Tiberio: "Hemos pasado agradablemente las fiestas de Minerva; no hemos abandonado la sala del juego. Tu hermano ponía el grito en el cielo porque perdía mucho; por fin cambió su suerte y perdió algo menos. A mi me valió veinte mil sestercios, gracias a mis liberalidades ordinarias; si me hubiera hecho pagar o no hubiera dado nada a los que perdían, hubiera ganado más de cincuenta mil. No me arrepiento, porque mi bondad me valdrá la gloria." A su hija le escribe: "Te he enviado ciento cincuenta dineros, otro tanto he dado a cada uno de mis comensales para que entre ellos jueguen a los dados o a pares y nones."

XVI.-En cuanto a lo demás fué irreprochable. Después de estos tiempos se alojó detrás del *Mercado romano*, en una casa que había perte-

ncido al orador Calvus; después ocupó la de Hortensius, en el monte Palatino. No era grande ni lujosa; las galerías eran estrechas y de piedra común, sin mármol en sitio alguno. Durmió en la misma alcoba invierno y verano cuarenta años seguidos. Cuando quería trabajar sin que le interrumpieran, se encerraba en la habitación más alta de la casa, a la que llamaba *Siracusa* o su *Museo*, o se iba a casa de alguno de sus libertos. Si caía enfermo se hacía llevar a casa de Mecenas. Los retiros que más le gustaban eran los próximos al mar o los pueblos pequeños. En Tívoli administró muchas veces justicia en el pórtico del templo de Hércules. Las grandes casas de campo no le gustaban. Hizo derribar una que su nieta Julia había edificado con gran lujo. En la suya no tenía estatuas ni cuadros, y sí paseos y curiosidades naturales, como bestias de tamaño colosal, como las que se veían en Caprea, que parecían gigantes y ejércitos de los héroes antiguos.

XLII.—Se puede juzgar su economía en el mobiliario por los lechos de tabla que subsis-

ten, que apenas son dignos de un particular acomodado. Se acostaba en una cama baja y cubierta sencillamente. No gastaba más ropas que las que le hacían su mujer, su hermana y sus hijas. Su toga y su lacticlavo no eran largos ni estrechos. Usaba un calzado alto para mejorar su estatura y dentro de su casa en disposición de presentarse en público en caso de un suceso imprevisto.

XLIII.—Sus comidas eran regulares y los extranjeros eran admitidos a ellas en casos raros. Valerius Messala asegura que ningún liberto comió jamás a su mesa, excepto Menas, liberto de Pompeyo, que había tenido la libertad por haber salvado la flota de su señor. Augusto mismo cuenta que una vez había hecho comer a su mesa a uno de sus antiguos guardas en cuya casa estaba. Sus comidas constaban ordinariamente de tres servicios y jamás de más de seis; allí reinaba la libertad más bien que la profusión. Comenzaba con los taciturnos o con los que hablaban bajo, y para divertir a los convidados hacía venir tocadores de

instrumentos y comediantes, y con más frecuencia *declamadores*.

XLIV.—Celebraba los días de fiesta con magnificencia y algunas veces sólo con alegría. En las saturnales y en otros tiempos enviaba regalos, que consistían en telas, oro, plata, monedas de todos los años y medallas, y otras veces regalaba por broma telas groseras, esponjas, tenazas, etc.

XLV.—Comía poco (punto que no quiero omitir), y su alimentación era por extremo sencilla. Le gustaba el pan, los pescados pequeños, el queso de leche de vacas y los higos blancos frescos. No tenía hora para comer, y sólo atendía a la necesidad. En una de sus cartas dice: “Viniendo del palacio de la calle Sagrada a casa, he comido en mi litera una onza de pan y algunos granos de uva seca.” A Tiberio le escribe: “No hay judío que ayune con más rigor el sábado que yo he ayunado hoy: ya era de noche cuando me he desayunado en el baño antes de que me perfumasen.” Muchas veces

cenaba solo, antes o después que las personas de su casa.

XLVI.—Le gustaba poco el vino. En el campamento de Modena, según Cornelio Nepote, sólo bebía tres tragos a las comidas, y en sus mayores excesos seis; si pasaba de este límite vomitaba. Prefería el vino de los Alpes a todos los otros, pero fuera de las comidas bebía rara vez. Para refrescar tomaba pan mojado en agua, leche o fruta.

XLVII.—Después del almuerzo reposaba un poco vestido y calzado, con los pies extendidos y las manos sobre los ojos. Después de cenar velaba en su litera parte de la noche, y concluía lo que le quedaba de sus ocupaciones diurnas; después se trasladaba a su cama, en la que nunca estaba más de siete horas. Si no podía conciliar el sueño, se hacía leer o recitar cuentos. Nunca veló sin tener alguien a su lado. El velar hasta el día le incomodaba, y si tenía que concurrir de madrugada a un sacrificio u otro acto, para dormir más descuidado se acostaba en una habitación que estuviera cerca del

sitio adonde debía ir, y aun así, a veces le cogía el sueño en las calles cuando su litera se paraba.

XLVIII.—Tenía buena figura y el tiempo no la estropeó. Muchos barberos le aviaban a la vez y mientras tanto leía o escribía. Tenía el rostro tan tranquilo y sereno cuando hablaba o cuando callaba, que uno de los galos que tenía propósito de aprovechar el momento en que Augusto, al pasar con él los Apes, le hablara familiarmente para precipitarlo desde lo alto de las montañas, se vió desarmado por la dulzura de su rostro. Tenía los ojos claros y brillantes y pretendía que se le creyera dotado de una especie de fuerza divina. Cuando hablaba parecía besar con los ojos; el izquierdo lo tuvo malo en sus últimos años. Sus dientes eran pequeños, separados y fuertes; sus cabellos rubios y rizados, sus cejas juntas, sus orejas ni grandes ni pequeñas, su nariz aguileña y puntiaguda, su piel entre gris y blanca, su estatura pequeña, tanto que el liberto Marathus escribe que sólo tenía cinco pies y cuatro pul-

gadas; sus miembros eran proporcionados, tanto que no desmerecía por la cortedad de su talla.

XLIX.—Tenía el cuerpo tatuado en el pecho y en el vientre, con signos como las estrellas de la Osa; tenía el muslo y la pierna izquierda un poco débiles; sin embargo, saltaba, y cuando se resentía se aplicaba arena caliente. Algunas veces tenía el dedo índice de la mano derecha tan hinchado, que se lo entablillaba con cuerno para poder escribir. Se quejaba también de la vejiga, y no se aliviaba hasta que al orinar arrojaba unas piedrecillas.

L.—Tuvo varias enfermedades graves, sobre todo una, después de la derrota de los Cántabros. Los ataques al hígado hicieron desesperar de su vida; los remedios calientes no le causaban efecto; apeló a los remedios fríos y curó. Tenía también enfermedades anuales y periódicas: en el mes en que había nacido se encontraba siempre mal. Tenía hinchado el diafragma al principio de la primavera y fluxiones cuando soplabla el viento del Mediodía.

Así, siempre débil, no soportaba cómodamente el calor ni el frío.

LI.—En el invierno llevaba cuatro túnicas debajo de una gruesa toga; su pecho, sus muslos y sus piernas estaban también forrados. En el verano dormía en una habitación abierta, y con frecuencia en un peristilo refrescado por surtidores de agua y abanicos. No podía sufrir el sol ni aun en invierno. Jamás se paseaba al aire libre, ni aun en su casa, sin llevar la cabeza cubierta. Viajaba en litera, en jornadas pequeñas; para ir de Preneste a Tívoli empleaba dos días; cuando podía viajar por mar lo prefería. Sostenía su frágil salud con muchos cuidados, sobre todo bañándose rara vez; prefería hacerse frotar con aceite y sudar cerca del fuego. Después se lavaba con agua tibia al sol, y cuando lo necesitaba para sus nervios, con agua del mar o de los baños calientes de Alba; se sentaba en una cuba de madera, que llamaba *dureta*, y se complacía en sumergir sus manos y sus pies alternativamente.

LII.—Renunció a los ejercicios del caballo y

las armas después de las guerras civiles, y se concretaba a jugar a la pelota. Se paseaba en litera o a pie y concluía su paseo comiendo y saltando largo tiempo con un vestido ligero. Se divertía en pescar con caña y jugar a los bolos con niños agradables por su figura y su palique, que hacía buscar en todas partes, y especialmente en Siria y Mauritania: a los enanos y niños contrahechos los despreciaba, como abortos de la naturaleza y objetos de mal agüero.

LIII.—Desde su niñez estudió la elocuencia y las artes liberales con tanto gusto como aplicación. Durante el sitio de Módena y durante el caos de negocios políticos, leía y componía todos los días y se ejercitaba en los discursos orales. Nunca pronunció una arenga, en el Senado, ante el pueblo ni ante el ejército, sin haberla antes meditado y preparado, aun cuando no carecía de condiciones para improvisar. Para no exponerse a que le faltara la memoria, ni perder su tiempo en fijar en ella datos, leía en vez de recitar, y cuando tenía que comunicar a alguien cosas de interés, aunque fuera a su mu-

jer, lo apuntaba para no decir más ni menos que lo que se proponía. Tenía una pronunciación dulce y apropiada y estudiaba constantemente con un profesor de eufonía; pero algunas veces los males de la garganta le hacían servirse de un heraldo para hablar al pueblo.

LIV.—Compuso distintas obras en prosa, entre otras la *Respuesta a Brutus*. Se las leía a sus amigos, y cuando fué viejo tuvo por su lector a Tiberio. Escribió también *Exhortaciones filosóficas* y trece libros de su vida, hasta la derrota de los cántabros; de aquí no pasó. También ensayó la poesía, y de él queda una obra en versos exámetros, titulada *La Sicilia*, y un libro pequeño de epigramas, que componía generalmente en el baño. Había comenzado una tragedia sobre Ajax con gran entusiasmo; pero no contento con su estilo, le pasó la esponja por encima, y cuando sus amigos le preguntaban por Ajax, solía contestar: *Ajax se ha matado con una esponja*.

LV.—Había ciertos presagios que consideraba como seguros; por ejemplo, el meter el pie

derecho en el calzado izquierdo, lo tenía por signo de desdicha. Si cuando partía para un largo viaje de mar o tierra se caía en el rocío, aquél era signo de dicha y de vuelta rápida y feliz. Le atraían sobre todo ciertos fenómenos. Colocó en el santuario de los dioses penates, y la hizo cultivar con gran cuidado, una palmera nacida delante de su casa en la juntura de dos piedras. En la isla de Caprea creyó ver que las ramas de una vieja encina curvadas hacia la tierra se levantaban a su llegada; tuvo en ello tanta alegría, que propuso a los napolitanos que le cambiaran por otra dicha isla. Tenía también escrúpulos en ciertos días; jamás se ponía en camino el día siguiente a los de feria, y ningún negocio serio comenzaba en día non, todo por evitar la malignidad del presagio inherente a estos días.

LVI.—En cuanto a las devociones extranjeras, tenía respeto por las que eran antiguas y estaban aprobadas en Roma; todas las otras las despreciaba. Recibido en el número de los iniciados de Atenas, tuvo ocasión de conocer los

privilegios que tenían los sacerdotes de Ceres, y como en ello había secretos, hizo retirar a todos y quedó solo con ellos. En Egipto no desdendió apartarse un momento de su camino para visitar el templo de Apis, y alabó a su nieto Caius, el que al pasar cerca de Jerusalén no había sacrificado al dios de los judíos.

LVII.—Puesto que de este asunto tratamos, no estará fuera de propósito contar aquí los presagios que antes y después de su nacimiento parecieron anunciar su grandeza futura y su dicha constante. Habiendo caído un rayo antiguamente en las murallas de Veletria, dijo el oráculo que un ciudadano de esta villa poseería un día el imperio. Desde este momento y en esta confianza sus habitantes hicieron a los romanos una guerra obstinada. Julius Marathus cuenta que algunos meses antes de que él viniera al mundo, ocurrió en Roma un prodigio del que todos los habitantes fueron testigos, y los augures dijeron que la naturaleza paría un rey para los romanos, y el Senado, temeroso, decretó que se hiciera morir a todos los niños

nacidos durante el año, y los maridos de mujeres encinta habían impedido que el decreto llegara a tener efectos; he leído también en las *Pláticas de Asclepiades* que la madre de Augusto, al llegar la noche, en un sacrificio solemne en honor de Apolo, se durmió en su litera en el templo, así como las demás mujeres, y en la litera suya entró una serpiente, que salió pocos momentos después; al despertar se encontró como si su marido se hubiera aproximado a ella, y desde este momento tuvo en su cuerpo la huella de una serpiente, que no se pudo quitar, por lo cual no volvió a los baños públicos. Augusto nació diez meses después y pasó por hijo de Apolo. La misma soñó que antes de mostrarlo al mundo, sus entrañas habían sido elevadas a las nubes y llenaban el cielo y la tierra. Octavio soñó asimismo que el sol salía de los costados de su mujer. El día en que Augusto nació, deliberaban en el Senado acerca de la conjuración de Catilina. Nigidius, después de haberse hecho dar cuenta de la hora en que el niño había nacido, aseguró

que acababa de nacer el dueño del mundo. Consultando Octavio a los sacerdotes de Tracia, vió que la llama se elevaba en la misma forma que cuando consultaron sobre Alejandro el Grande a los mismos. La noche siguiente creyó ver a su hijo de estatura más que humana, con el rayo y el cetro en sus manos, vestido de Júpiter, coronado de luz y conducido entre laureles en un carro tirado por doce caballos de resplandeciente blancura. En las memorias de Caius Drusus se lee que su nodriza, habiéndole colocado una tarde en su cuna, por la mañana no le encontró, y después de haberle buscado largo tiempo, lo encontró en lo alto de una torre orientada hacia levante. Desde que pudo hablar le molestaba el ruido que hacían las ranas en una casa de campo de su abuelo; las mandó que callaran y no se las volvió a oír. A cuatro millas de Roma, camino de Campania, comía en un bosque; un águila le arrancó bruscamente su pan, se elevó hasta perderse de vista, y después vino dulcemente a devolvérselo. L. Catulus, después de haber

hecho la dedicación del Capitolio, tuvo dos sueños: en el primero, vió un grupo de niños jugando junto al altar de Júpiter, que llamó uno aparte y le puso en el seno el estandarte de la República que llevaba en la mano; en el segundo, vió a este mismo niño en los brazos de Júpiter y quiso hacerle retirar, a lo cual el dios se opuso diciendo que él educaba en aquel niño al sostén de la República. Al día siguiente encontró a Augusto, a quien no conocía, y quedó admirado de su semejanza con el niño que había visto en sueños. Cicerón, acompañando a César al Capitolio, contó a sus amigos un sueño que había tenido la noche precedente: había visto un niño de figura distinguida, que bajaba del cielo con una cadena de oro, al cual Júpiter había dado un látigo. En el momento vió a Augusto, a quien no conocía, y Cicerón declaró que aquél era el niño a quien había visto en su sueño. Cuando tomó la ropa viril, su lacticlavo, descosido en los dos costados por un golpe, cayó a sus pies, y dedujeron los presentes que los que llevaban lacticlavo

serían sometidos a él. En su retirada de Apolonia, estando Augusto con Agripa en el observatorio del matemático Theógenes, oyó que le anunciaban a Agripa prosperidades tan maravillosas, que le dejaron asombrado. Theógenes se precipitó a sus pies y lo adoró como a un dios. Augusto desde entonces tuvo tal confianza en su destino, que publicó un horóscopo y acuñó una medalla de plata con el signo de Capricornio, bajo el cual había nacido.

LVIII.—Después de la muerte de César, cuando entraba en Roma volviendo de Apolonia, de pronto, en un horizonte sereno, apareció una especie de arco iris, y la tormenta cayó sobre un monumento erigido a Julia, la hija del dictador. Cuando recibía los auspicios en su primer consulado se le ofrecieron doce buitres, como a Rómulo, y descubiertos a su vista los hígados de todas las víctimas, anunciaban todo grande y feliz.

LIX.—Su última enfermedad comenzó con una diarrea. No dejó de recorrer la Campania y las islas adyacentes. Estuvo cuatro días re-

tirado en Caprea, en completa ociosidad y del mejor humor. Pasando cerca de la bahía, los marineros y pilotos de un bajel de Alejandría que estaba en la rada, llegaron hasta él vestidos de blanco y coronados de flores; haciendo libaciones le colmaron de alabanzas, diciendo que a él debían su salvación, la libertad de navegar y todos sus bienes. Se entusiasmó con esto y dió a cada uno de su séquito cuarenta piezas en oro, a condición de que por juramento se comprometieran a no emplearlas más que en mercancías de Alejandría. Los días sucesivos distribuyó, entre otros presentes, vestidos griegos y romanos, haciendo colocar a los griegos los de los romanos, y viceversa, haciéndoles asimismo cambiar el lenguaje. Se divirtió mucho viendo un grupo de adolescentes que en Caprea hacían ejercicios griegos; les dió una comida, exigiéndoles que jugasen y se quitaran por la fuerza las frutas y regalos que él les hacía. Al fin se dedicó a toda clase de entretenimientos. Llamaba a Caprea la *villa de la ociosidad*, a causa de la vida que allí hacían los de

su séquito. Estando a la mesa, vió a lo lejos la tumba de un tal Masgaba, al que había querido mucho y le llamaba en broma el fundador de Caprea. Había muerto un año antes, y los habitantes del país venían en grupos alrededor de su tumba con antorchas. Augusto, al verlos, hizo un verso griego, que pronunció en alta voz y que significaba:

Veo del fundador la tumba en medio del fuego.

De allí pasó a Nápoles, siempre molesto por el dolor de las entrañas. Asistió a los juegos quincenales establecidos en su honor y condujo a Tiberio hasta Benevento. Pero a la vuelta sintióse mal, se paró en Nola, hizo volver a Tiberio, le habló largo tiempo en secreto y después no se ocupó de negocio alguno.

LX.—El día de su muerte preguntó muchas veces si pasaba algo extraordinario que tuviera relación con él. Pidió un espejo y se hizo peinar los cabellos. Entraron sus amigos y les dijo: *¿Os parece que he representado bien la comedia de la vida?* Y añadió en griego: *Si es-*

*táis contentos, batid las manos y aplaudidme.* Después hizo retirar a todos, pidió noticias de la hija de Druso, que estaba enferma en Roma, y en seguida expiró entre los brazos de Livia, diciendo: *Adiós, Livia, vive y acuérdate de nuestra unión.* Estas son sus últimas palabras. Su muerte fué dulce y tal como había deseado; no tuvo más que un insignificante delirio: decía con espanto que cuarenta jóvenes lo llevaban. Estas palabras fueron tomadas por una profecía, porque cuarenta soldados de su guardia llevaron su cuerpo.

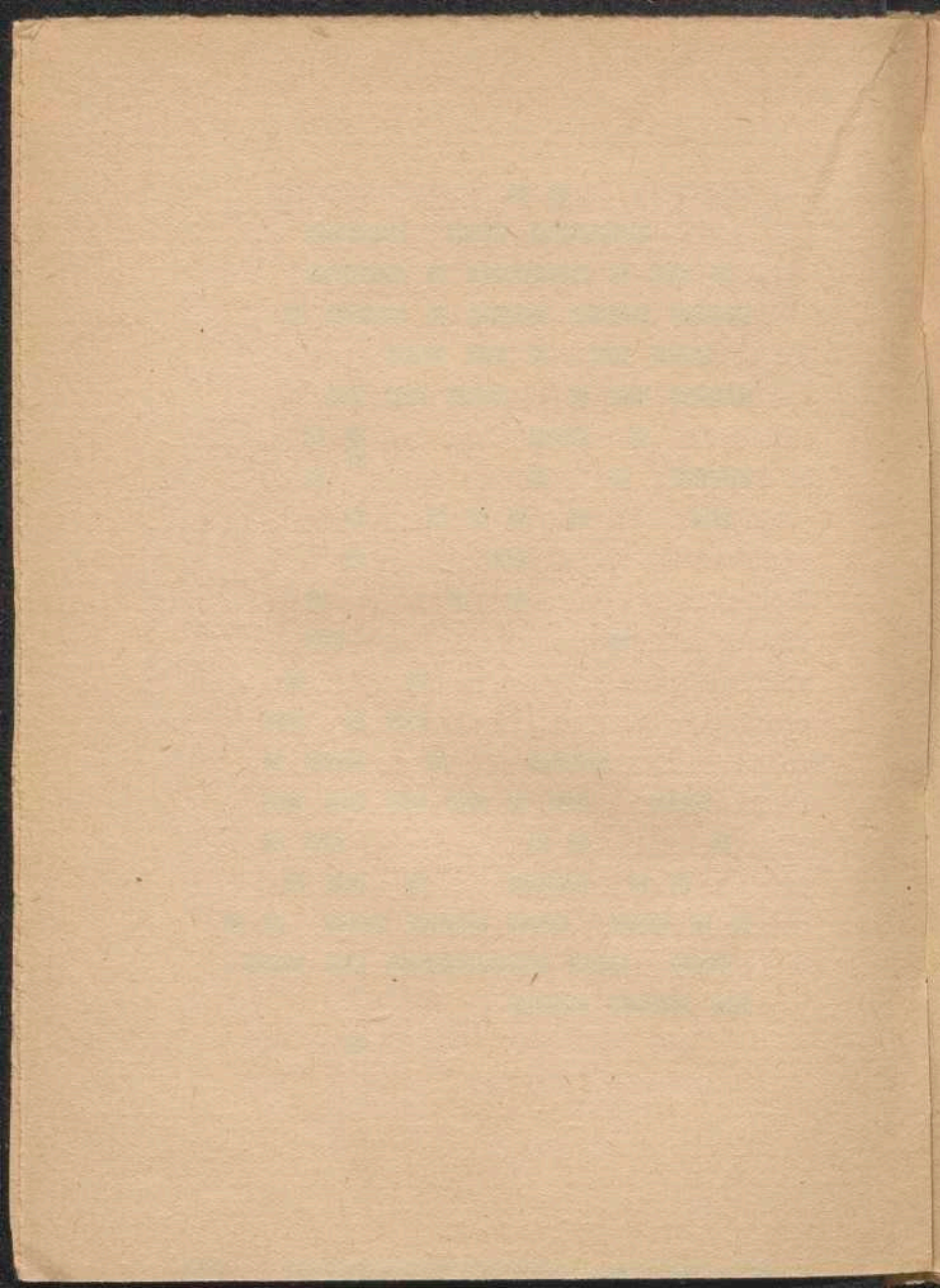
LXI.—Murió en la misma habitación en que murió su padre Octavio, bajo el consulado de Sexto Pompeyo y Sexto Apuleyo, el 19 de agosto a las tres de la tarde, a la edad de setenta y seis años menos un mes y cinco días. Su cuerpo fué conducido de Nola a Bovillas por los magistrados municipales de la villa y de las colonias, por la noche, a causa del calor de la estación. Durante el día se le depositó en los lugares públicos o en los mejores templos. Después, conducido a Roma, fué colocado en el

atrio de su casa. El Senado dispuso celebrar y honrar su memoria con un celo excesivo. Se quería hacer pasar la comitiva por la puerta triunfal precedida de la estatua de la Victoria, que está en el Senado, y seguido de la nobleza joven de los dos sexos cantando himnos fúnebres. Otros querían que el día de sus funerales se llevaran anillos de hierro en vez de anillos de oro y sus huesos fueran recogidos por los pontífices de los colegios superiores. Algunos querían dar su nombre al noveno mes del año, mejor que al octavo, porque había nacido en aquél y muerto en éste; otros proponían que el tiempo de su vida se llamara *el siglo de Augusto* y consignarlo bajo este título en los fastos; pero a todos estos honores se les puso límite. Tiberio hizo su oración fúnebre ante el templo de Julio César; Drusus, hijo de Tiberio, pronunció otra desde la antigua tribuna de las arengas. Los senadores lo llevaron en hombros hasta el Campo de Marte, en donde fué colocado en la pira. Un hombre que había sido pretor, aseguró que había visto que se elevaba al

cielo. Los principales caballeros recogieron sus restos, con los pies desnudos, sin cinturón y sin toga, y los depositaron en un mausoleo que había hecho elevar él durante su sexto consulado entre los bordes del Tiber y la vía Flaminia. Alrededor había plantado un bosque que era paseo público.

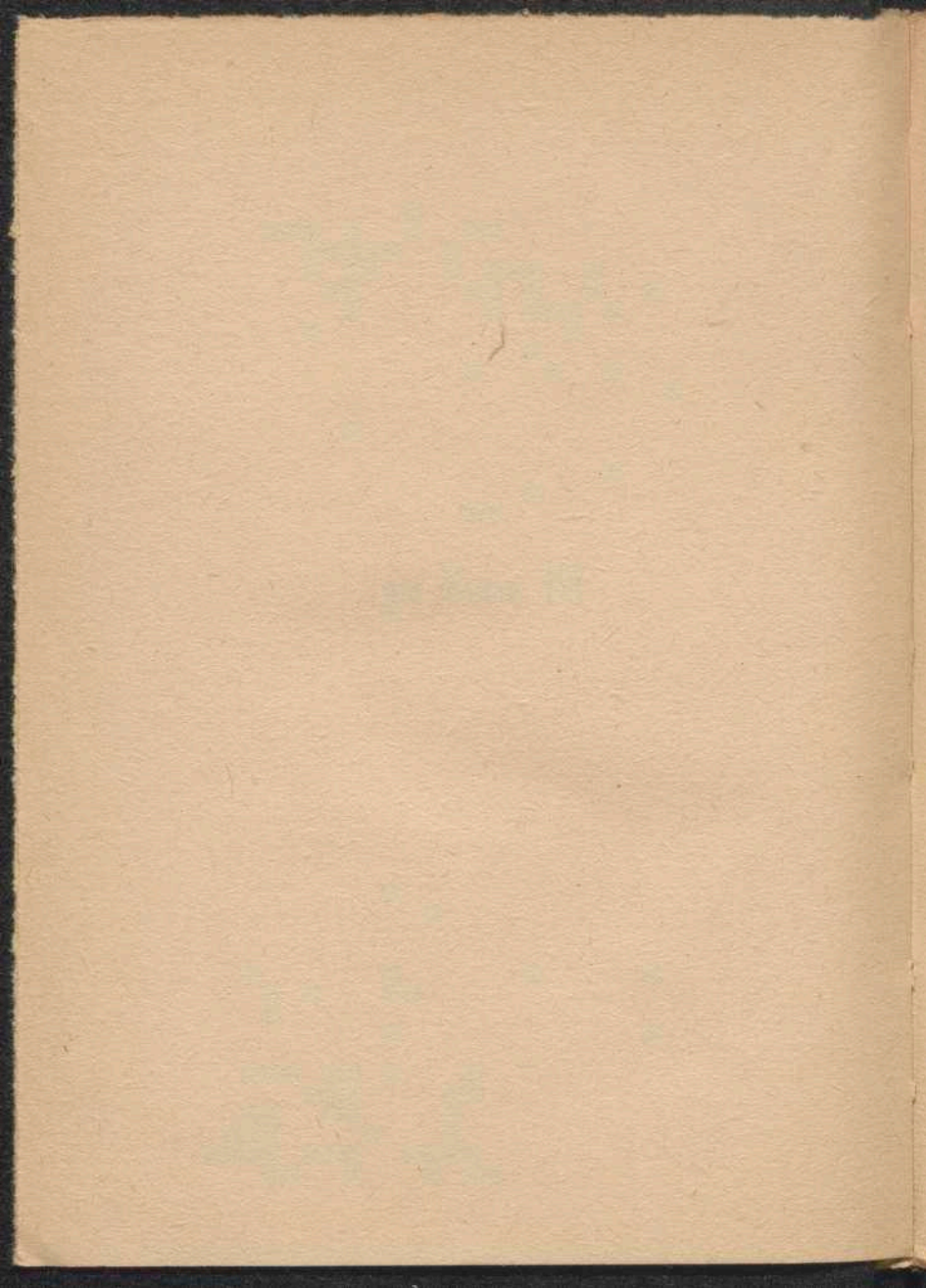
LXII.—Se abrió su testamento, que estaba depositado en poder de las Vestales, escrito parte de su letra y parte por dos manumitidos, Hilarión y Polivio, dividido en dos partes y acompañado de tres volúmenes que llevaban el mismo sello. Databa de 3 de abril, un año y cuatro meses antes de su muerte, bajo el consulado de Silius y Plaucus. Fué leído entero ante el Senado. Instituí a sus herederos a Tiberio y a Livia, el uno por los dos tercios y la otra por uno, y les ordenaba que llevaran su nombre. Legaba al pueblo romano cuarenta millones de sestercios, tres millones quinientos mil sestercios a las tribus latinas, mil por cabeza a los soldados de su guardia, quinientos a los de la guardia de la villa y trescientos a los soldados

legionarios. Hizo, además, muchos otros legados, que no pasaban de veinte sestercios; los otros debían ser pagados en el acto, éstos en el plazo de un año. Declaró que no dejaba a sus herederos más que ciento cincuenta millones de sestercios, pues aunque había heredado más en los veinte últimos años, los gastó por la República, así como sus bienes paternos y las demás herencias de familia. Prohibía en su testamento que se enterraran con él en su sepulcro su hija y su nieta. De los tres volúmenes que adjuntaba, uno contenía disposiciones para sus funerales, otro un resumen de su vida, escrito para que fuera grabado en bronce ante su mausoleo; el tercero contenía un estado de las fuerzas del imperio, de las tropas que tenía en pie, del dinero que había en el tesoro del Estado y en el del Emperador y los tributos e impuestos pendientes de cobro. Añadía los nombres de los esclavos y manumitidos a quienes se podía reclamar cuentas.



III

TIBERIO



I.—La familia patricia de los Claudianos (porque hubo una familia plebeya de este nombre que no le fué inferior en poder ni en dignidad), era originaria de una villa de los sabinos llamada Regiles. Vino con un numeroso séquito de clientes a establecerse en Roma, edificada nuevamente por disposiciones de Titus Tatius, compañero de Rómulo, o lo que es más probable, se agregó por decreto del Senado al rango de los patricios seis años después de la expulsión de los reyes, teniendo entonces por jefe a Atta Clausus. La república le dió tierras para sus clientes al lado de allá de Treverón y un lugar para su sepultura, al pie del Capitolio. Cuenta entre sus títulos veintiocho consulados, cinco dictaduras, siete censuras, siete triunfos y dos ovaciones. Se la distinguía con ciertos motes y sobrenombres, entre otros el de *Nerón*, que en lengua sabina significaba *valiente*.

II.—Los Claudianos dispensaron a Roma buenos y malos servicios. He aquí los más importantes de las dos clases: Appius el ciego impidió que se hiciera con Pyrrus una alianza desventajosa. Claudius Caudex fué el primero que pasó el mar con una flota y arrojó de Sicilia a los cartagineses. Claudius Nerón venció a Asdrúbal, que venía de España para auxiliar a Aníbal con un ejército considerable. Claudius Apius Regillanus, nombrado decenviro para que redactara leyes, reclamó como su esclava una joven libre, y empleó la violencia para satisfacer su pasión, lo que ocasionó una ruptura entre el Senado y el pueblo. Claudius Drusus se hizo erigir una estatua con una diadema en la cabeza detrás del mercado de Appius y puso en armas a todos sus clientes para sublevar la Italia. Claudius Pulcher, que comandaba en Sicilia, viendo que los pollos sagrados no querían comer, hizo que los arrojaran al mar por encima de todos los escrúpulos religiosos, diciendo: *Que beban, ya que no quieren comer*. En seguida dió una batalla naval y la perdió, y teniendo

orden de nombrar un dictador, desafió el peligro público eligiendo a uno de sus ujieres llamado Glidia. Las mujeres de esta familia dieron también ejemplos contradictorios. Claudia atrajo hacia sí con su cinturón el navío que llevaba la estatua de Cibele, que había encallado en las arenas del Tíber, rogando a los dioses que le dieran fuerzas para mover aquel navío como prueba de su castidad. Otra Claudia fué acusada del crimen de lesa majestad, por haber dicho en alta voz un día que la gente no dejaba pasar su carro, que todavía podía volver al mundo su hermano Claudio y armar una flota para reducir el número de los romanos. Todos, excepto Clodius, fueron defensores de la dignidad de los patricios y enemigos del pueblo, con tanta violencia y obstinación, que en las ejecuciones capitales ninguno tomó la ropa de duelo, ni se ablandó a ruegos, y llegaron hasta agredir a los tribunos populares. Claudia, que era vestal, se sentó en el carro de su hermano, a su lado, que triunfaba a despecho del pueblo, y lo acompañó hasta el Capitolio a

fin de que los tribunos no atentaran contra él.

III.—Durante sus primeros años estuvo expuesto a grandes fatigas y peligros. Cuando con todos sus parientes iba secretamente a embarcarse para abandonar a Nápoles, adonde llegaban los enemigos, estuvo dos veces a punto de descubrirlos con sus gritos en el momento en que lo separaban del pecho de su nodriza y de los brazos de su madre, que en aquellas circunstancias quería librarse de aquella carga. Otra vez comenzó a arder por todas partes un bosque en medio del cual se encontraba.

Todavía se enseñan en Baies los regalos que le hizo en Sicilia Pompeya, hermana de Sexto Pompeyo: una túnica, un broche y anillos de oro. A su vuelta a Roma, el senador Gallius lo adoptó por testamento. Tiberio recogió su herencia, pero no tomó su nombre, porque Gallius había sido adversario de Augusto. A la edad de nueve años pronunció en la tribuna de las arengas la oración fúnebre de su padre. Todavía era adolescente cuando siguió a caballo el

triunfo de Augusto después de la batalla de Actium. Iba a la izquierda del carro, y Marcelo, hijo de Octavio, a la derecha. Presidió asimismo los juegos actiáticos, y en los juegos troyanos estuvo a la cabeza del primer grupo.

IV.—He aquí lo que hizo desde que tomó la ropa viril hasta que comenzó a reinar: dió dos veces espectáculos de gladiadores, una en memoria de su padre y otra en honor de su abuelo Drusus, en tiempos y lugares distintos; la primera en la plaza pública y la segunda en el Circo. Trajo gladiadores veteranos, a los que pagó cien mil sestercios por cabeza. Se casó con Agripina, hija de Marcus Agrippa y sobrina de Pomponius Aticus, caballero romano, a quien Cicerón cita en sus cartas. Con ella tuvo un hijo llamado Drusus, al que perdió, y se vió obligado a repudiarla, aunque la quería y estaba encinta por segunda vez. Le hicieron casarse con Julia, hija de Augusto, lo que le causó gran pena, porque estaba enamorado de Agripina y no quería a Julia, que se le había insinuado públicamente cuando estaba con su pri-

mer marido. Sintió vivamente la falta de Agripina, y habiéndola encontrado una vez, la miró con gran pasión y procuró no verla más. En lo sucesivo vivió en buena inteligencia con Julia; pero bien pronto se separó de ella, hasta el extremo de no compartir su lecho. Un hijo que tuvieron murió de tierna edad. Tiberio perdió en Alemania a su hermano Drusus y siguió en su convoy a pie durante todo el camino hasta Roma.

V.—Defendió ante Augusto al rey Arquelao, a los trallianos y a los thesalianos, en diferentes causas, y éste fué el aprendizaje de sus deberes civiles. Intercedió en el Senado en favor de los habitantes de Laodieca, Thuyatisa y Chio, que habían sufrido un temblor de tierra y pedían socorros. Acusó de lesa majestad e hizo que se condenara a Cepión, que con Varrón había conspirado contra Augusto. En este tiempo tenía dos cargos diferentes: la intendencia de los víveres, que comenzaban a escasear, y la inspección de las cárceles destinadas para los esclavos. Los dueños de estas prision-

nes se habían hecho odiosos y estaban acusados de retener por fuerza, no sólo a los viajeros que podían sorprender, sino a los que allí se ocultaban para esquivar el servicio militar.

VI.—Hizo sus primeras armas contra los cántabros cuando tenía el grado de tribuno de los soldados. En seguida comandó en Oriente, devolvió a Triganes su reino de Armenia y le impuso la corona estando sentado en su tribunal. Recogió las águilas romanas que los Parthos habían quitado a Crassus. Gobernó la Galia, durante un año, la cual estaba perturbada por las incursiones de los bárbaros.

Sometió a los pueblos que habitaban en los Alpes, Alemania, Hungría y los Dálmatas. Llevó a las Galias cuarenta mil alemanes y les dió tierras en las riberas del Rin. Después de estas expediciones alcanzó los honores de la ovación y entró en la ciudad con los ornamentos del gran triunfo, cosa que a nadie hasta entonces se había concedido. Obtuvo en seguida todas las magistraturas, ejerció la questura, la

pretura y el consulado, y fué revestido con el poder tribunicio por cinco años.

VII.—En medio de tantas prosperidades, en la flor de su edad y con envidiable salud, se retiró de pronto para huir de su mujer, a la que no quería repudiar ni acusar. Su madre trabajó lo indecible para retenerlo: Augusto se quejó ante el Senado de verse solo. Tiberio fué inflexible, y viendo que se oponían a su retiro, estuvo cuatro días sin comer. Al fin se lo consintieron; dejó a Roma, a su mujer y a su hijo, y tomó el camino de Ostia. No cambió una sola palabra con los que le acompañaban.

VIII.—De Ostia continuó costeano los bordes de la Campania, cuando supo que la salud de Augusto estaba comprometida. Se detuvo algunos días; pero como se dijo que estaba esperando el momento decisivo, se apresuró a embarcar, a pesar del mal tiempo, para la isla de Rhodas, de cuyo aire puro gustaba, así como de los encantos del retiro, desde que se detuvo allí a la vuelta de Armenia. Allí vivió modestamente como un simple ciudadano, sin lic-

tor ni ujier, paseando algunas veces por el lugar de los ejercicios públicos y tratando a los griegos como iguales suyos. Un día se le ocurrió decir que quería visitar a todos los enfermos de la villa; le entendieron mal los que le oían, y los enfermos fueron transportados a una galería pública y clasificados allí según sus dolencias. Sorprendido así no supo que hacer; por fin tomó el partido de dar excusas a todos, hasta a los de rango más bajo. No usó más que una vez de los derechos de la investidura tribunicia y fué en las escuelas, que visitaba asiduamente. Suscitóse una querrela entre los sofistas; uno, creyendo que Tiberio favorecía a su adversario, lo injurió. Tiberio se fué a su casa sin decir palabra, hizo citar al tribunal a su injuriador y lo redujo a prisión.

Supo en seguida que su mujer Julia había sido condenada por sus escándalos, y que Augusto, con su propia autoridad, había disuelto su matrimonio. A pesar del gozo que le produjo esta noticia, creyó que debía escribir a su suegro en favor de Julia, exhortándole a que le

dejara todos los dones que le había hecho, por indigna que fuese. Cuando acabó el tiempo de su poder tribunicio, después de haber evitado toda sombra de concurrencia con Caius y Lucius, pidió que se le permitiera volver a ver en Roma a todas las personas queridas que allí había dejado y quería regresar. Se le rehusó el permiso y se le dijo que no soñara con la amistad de aquellos a quienes había abandonado.

IX.—Permaneció en Rhodas con disgusto, y por intercesión de su madre consiguió, para ocultar su rubor, que Augusto le hiciera en Rhodas su lugarteniente. Después de esto vivió, no sólo como particular, sino como hombre intimidado y suspicaz. Se ocultaba en las tierras alejadas del mar, y rehuía las visitas que le hacían de todas partes los que venían a tomar posesión de algún mando. Todavía tuvo más motivos de inquietud. En Samos, adonde pasó a visitar a Caius, observó que las insinuaciones de Lollius, ayo del joven príncipe, le habían alejado su favor. Se le acusó asimismo de conversaciones equívocas con los centuriones, y

enterado de esto por Augusto, le rogó encarecidamente le diera un vigilante que observara con cuidado sus actos y sus palabras.

X.—Renunció a sus ejercicios habituales de armas y caballos, abandonó las vestiduras romanas y se vistió a la griega. Permaneció cerca de dos años en este estado, cada vez más odiado, hasta el punto que los habitantes de Nimea derribaron sus estatuas, y en una comida en que se hablaba de él, un amigo del joven Caius propuso a este príncipe ir a Rhodas y traerle la cabeza del desterrado (así es como le llamaban). Creyéndose en verdadero peligro, no tuvo más remedio que unir sus ruegos a los de su madre para conseguir su vuelta. El azar contribuyó a hacer que se acordara. Augusto había dispuesto que en este asunto se hiciera la voluntad de su hijo. Caius estaba entonces indispuesto con Lollius y se dejó convencer en favor de Tiberio. Entonces fué llamado, pero a condición de que no se mezclara en los asuntos del gobierno.

XI.—Volvió a Roma después de ocho años

de ausencia con grandes esperanzas para el porvenir, fundadas en los presagios que habían acompañado su primera juventud. Su madre, estando embarazada de él, y queriendo saber si iba a dar a luz un varón, tomó a una gallina uno de sus huevos y lo incubó en sus manos, hasta que salió un pollo con la más hermosa cresta. El matemático Scribonius había predicho de él las cosas más grandes, asegurando que alguna vez reinaría, pero sin llevar los atributos de la realeza. En su primera expedición militar, conduciendo su ejército por Macedonia para ir a Siria, pasó cerca del campo de batalla de Philipo, y los altares levantados a las legiones victoriosas parecieron encenderse. Cuando iba a Glisia, consultó cerca de Padua al oráculo de Gerión, que le mandó echar los dados de oro en la fuente de Apolo. Hízolo y marcaron felicidad completa; todavía se ven hoy los dados en el agua. Pocos días antes de su repatriación, un águila de una especie que todavía no se había visto en Rhodas, se colgó sobre el alero del tejado de su casa. La vispe-

ra de recibir el permiso para volver a Roma, cuando se cambiaba de ropa, su túnica se partió por medio. Desde este momento, sobre todo, tuvo gran confianza en las luces del astrólogo Thrasilo, a quien tenía como su maestro de filosofía, y que le había anunciado que el bajel que iba a llegar le traía buenas noticias. Poco tiempo antes, como sus negocios no iban bien, estuvo decidido a arrojarle al mar al pasear con él, para castigarle por haberse envenecido de poseer una falsa ciencia para descifrar los secretos peligrosos.

XII.—De vuelta a Roma acompañó a la barra a su hijo Drusus y presidió sus primeros ejercicios. Abandonó el barrio de Carenas y la casa de Pompeyo para alojarse en los jardines de Mecenas. Se dedicó por completo al reposo, no desempeñando funciones públicas y viviendo como un particular. Muertos Caius y Lucius en el espacio de un año, fué adoptado por Augusto a la vez que Agripa, y fué obligado a adoptar a su sobrino Germánicus. Nada hizo en calidad de padre de familia; se condujo en todo

como un hijo adoptivo; no hizo donaciones ni manumisiones, ni recibió herencias más que a título de peculio. Mientras tanto, nada omitía de lo que pudiera hacerle más considerable, sobre todo después que Agripa, desdeñado por Augusto y desterrado de Roma, hizo que sobre él solo recayera la esperanza de la sucesión en el imperio.

XIII.—Le concedieron el poder tribunicio por otros cinco años y recibió el encargo de pacificar la Alemania. De vuelta de este país, en donde estuvo dos años, celebró el triunfo que había obtenido; sus lugartenientes le seguían con los hábitos triunfales que había hecho les concedieran. Antes de llegar al Capitolio bajó de su carro y se abrazó a las rodillas de Augusto, que presidía la ceremonia. Hizo preparar mil mesas para un festín público y dió a los ciudadanos trescientos sestercios por cabeza. Dedicó un templo a la Concordia y otro a Castor y Pollux, en el nombre de su hermano y en el suyo, con los despojos recogidos al enemigo.

XIV.—Algún tiempo después acordaron los

cónsules que gobernara las provincias conjuntamente con Augusto y que hiciera el censo. Rehusó ésto y partió para Iliria. Fué llamado en seguida y encontró a Augusto desfalleciente, pero todavía vivo; se encerró solo con él y estuvo un día entero. Se cree, generalmente, que después de esta conversaci6n, los esclavos que habia en la antecámara entendieron, cuando Tiberio salia, estas palabras: "El pueblo romano, y yo lo siento, no dar4 ya que hacer a esta quijada tarda." Yo no ignoro que Augusto censuraba p6blicamente la dureza de sus costumbres, hasta el punto de interrumpir una conversaci6n jovial cuando 6l llegaba, y que s6lo por consideraci6n a Livia no revoc6 su adopci6n; pero no puedo convencerme de que un prncipe tan prudente y circunspecto obrara ligeramente en un asunto de tanta importancia; creo que puestas en una balanza las buenas y las malas cualidades de Tiberio, encontr6 que las buenas pesaban m4s. Asimismo creo lo que dijo en una arenga p6blica, que s6lo habia adoptado a Tiberio por el bien de la Re-

pública, y lo que leo en sus cartas: que lo tiene por un general consumado y por el único apoyo de Roma. He aquí algunos ejemplos: "Adiós, mi muy querido Tiberio; te deseo toda clase de felicidades; acuérdate de que eres nuestro general entre todos. Juro por mi fortuna que eres el más bravo y el más sabio de nuestros generales. Adiós". "Dormid en vuestros cuarteles de verano... Estoy persuadido, mi querido Tiberio, de que en una situación tan delicada y con tropas tan poco animadas al trabajo, no es posible conducirse más prudentemente que tú. Todos los que están contigo te aplican este verso de Ennius parodiado:

"Velando, un solo hombre restableció el Estado."

XV.—No hizo pública la muerte de Augusto hasta después de asegurarse de la del joven Agrippa. Un tribuno militar, dedicado a la guarda de este príncipe, lo mató después de haberle enseñado la orden que había recibido. No se sabe si Augusto, al morir, firmó esta orden, o si la había dado Livia por indicación de

Tiberio. Sea lo que fuere, cuando el tribuno anunció a éste lo que había hecho porque se lo habían mandado, contestó que él no había dado ninguna orden, y que el Senado juzgaría; pero esto fué para no aparecer públicamente con este asesinato del que nunca se habló.

XVI.—Convocó al Senado en virtud de su cargo de tribuno, y habiendo comenzado a hablar se detuvo repentinamente como ahogado por los suspiros y sucumbiendo a su dolor. Hubiera preferido, dijo, perder la vida con la palabra, y dió a leer su discurso a su hijo Drusus. En seguida presentó el testamento de Augusto: lo leyó un liberto, y comenzaba con estas palabras: "Puesto que la desgracia me ha quitado a Caius y Lucius, nombro a Tiberio César mi heredero en los dos tercios de mi sucesión." El que se expresara de este modo contribuyó a hacer pensar que por necesidad y no por cariño se había fijado en Tiberio.

XVII.—Aunque Tiberio no tenía por qué retardar el momento de hacerse cargo del imperio, lo aplazó algún tiempo, contestando a las

instancias de sus amigos: *Vosotros no sabéis el monstruo que es el imperio*; y teniendo al Senado en suspenso con respuestas ambiguas y una incertidumbre artificiosa, mientras se deshacía en súplicas y estaba prosternado a sus pies, hasta que algunos perdieron la paciencia y uno dijo a la multitud: *Que acepte o que renuncie*. Por fin aceptó como a disgusto, deplorando la miserable y onerosa servidumbre con que se le cargaba y que la dejaría en cualquier ocasión. Sus palabras expresas fueron: "Espero el momento de que juzguéis equitativo conceder reposo a mi vejez."

XVIII.—Tenía razones para dudar; muchos peligros le amenazaban, y con frecuencia decía que tenía el lobo en las orejas. Un esclavo de Agripa llamado Clemente, había reunido un grupo numeroso para vengar la muerte de su amo, y el noble L. Scribonius Libo tenía designios secretos y meditaba una revolución. Las tropas se habían sublevado en Hiria y Alemania; hacían muchas peticiones extraordinarias y, sobre todo, querían tener la misma paga que

los soldados pretorianos. Algunos se resistían a reconocer un príncipe que no habían elegido. Esto sobre todo inspiraba a Tiberio serias preocupaciones. Ofreció no tomar del gobierno más que la parte que el Senado quisiera concederle, asegurando que no se sentía con fuerzas para llevar toda la carga y que quería compartirla con uno o varios compañeros. Fingió asimismo estar enfermo a fin de que Germánico o le señalara sucesor o compartiera con él la soberanía. Las sediciones se apaciguaron: Clemente fué preso por traición con Libo, y Tiberio, no queriendo inaugurar su reinado con rigores, esperó un año para proceder contra ellos. Un día, sacrificando con los pontífices, hizo dar a Libo, que también estaba allí, un cuchillo de plomo en lugar del hacha de acero de que ordinariamente se servían. Otra vez Libo habíale pedido una entrevista particular y no se la concedió sino en presencia de su hijo Drusus, que le tenía de la mano como para apoyarse en él, y estuvo paseándose hasta el fin de la entrevista.

XIX.—Libre de todos temores vivió con moderación como un particular. Aunque se le ofrecieron muchos y grandes honores, sólo aceptó los pequeños y en corto número. Un aniversario de su nacimiento que estaba en el circo, no consintió que por él se añadiera más que un carro con dos caballos. No quería ni templos, ni sacerdotes, ni imágenes, ni estatuas, a no ser que diera un permiso especial y a condición de que no fueran colocadas entre las estatuas de los dioses y de que fueran miradas como un mueble o un ornamento. Se opuso a que el mes de septiembre se llamara *Tiberio* y el de octubre *Livio*. Rehusó el nombre de emperador y el sobrenombre de Padre de la patria y la corona cívica con que se quiso adornar el vestíbulo de su palacio. No se servía del nombre de Augusto, que le pertenecía por su familia, más que en sus cartas a los reyes y soberanos. Sólo tres veces fué cónsul; la primera durante pocos días, la segunda por tres meses, la tercera ausente de Roma hasta los idus de mayo.

XX.—Para subrayar esta moderación, trata-

ba a todo el mundo con deferencia y hasta con respeto. Habiendo contradicho a Haterius en el Senado, le dijo: "Perdóname si como senador he hablado libremente contra tu opinión", y dirigiéndose al Senado añadió: "Lo he dicho muchas veces y lo digo una más, padres conscriptos: es preciso que un buen príncipe que reina para el bien general, y que le habéis investido con un poder tan grande y tan poco limitado, se crea sumiso al Senado; a todos los ciudadanos en general, y a cada uno en particular, lo he dicho y de ello no me arrepiento, porque aquí en vosotros he encontrado a mos llenos de equidad y benevolencia."

XXI.—Conservó una apariencia de libertad, pero manteniendo la majestad y los privilegios del Senado y las magistraturas. No hubo asunto del que no diera cuenta al Senado. Le consultaba sobre los impuestos, los monopolios, las edificaciones, las convocatorias de tropas, licenciamientos de soldados, estados de las legiones, marchas de las guerras extranjeras, respuestas que había que dar a los reyes y fór-

mulas que debían observarse. Jamás entró en el Senado sino solo; un día que fué en litera porque estaba enfermo, hizo retirar a su séquito.

XXII.—Cuando no se seguía su parecer no se quejaba. Un pretor obtuvo permiso para ausentarse, aunque Tiberio había dispuesto que los magistrados, por honor al cargo, debieran permanecer en la ciudad. Quería que una cantidad de dinero legada a la ciudad de Trebia para construir un teatro, fuera empleada en hacer un camino; a pesar de esto, se realizó la voluntad del testador. Un día que el Senado se dividía, se incorporó al grupo más pequeño sin que nadie le siguiera.

XXIII.—Reformó los gastos de los juegos y los espectáculos, restringiendo el salario de los actores y el número de los gladiadores. Se quejaba amargamente de que los vasos de Corinto se vendieran a un precio excesivo. Puso límites al lujo. Dió orden a los ediles de cerrar las tabernas y los lugares de crápula, con tanta severidad, que ni aun las pastelerías dejaron abier-

tas. Tiberio, para dar ejemplo de economía, hacía servir en su casa en las comidas más solemnes manjares sencillos, diciendo que la mitad de un jabalí era tan buena como el jabalí entero. Abolió la costumbre de besar todos los días a los amigos, y prohibió dar o recibir regalos después de las calendas de enero. Tenía costumbre de devolver en el acto cuádruple de lo que recibía; pero fatigado por verse un mes entero acosado por los que no habían podido verle el primer día del año, no devolvió nada.

XXIV.—Restableció la costumbre de hacer juzgar por una asamblea de parientes a la mujer adúltera cuando no había acusador público. Relevó de su juramento a un caballero romano, que había jurado no repudiar a su mujer, y la había sorprendido en comercio criminal con su yerno. Las mujeres perdidas, para ponerse al abrigo de las penas que les correspondían, afectaban en público estar dedicadas a un tráfico infame, y jóvenes libertinos de uno y otro sexo se hacían notar de ignominia por los jueces para tener el derecho de parecer im-

punemente en el teatro ó en la arena como ciudadanos degradados. Tiberio los desterró a todos para que no burlaran las leyes. Despojó del lacticlavo a un senador porque había hecho maquinaciones inmorales para obtener una vivienda a bajo precio. A otro le quitó la questura por haber repudiado al día siguiente de su matrimonio una mujer que había ganado la víspera en el juego.

XXV.—Prohibió las ceremonias extranjeras y los ritos judío y egipcio; a los que los practicaban los obligó a quemar sus ropas y los instrumentos de su religión. Distribuyó la juventud judía en las provincias en que el aire era malsano, y los retuvo en ellas por una especie de juramento militar; desterró de Roma al resto de esta nación de sectarios, bajo pena de esclavitud si volvían. También extrañó a los astrólogos, pero les permitió volver, bajo promesa de no ejercer su arte.

XXVI.—Después de haber recorrido la Campania y hecho la dedicación del Capitolio en Capua y del templo de Augusto en Nola, pre-

texto de su viaje, se encerró en Caprea. Le gustaba esta isla, porque no se la podía abordar más que por un lado y con dificultad; las rocas escarpadas de gran altura, el abismo y los mares, hacíanla inaccesible. Fué llamado muy pronto por los ruegos del pueblo, conmovido por un desastre que acababa de ocurrir en Fidenes, en donde la caída de un anfiteatro había hecho morir a más de veinte mil personas en un espectáculo de gladiadores. Volvió al continente y se dejó ver con más facilidad que antes, pues por un edicto había dispuesto que nadie se le acercara.

XXVII.—De vuelta en su isla abandonó de tal modo el cuidado de la República, que no reemplazaba ninguno de los caballeros que morían, ningún tribuno militar ni ningún comandante de provincia. Dejó España y Siria durante algunos años sin procónsules. Dejó la Armenia como presa a los parthos, la Mesia a los dacios y los Sármatas y las Galias a los germanos, sin preocuparse del deshonor ni del peligro del Imperio.

XXVIII.—A favor de la soledad y lejos de las miradas de la capital, se entregó a todos los vicios, que hasta entonces había disimulado mal. Desde su primera juventud había dado a conocer en los ejércitos su gran pasión por el vino. En lugar de *Tiberius* le llamaban *Biberius* y *Nero Mero*, que en bajo latín quiere decir *bebedor*. Siendo general, pasó dos días y dos noche bebiendo con Pomponius, Ilacus y Lucius Pisón, mientras trabajaba por la reforma de las costumbres, y en seguida dió a uno el gobierno de la Syria y al otro el cargo de prefecto de Roma, llamándoles en una carta "sus más queridos amigos de todas las horas".

Después de haber reprendido en el Senado a Sestius Gallus, viejo disipador y escandaloso, notado antes de infamia por Augusto, hizo que le convidara a cenar, a condición de que no cambiara su manera ordinaria de vivir y los platos fueran servidos por muchachas desnudas.

Entre muchos candidatos distinguidos que pretendían la questura, prefirió al más desco-

nocido, porque había vaciado en su mesa un ánfora de vino que le había servido él mismo. Dió cuatrocientos mil sestercios a Asellius Sabinus por haber hecho un diálogo en el que la seta, el papahigo, la ostra y el tordo disputaban. Por último, estableció una nueva magistratura, que podía llamarse *la intendencia de las voluptuosidades*, y la confió a Cesonius Priscus, caballero romano.

XXIX.—Tenía en la isla de Caprea reductos muy secretos para sus escándalos; allí hombres y mujeres jóvenes imaginaban placeres monstruosos; formaban entre ellos una triple cadena, y así enlazados se prostituían delante de él, para reanimar con este espectáculo los extinguidos deseos de un viejo. Tenía muchas habitaciones decoradas con las pinturas más lascivas, y poseía libros en los que se encontraban lecciones sobre las maneras distintas de gozar. Los bosques y las florestas no eran sino asilos consagrados a Venus, y en ellos se veía en todas partes a la juventud de los dos sexos, en los picos de las rocas y en las grutas, en acti-

tudes voluptuosas, vestidos de ninfas y silvanos. Se le llamaba Tiberio Caprieno, del nombre de su isla.

XXX.—Llevó su liviandad hasta un punto indescriptible. Se dice que desnudaba niños de pecho un poco robustos, a los que llamaba sus *pececitos*, y les hacía jugar entre sus piernas, morderle y lamerle cuando estaba en el baño, género de placer apropiado a su edad e inclinaciones. Se dice también que en su sacrificio, prendado repentinamente de la belleza del que le ofrecía el incienso, apenas atendió a la ceremonia, y acabó por hacer violencia al joven y a su hermano que tocaba la flauta, y después hizo que les rompieran las piernas porque reprocharon su infamia.

XXXI.—Jugaba asimismo con la honra de las mujeres más ilustres, como puede verse por la muerte de Mallonia, que constantemente rechazaba sus deseos. Hizo que la acusaran delatores, y durante la acusación no cesó de preguntar si se arrepentía; pero ella, sin contestar, se

marchó a su casa y se mató, después de haberle tratado de viejo impuro y antipático.

XXXII.—Era ciego por el dinero. Daba de comer a los que le acompañaban a la guerra o en los viajes, pero no les pagaba. No hizo en su vida más que una liberalidad, y fué a expensas de Augusto. Dividió a los de su séquito en tres clases, según su dignidad; distribuyó a la primera seiscientos sestercios, a la segunda cuatrocientos. A esta última clase la llamaba la de los *griegos*, y a las otras dos, las de los amigos.

XXXIII.—De su reinado no quedó ningún monumento; los que comenzó los dejó incompletos, y fueron el templo de Augusto y las reparaciones del teatro de Pompeyo. No dió espectáculos, y asistía rara vez a los que daban los demás; temía que se aprovecharan del momento para pedirle alguna cosa, desde que por las instancias del pueblo se vió obligado a manumitir al comediante Accius. Remedió la miseria de algunos senadores; pero para que esto no se hiciera costumbre, dijo que no vol-

vería a dar socorros más que a los que el Senado declarara que los merecían; así que muchos se mataron por vergüenza, entre otros Ortalus, sobrino de Hortensius el orador, que con una fortuna muy menguada se había casado por complacer a Augusto y tenía cuatro hijos.

XXXIV.—Sólo dos veces hizo larguezas públicas en calidad de emperador: una, cuando prestó al pueblo cien millones de sestercios sin interés, por tres años; la otra, cuando indemnizó a los dueños de las casas incendiadas en el monte Celius. La falta de dinero era grande. Tiberio había dispuesto por un senado-consulta, que los que se hubieran enriquecido por medio de la usura contribuyeran con los dos tercios de sus bienes y los deudores pagaran en metálico al Estado sólo los dos tercios de sus deudas. Cuando socorrió a los del monte Celius lo hizo con tanto ruido, que hasta quiso que desde entonces se llamara *monte de Augusto*. Después de repartir los legados que Augusto hizo a los soldados, jamás les dió nada en su nombre, excepto mil dineros por cabeza,

que hizo distribuir a los pretorianos y algunas gratificaciones a las legiones de Syria por su fidelidad. Dió pocos retiros a los veteranos, porque prefería que murieran en el servicio, a fin de heredar las recompensas a que tenían derecho. No hizo ninguna liberalidad a las provincias, excepto al Asia Menor, en donde un temblor de tierra había destruído muchas villas.

XXXV.—De la avaricia pasó a la rapiña. Consta que hizo morir de pena al augur Cneus Léntulus, hombre muy rico, y le obligó a que le declarase su único heredero; que condenó a muerte a Lépida, mujer distinguida, después de veinte años de divorcio por haber querido envenenar a su marido, sólo porque quería la herencia de este marido, que era rico y no tenía hijos; que confiscó los bienes de muchos príncipes de las Galias, España, Syria y Grecia, con los más fútiles pretextos; que muchos partidarios y muchas villas se vieron privados del derecho a explotar sus minas y otros privilegios y, por último, que Vonona, rey de los parthos,

arrojado por los suyos y refugiado con sus tesoros en Antioquía, bajo la salvaguardia del Imperio, fué muerto a traición y confiscadas sus riquezas.

XXXVI.—Se opuso a dulcificar el destierro de Julia, su mujer, prohibiéndole que saliera de casa, aunque Augusto le había dado una villa entera por prisión; le quitó asimismo el dinero que su padre le daba todos los años para sus gastos menudos, bajo pretexto de que esta cláusula no estaba en el testamento. A su madre Livia le tomó también odio; creyó ver en ella un rival de su poder. Rehusaba sus asiduidades y evitó verse solo con ella durante mucho tiempo, por miedo de tener que someterse a sus consejos; los siguió, sin embargo, algunas veces, aunque a disgusto. Le sentaba mal el que en los actos del Senado le llamaran *el hijo de Livia* o *el hijo de Augusto*. Jamás permitió que fuera llamada *madre de la patria*, ni que recibiera en público honores señalados. Le advirtió también muchas veces que no se mezclara

en los asuntos importantes porque no era propio de su sexo.

XXXVII.—La discordia estalló entre ellos bien pronto. Livia rogó a Tiberio que colocara un manumitido en el rango de los caballeros; él contestó que sólo lo haría si constaba en los registros que aquella gracia le había sido impuesta por su madre. Livia, ofendida, le mostró un billete de Augusto, que había ocultado largo tiempo, en el que se hablaba del carácter duro y tiránico de Tiberio. Este, indignado, rompió con su madre, y en tres años sólo la vió una vez; después no la visitó cuando estuvo enferma, y una vez muerta dilató largo tiempo sus funerales, hasta que el cadáver estaba ya descompuesto. Tiberio prohibió que se le discernieran honores divinos, pretendiendo que tal había sido la última voluntad de ella. Anuló su testamento, y causó en poco tiempo la ruina de todos sus amigos y deudos, hasta de los que había encargado de sus funerales; a uno de ellos, caballero romano, le condenó al trabajo de dar a una bomba para sacar agua.

XXXVIII.—Jamás tuvo corazón paternal ni para su hijo Drusus, ni para Germánicus, su hijo adoptivo. Aborrecía en Drusus el carácter débil y la vida perezosa; de esta manera fué insensible a su muerte y apenas solemnizó sus funerales. Unos enviados de Troya, pasado algún tiempo, le dieron el pésame por la muerte de Drusus, y contestó que él también se condolía de la muerte de Héctor, que había sido uno de sus mejores ciudadanos. Celoso de la gloria de Germánicus, afirmó que todo cuanto había hecho era inútil, y algunas de sus victorias perjudiciales al Imperio. Ante el Senado se quejó de que no le hubiera pedido permiso para pasar a Alejandría. Se cree que se sirvió de Encius Pisón, lugarteniente de Siria, para darle muerte, y confirma esta sospecha el que persiguiera encarnizadamente a su viuda y sus hijos.

XXXIX.—En una ocasión Agripina se le quejó alusivamente de la muerte de su marido, la cogió por la mano y la citó este verso griego:

¡Ah! Si no reinaras, te quejarías siempre.

y no habló más con ella. Un día que le convidó a comer rehusó ciertos frutos en su mesa, y desde entonces cesó de convidarla, bajo pretexto de que le creía capaz de envenenarla. Esta escena estaba preparada de antemano, porque había hecho que oficiosamente la previnieran. Después la desterró a la isla de Pandataria, y como ella le hiciera cargos y le dirigiera reproches, hizo que un centurión la golpeará y le arrancara un ojo. Resolvió ella dejarse morir de hambre, pero le hizo tomar alimento a la fuerza; sin embargo, murió.

XL.—Después de la muerte de Germánicus le quedaban tres nietos, hijos de Germánicus: Nerón, Drusus y Caius, y uno de Drusus, Tiberio. A Nerón y Drusus los puso bajo la protección del Senado, y el día en que tomaron la ropa viril lo celebró haciendo regalos al pueblo. Luego se desencadenó su odio contra ellos, llegando hasta hacer que fueran declarados enemigos de la patria. Los dos murieron de hambre. Nerón en la isla Pontia, y Drusus en el monte Palatino. El primero se determinó a morir así, por-

que un verdugo que se le envió le enseñó los instrumentos de su suplicio, y al otro se le quitaron los alimentos con tanta crueldad, que llegó a comerse su almohada. Sus restos fueron dispersados de manera que no pudieran recogerse.

XLI.—Tiberio se rodeó, además de sus ancianos amigos, de veinte ciudadanos principales, como para que le sirvieran de consejeros. Excepto a dos o tres, a todos les dió muerte bajo distintos pretextos, entre otros a Sejano, cuya ruina causó la de muchos. Habíalo elevado al más alto grado de poder, no tanto por amistad como para servirse de él contra sus nietos y asegurar el Imperio para el hijo de Drusus.

XLII.—No fué más dulce con los literatos griegos que vivían con él. Un día preguntó a Zenón, que cuidaba mucho su lenguaje, cuál era aquel dialecto tan difícil que hablaba; contestó que era el dialecto dórico, usado en Rhodas; Tiberio vió en la respuesta un epigrama sobre su destierro en dicha isla, y lo desterró.

Por algo parecido dió muerte al gramático Selenus.

XLIII.—Su ferocidad se reveló desde su infancia. Su maestro de retórica Theodoro lo caracterizó bien, diciendo que era *un lodo de sangre*, y tuvo en todo tiempo rasgos de crueldad en medio de su afectada moderación. Un bufón que veía pasar un muerto le dijo: “Comunica a Augusto que sus buenas leyes no rigen para el pueblo.” Tiberio le quitó sus bienes y lo llevó al suplicio, encargándole que le dijera a Augusto la verdad.

XLIV.—En un viaje de pocos días que hizo a Caprea, le sorprendió un pescador en el momento que estaba solo para poner a sus pies un mulo marino de gran tamaño que había cogido; Tiberio se asustó, y disgustado hizo que le frotaran el rostro con su regalo; el pobre hombre se felicitaba de no haberle traído una langosta colosal que también había pescado, y Tiberio hizo que asimismo le frotaran la cara con la langosta.

XLV.—Se entregó a toda clase de monstruo-

sidades, persiguiendo a todos sus parientes y amigos, sobre todo después de la muerte de Sejano. Dice, sin embargo, en sus memorias, que sólo mató a Sejano porque había descubierto en él designios contra los hijos de Germánicus. La verdad es, que uno de estos jóvenes murió antes, y otro después de Sejano. Sería muy largo contar al detalle sus crueldades; me conformaré con dar una idea general, No dejó pasar un solo día sin suplicios; en las condenas envolvía las mujeres y los hijos de los acusados, y prohibía a los deudos que lloraran a las víctimas. Las mayores recompensas se daban a los acusadores y a los testigos. Un poeta fué acusado de injurias a Agamenón en una tragedia, y un historiador de haber llamado a Brutus y Cassius *los últimos romanos*; fueron los dos condenados y quemadas sus obras, aunque databan del tiempo de Augusto. A los prisioneros les prohibía toda lectura y toda conversación. Algunos condenados se herían o envenenaban para evitar el suplicio; pero a él se los llevaba medio muertos; sus cadáveres los

arrojaba al Tíber. Como no había costumbre de estrangular a las vírgenes, las entregaba al verdugo para que las violara previamente. Obligaba a vivir a los que querían morir; cuando se mató un condenado que se llamaba Carvilius, dijo: "Carvilius se me ha escapado." Un día que le rogó un prisionero que acelerara su muerte, le contestó: "Todavía no somos bastante amigos." La muerte la miraba como el más ligero de los suplicios.

XLVI.—Sus furores se redoblaron cuando supo que su hijo Drusus, a quien creía muerto por sus excesos, había sido envenenado por su mujer Livilla y por Sejano. Los tormentos y los suplicios eran su única ocupación, hasta el punto que Rhodiense, invitado por él a venir a Roma, fué también llevado al suplicio, y cuando el error fué reconocido, hizo que lo mataran para borrar el rastro de su furia. Todavía se enseña en Caprea el lugar de las ejecuciones. Entre otros tormentos, había ideado el de hacer beber mucho vino a un hombre y atarlo en seguida de forma que no pudiera orinar.

Si la muerte no le hubiera detenido, aún hubiera hecho más víctimas; no hubiera perdonado a ninguno de los suyos, porque envidiaba la dicha de Priamo, que sobrevivió a toda su familia.

XLVII.—Cuando condenó a su nuera y sus nietos, los hizo llevar encadenados en una litera con un guarda, que tenía orden de impedir el que los transeúntes se pararan a mirar.

XLVIII.—Recibía continuamente agravios: los ciudadanos condenados le injuriaban cara a cara o por medio de libelos, que tan pronto hacía recoger como afectaba despreciar y publicaba él mismo. Nada le dolió tanto como una carta de Artaban, rey de los Parthos, que le reprochaba sus asesinatos y sus escándalos y le exhortaba a que se hiciera justicia dándose muerte. Al fin se hizo odioso a sí mismo, y su disgusto se refleja en una carta que escribió al Senado, que comenzaba así: "Que los dioses y las diosas me hacen padecer tan cruelmente todos los días, que me siento perecer poco a poco."

XLIX.—Era fuerte, robusto, de talla elevada, desarrollados la espalda y el pecho y bien proporcionados los miembros. Su mano izquierda era más ágil que la derecha; sus dedos eran tan fuertes que aplastaban una manzana sin madurar y hería a un hombre de un papirotazo; tenía la piel blanca y el cabello largo; su fisonomía era hermosa, aun cuando solía padecer de tumores. Sus ojos eran grandes, y lo que es muy singular, cuando despertaba entre noche, veía durante algún tiempo como de día, y en seguida su vista se oscurecía poco a poco. Andaba con el cuello un poco ladeado. Su rostro era severo, siempre serio y taciturno; hablaba poco, con lentitud y afectación desagradable, que revelaba su dureza. Augusto conocía sus defectos y trató muchas veces de disculparlos. Gozaba de buena salud y fué el médico de sí mismo.

L.—Era menos religioso que aficionado a la astrología; creía en el fatalismo, temía mucho a la tempestad, y mientras duraba tenía en la cabeza una corona de laurel, fundado en

la creencia vulgar de que la hoja de laurel protege contra el rayo.

LI.—Cultivó las letras griegas y latinas y tuvo siempre maestros; pero oscurecía su estilo con la afectación, y lo que se le ocurría de pronto valía más que lo que meditaba. Compu-so versos líricos sobre la muerte de César. En sus poesías griegas imitó a Euphrosium y a Parthenius. Estos poetas hacían sus delicias; hizo colocar sus retratos y sus libros en las bibliotecas públicas. Estudió la mitología con un cuidado, que le ponía en ridículo por las preguntas que hacía en todas partes, y la imitación en sus sacrificios y ceremonias a los mitos griegos.

LII.—Mientras estuvo en Caprea vino a Roma dos veces: la primera llegó en un navío de tres remos hasta los jardines de César; la segunda sólo llegó hasta dar vista a las murallas y retrocedió, según se dice, a causa de un prodigio: una serpiente que había domesticado y alimentaba en su mano, se la encontró comida por las hormigas, y un oráculo le advirtió que

temiera a las fuerzas de multitud. Volvió y cayó enfermo en la isla de Circe; para disimular su estado asistió a unos juegos militares y hasta disparó saetas contra un jabalí herido; pero del esfuerzo y de haberse enfriado repentinamente después del ejercicio le acometió una pulmonía; sostúvose algún tiempo, sin embargo.

LIII.—La última vez que celebró el aniversario de su natalicio creyó ver en sueño a un Apolo Ternevitá, de una talla y una belleza raras, que había hecho traer de Syracusa para colocarlo en la biblioteca de un templo recientemente construído, y aquel Apolo le decía que no había de ser él quien hiciera la dedicación.

Algunos días antes de su muerte, un temblor de tierra hizo caer la torre del faro en la isla de Caprea, y en Misena las cenizas calientes que habían llevado para templar su habitación, se habían apagado y volvieron a encenderse y a brillar toda la noche.

LIV.—La primera noticia de su muerte produjo tal gozo en Roma, que todos corrían por

las calles diciendo que había que arrojarlo al Tiber; se conjuraba a la tierra y a los dioses a no concederle un sitio sino entre los impíos en el Tártaro. El Senado había establecido que el suplicio de los condenados sería diferido hasta el décimo día; algunos desgraciados debían ser ejecutados el día en que se supo la muerte de Tiberio y pedían gracia por este hecho; pero como no había quien pudiera concedérsela, los guardias los estrangularon y expusieron sus cadáveres. El odio se redobló contra el tirano, cuya barbarie se prolongaba hasta más allá de su muerte. Cuando se trajo su cuerpo de Misena quisieron quemarlo en el camino, los soldados se opusieron y se quemó en Roma con las solemnidades ordinarias.

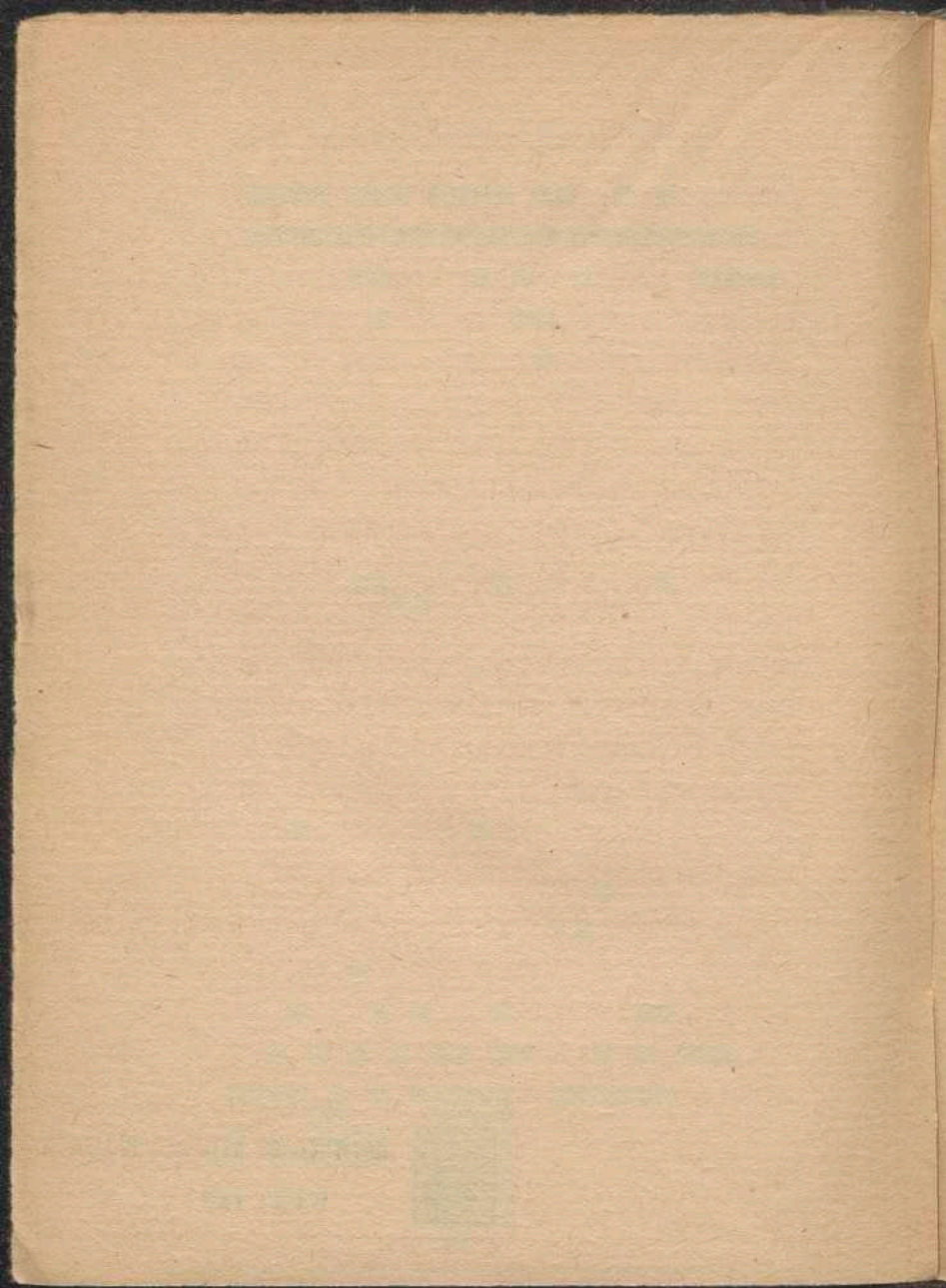
LV.—Había hecho su testamento dos años antes, y de él había dos ejemplares, uno escrito de su mano y otro por un liberto; pero los dos iguales y con los mismos testigos. Instituí a sus nietos Caius y Tiberio sus herederos por mitades, y los sustituía recíprocamente. Hacía

muchos legados a las vestales, a los soldados,  
a cada ciudadano y a los principales de cada  
barrio.

FIN DEL TOMO PRIMERO

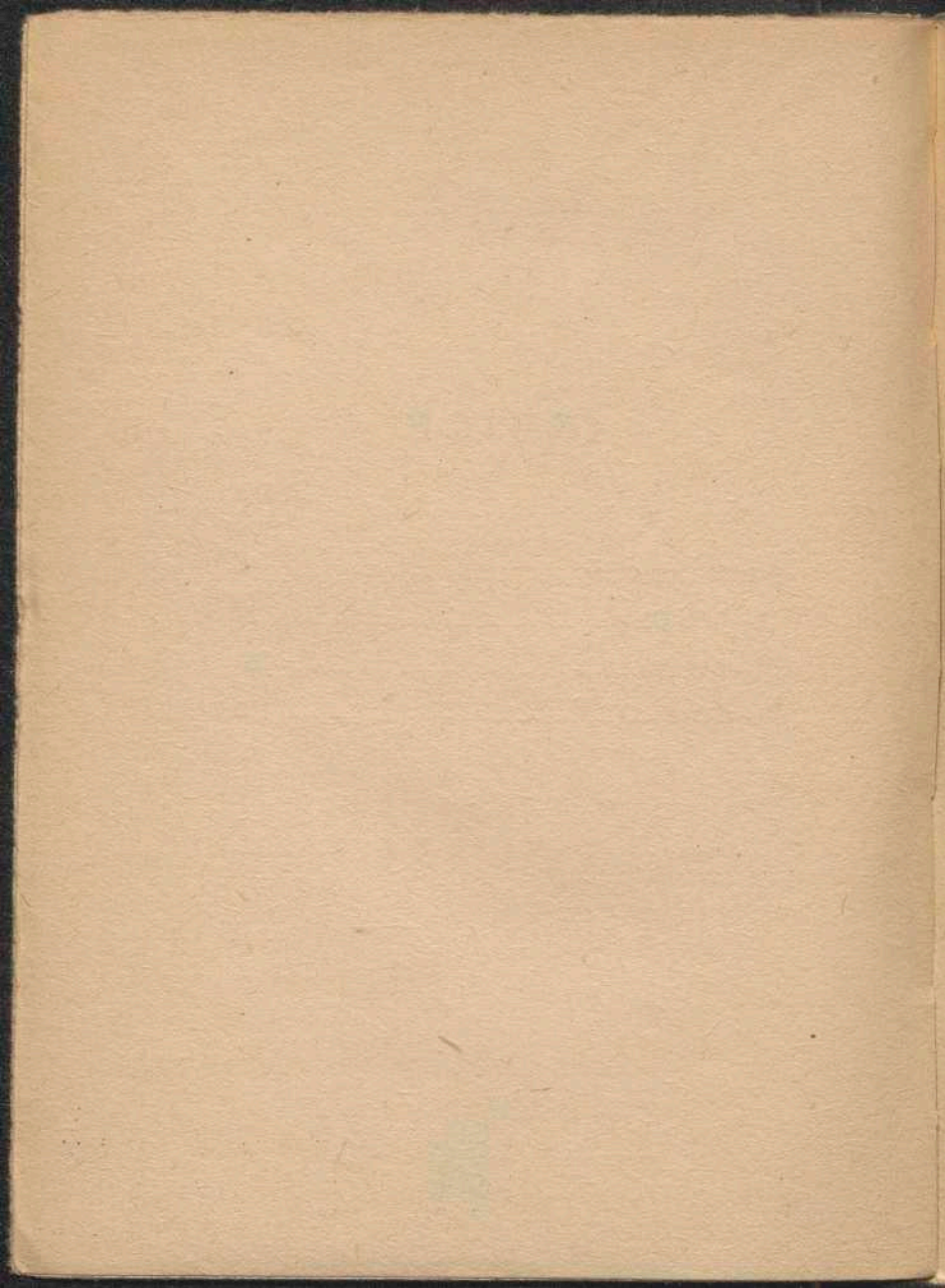


INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS  
BIBLIOTECA



# ÍNDICE

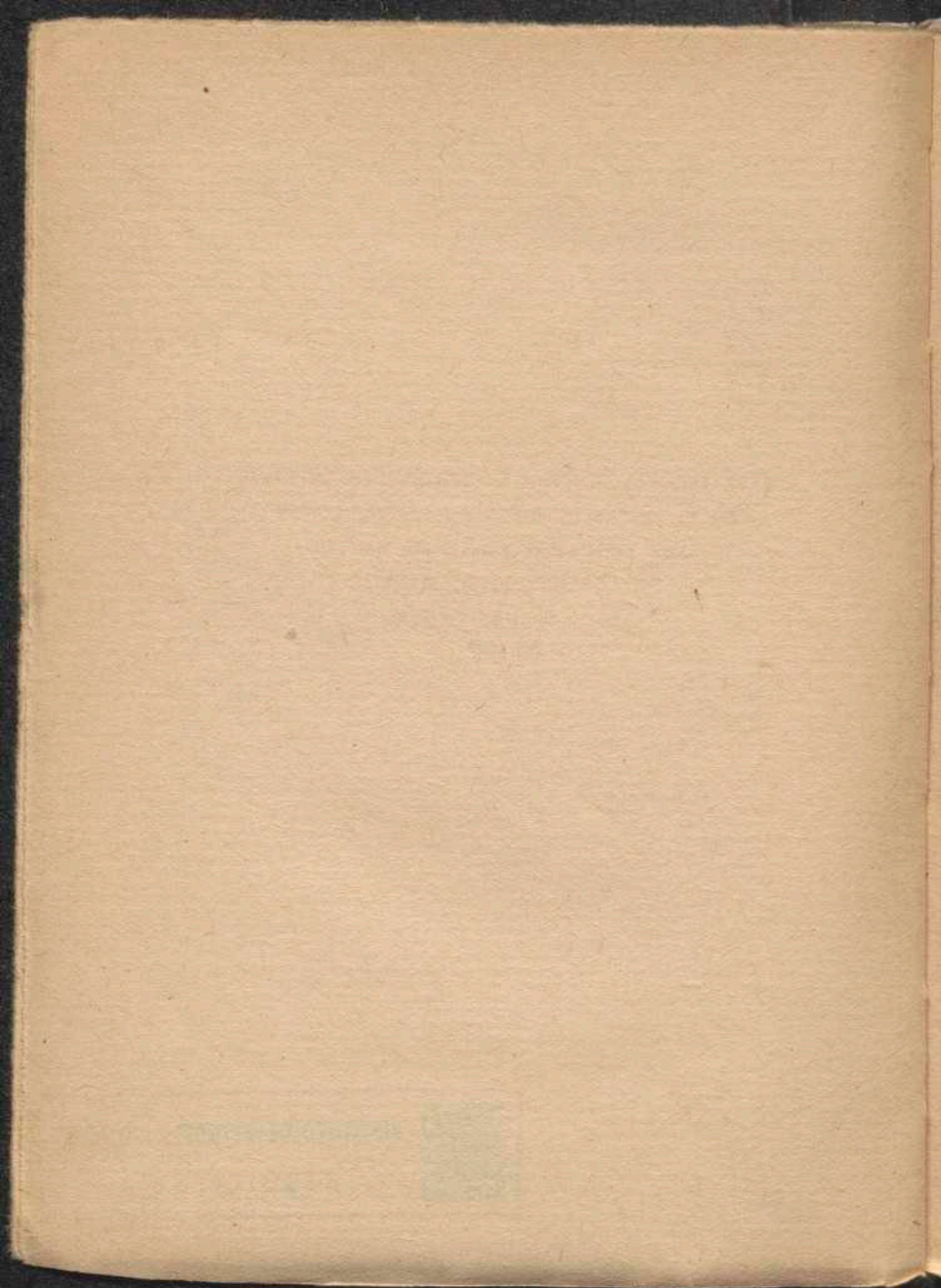
	Págs.
Estudio preliminar... ..	7
I.—Julio César... ..	25
II.—Augusto... ..	89
III.—Tiberio... ..	155



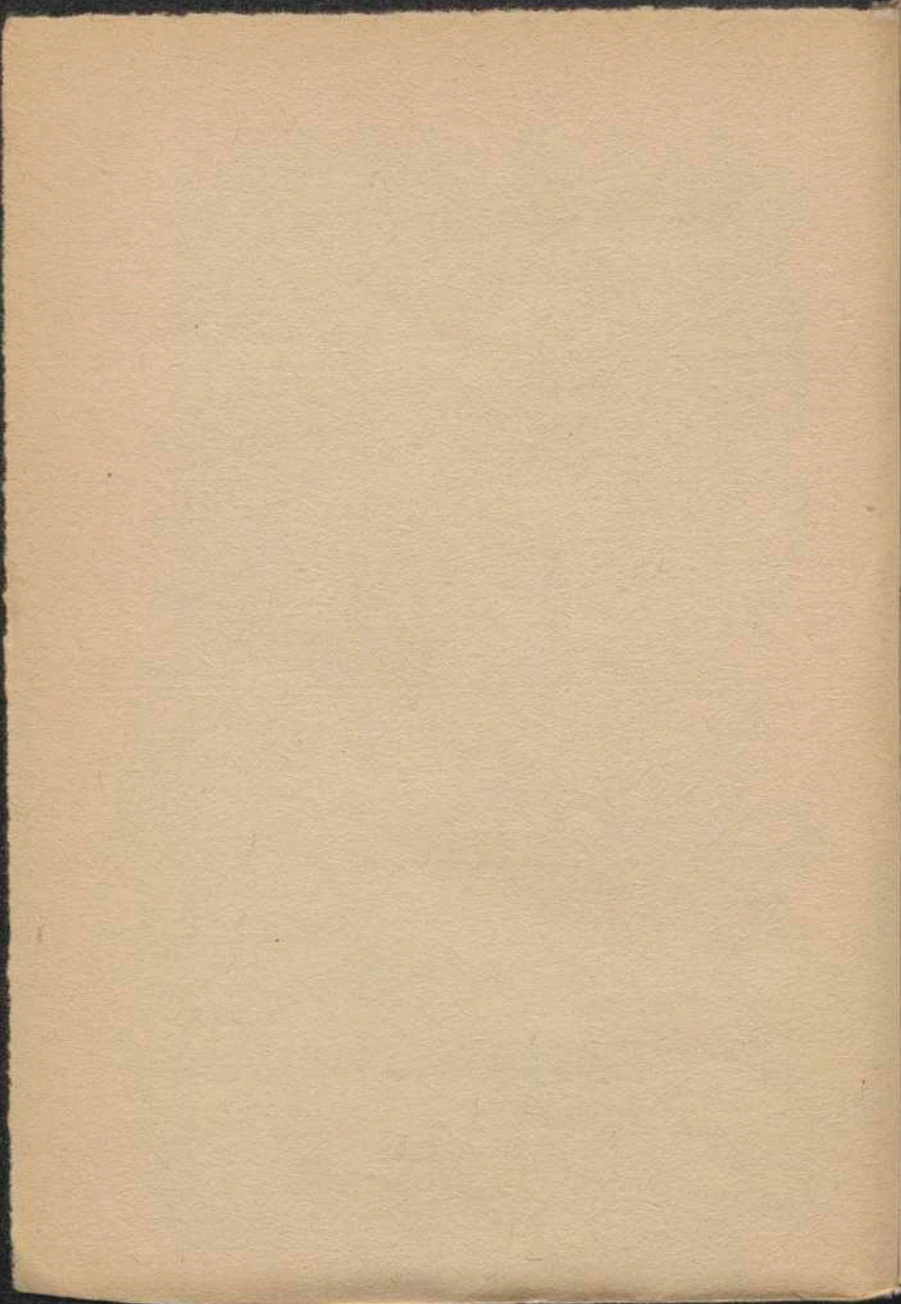
ESTA SEGUNDA EDICION SE TERMINO DE IMPRIMIR  
EN EL ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE  
SAEZ HERMANOS, CALLE DE MARTIN  
DE LOS HEROS, 61, MADRID,  
EL DIA 30 DE SEPTIEMBRE  
DE 1930

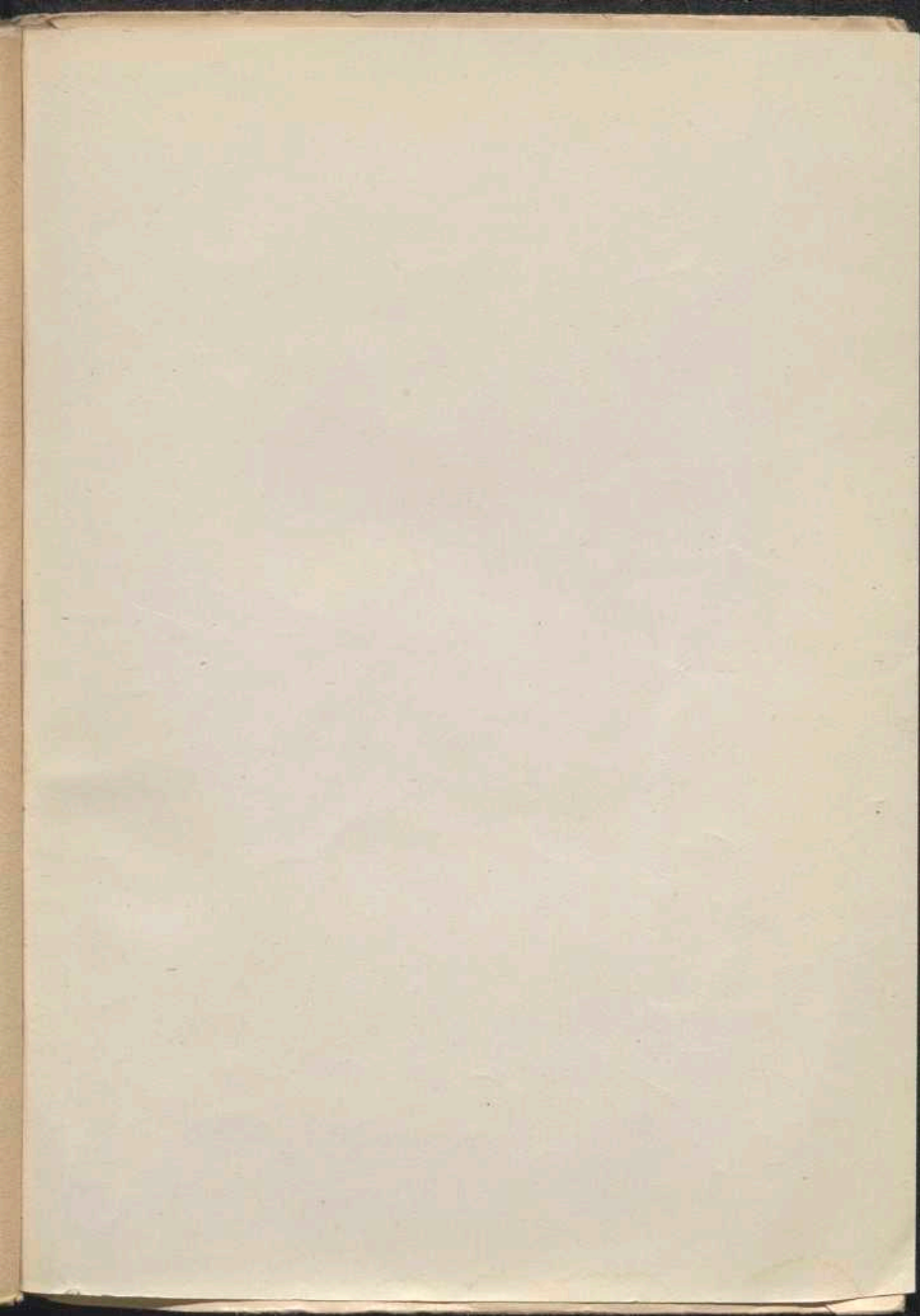


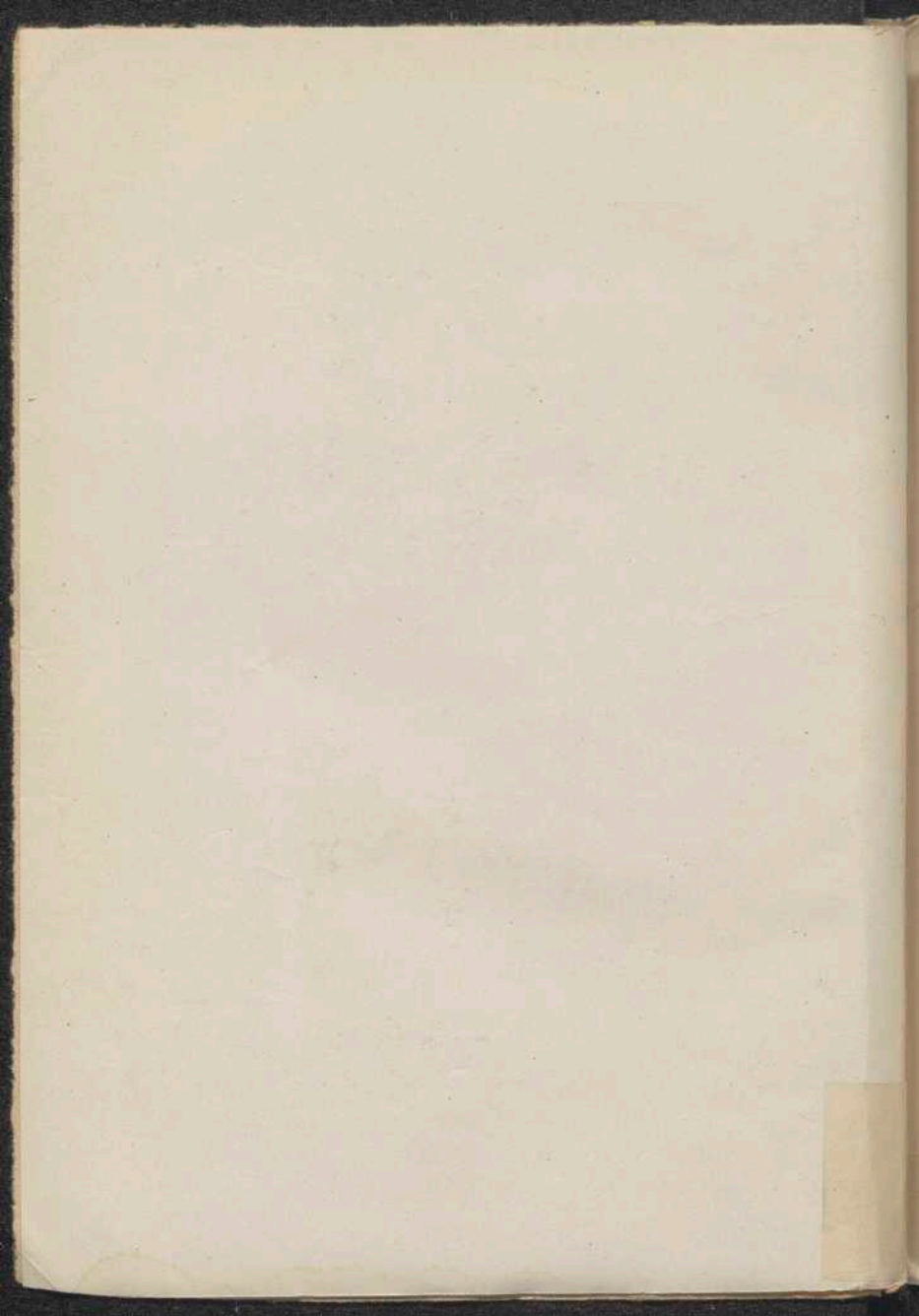
INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS  
BIBLIOTECA

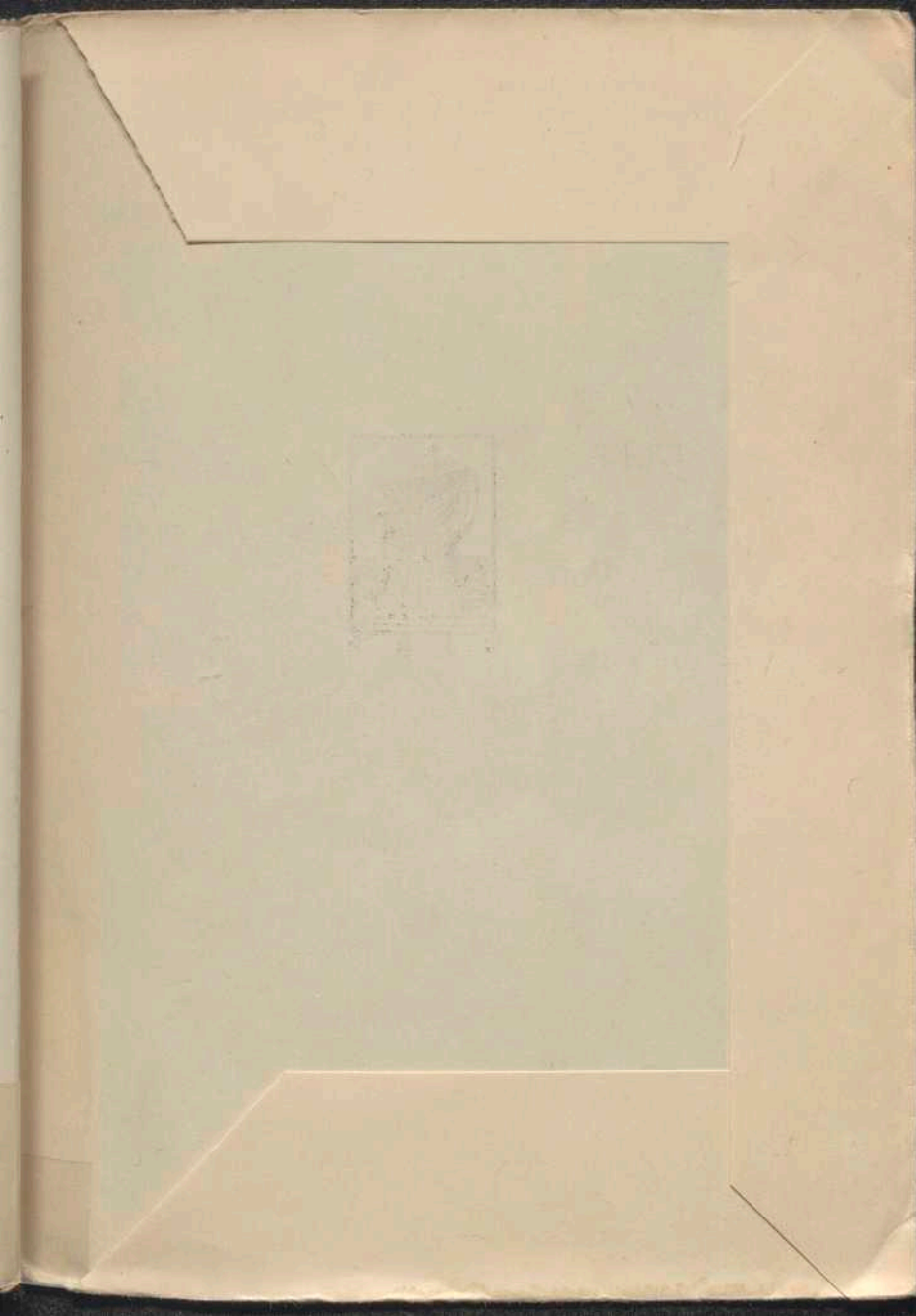


2234











*Precio: 3 pesetas*

SUETONIA

LA ROMA  
ESCANDALO-  
SA BAJO  
LOS DOCE  
CÉSARES

TOMO I

SP-4



1930